Joyas de la Literatura Colombiana

Porfirio Barba Jacob

Poesías

Prólogo
Germán Arciniegas

Círculo de Lectores

Cubierta, León/Disseny

Círculo de Lectores, S.A.
Calle 57, 6-35, Bogotá

Edición no abreviada
Queda prohibida su venta a toda persona que no pertenezca a Círculo

Impreso y encuadernado por
Editorial Printer Colombiana Ltda.
Calle 64, 88A-30
Bogotá 1984
Printed in Colombia

PROLOGO

Hacia la época en que surgió la generación de Los Nuevos *vino a conocerse en Bogotá a un poeta colombiano de quien nada se sabía: Porfirio Barba Jacob. Fue delirante el entusiasmo que lo saludó.* La Canción de la Vida Profunda *pasó a ser la piedra angular de un conocimiento que pronto se difundió hasta el último rincón del país. Poeta maldito, él se había alejado de su tierra, vivido en casi todos los países de Centroamérica y las Antillas, y fijado su residencia en México. Pensaba que sus actitudes libérrimas y su moral sin freno no eran como para que Colombia las tolerara. «Una bacante loca y un sátiro afrentoso —conjuntan en mi sangre su frenesí amoroso». Esto, pensaba él, era demasiado para Bogotá. Murió en México.*

Nacido en Santa Rosa de Osos, parroquia que fue célebre en vida de Barba Jacob por el obispo Builes —el más fanático de su tiempo—, tenía que buscar un medio más acorde con su temperamento, y así, apenas se inició en las letras, emigró. A México, que gozaba del prestigio de la revolución. Los colombianos le siguieron la pista por algún tiempo. Se había ido como lo bautizaron en la pila de Santa Rosa, es decir: como Miguel Angel Osorio. En seguida pasó a firmar Ricardo Arenales. Pero llegó un momento en que era casi imposible seguirlo de lejos. Cuando se le gastaba el nombre —entre otras razones por

las deudas, por los «vales» – lo cambiaba. Se le recuerdan estos pseudónimos, fuera de los mencionados: Maín Ximénez, Juan sin Tierra, Raimundo Gray, Juan Azteca, Augusto Paniagua.

Durante años, Porfirio fue un famoso poeta mexicano. Aparece así en Antologías del país. El día en que sus restos, o mejor: sus cenizas, se trajeron a Colombia, salió a darle la última despedida el gran poeta de Los senderos ocultos, *Enrique González Martínez, y vino en el avión, con la urna de plata, Carlos Pellicer. Le hizo compañía León de Greiff. González Martínez dijo: «Teneis con vosotros, poetas de Colombia, el polvo de Barba Jacob. Honradlo, erigidle el monumento a que es acreedor; pero no olvideis que sus cantos resonaron y resonarán en nuestras almas a la par que nuestros poetas más amados. Justo es que en el alfa del mármol funerario se grabe el nombre de Colombia; pero que junto a la omega se ponga el de su patria adoptiva. ¡Ojalá que sobre la urna que guarda sus cenizas, manos piadosas dejen caer un puñado de tierra mexicana!» Tenía razón González Martínez. Entre los mil lazos que unían y unen a Colombia y México, no era el menos fuerte este transhumante juglar de mágicos poemas en el morral. Loor a Porfirio –decía Luis Vidales– arriero de sus rebaños de versos.*

Tenía una mirada, en unos ojos pendencieros, que daba miedo. Insolente y altivo parecía hecho para imponer lo que le daba la gana y así repasó a toda Centroamérica y a Cuba, dejando a su paso historias que no se olvidan. Hacía periodismo de combate sin mayores escrúpulos pero era editorialista indispensable para los periódicos por su pluma brava y su prosa de combate. Como el trabajo solía ser anónimo, es difícil recoger esa parte de su obra en un libro. David Vela, de El Imparcial, *podría hacer algo aproximado para Guatemala, y ha adelantado estudios en este sentido. Una vez me mostró la información escrita por Barba Jacob de un fusilamiento, el de Francisco Lorenzana. Testigo de los más minuciosos episodios, este relato, que no hace mucho publicó el* Correo de los Andes *en Bogotá, se lee como página precursora del gran periodismo informativo. Así lo hubiera escrito entonces García Márquez. Pero en este caso el veneno oculto está en las palabras que se forman con las primeras letras de cada párrafo: UN ASESINATO POLITICO. Estas travesuras explican por qué la presencia de Barba en un periódico era al mismo tiempo necesaria e incómoda. En el Salvador, le agarró un terremoto, y se echó a la calle para recoger imágenes de los estragos materiales y los dramas humanos. Sin que terminara el cataclismo, todavía temblando el piso de la oficina, sacó de sus informaciones minuciosas una pequeña novela que se publicó en entregas, y se ha recogido en un pequeño volumen.*

Como tenía cara de caballo de ajedrez, y daba saltos oblicuos en la vida, Rafael Arévalo Martínez compuso sobre él una novela: El hombre que parecía un caballo. *Identificar al personaje era elemental, y Barba Jacob se indignó publicando una réplica con terribles alusiones... que no alcanzó a alterar la amistad entre los dos compañeros. Arévalo Martínez vive y reitera todos los días su admiración por el cara-de-caballo que siempre le pareció genial. Fue amiguísimo Barba Jacob de Vasconcelos que, al subir a la Secretaría de Educación Pública, le nombró director o poco menos de la Biblioteca Nacional. El nombrado encontró muy justo ese reconocimiento que el Secretario de Educación hacía al gran poeta, aceptó el cargo y nunca fue a la oficina...*

Porfirio era como era, Vagabundo y transhumante escribía unos poemas que, cuando se leen, no se olvidan jamás. En tiempo oportuno dijo cómo sería su muerte:

era una llama al viento, y el viento la apagó... Una llama nacida en leña seca, desatada locamente, que ardía de pasiones inextingibles. Es posible que tuviera sangre semita, y hablaba con tono de profeta. «Mas un día... ¡un día llegaré hasta el cielo —con las llamaradas de mi corazón.» Viviendo a mil leguas del mundo académico, como si hubiera celebrado pacto de hostilidades mutuas, ahora para su centenario, la Academia Colombiana lo ha incorporado al colegio de los inmortales y organizado un concurso en su memoria. Lo ha recibido, sacándolo de las sombras, como se hace con el hijo pródigo, con todos los honores.

Laureano Gómez, para conmemorar la muerte de Barba Jacob, escribió la diatriba que presentía Barba Jacob cuando se fue para México. El título era: Barba Jacob, un Degenerado. *Terminaba así: «Descubierto el maldito e inmundo sentimiento que inspira su libro, sólo sigue arrojarlo a la basura porque es indigno de figurar entre las lecturas de personas normales y decentes.» No columbró al autor de la corona fúnebre que tejió con su pluma esta diatriba, que el congreso acordaría repatriar los restos del poeta, que el presidente de la República, Belisario Betancur, figuraría el primero entre quienes lo exaltaron en el centenario, pero sobre todo que el pueblo bajo y menudo le rendiría el homenaje que tuvimos la suerte de ver quienes estábamos en Medellín el día en que llegó de México la urna de plata con sus cenizas. Bajaron muchedumbres de los montes cercanos y salieron de los barrios chicos y grandes a rendirle el homenaje. No se había visto en el aeropuerto tanta gente, y gente pobre, ni para recibir a un jefe de partido, a un candidato, a un presidente. Se veía la bruñida copa entre las cabezas pasudas de los negros, y cada cual repetía en el fondo del alma: era una llama al viento y el viento la apagó....*

¡Ah de la vida parva, que no nos da sus mieles
sino con cierto ritmo y en cierta proporción!
Danzad al soplo de Dionisios que embriaga el corazón...
La muerte viene, todo será polvo
bajo su imperio: Polvo de Pericles,
polvo de Codro, polvo de Ción!

Germán Arciniegas



Porfirio Barba Jacob
visto por
Hernando Valencia Goelkel
y por
Juan Luis Panero

DESTINO DE BARBA JACOB

I

Hace apenas más de quince años de su muerte, y ya la vida y la obra de Porfirio Barba-Jacob se han incorporado al fabulario nacional. La biografía del poeta no es asunto para investigadores o para estudios, sino más bien para hagiógrafos, tal es la mezcla de reverencia, prolijidad y ligereza con que de él hablan quienes larga o episódicamente lo trataron. Como en los santorales ingenuos se da por sabida la cuestión esencial —la de la propia santidad del sujeto— y se consagra todo el esfuerzo a relatar aquellos menudos signos que, cotidianamente, daban indicio de ella, así de Barba se refieren paso a paso las más triviales circunstancias: el traje que vestía, el hotel en que paraba, la situación de sus finanzas personales, el café favorito, el talante del hombre en una noche de aguardiente... Y todas estas cosas se narran con sincero fervor porque en quienes las dicen está afirmada la certidumbre de que Barba-Jacob era, siquiera potencialmente, el más importante de los poetas colombianos.

Parece, así, que Barba-Jacob pudo llevar a feliz término uno de los más arduos sueños que pueda alucinar a un hombre: el de alcanzar una trascendencia idéntica a sus intenciones, el de lograr proyectarse en el futuro de acuerdo, exactamente, con su propósito, con la imagen de sí mismo que el propio poeta forjara para su

posteridad. Ni manoseada ni ensalzada en demasía, su figura habita entre nosotros con las mismas dimensiones que quiso conferirle y con los rasgos que su voluntad y su ambición le escogieron. A esto consagró todos los largos años humillados del exilio, y el trámite de la agonía lo encontró ya dispuesto, porque nada había que agregar a la imagen deseada, a esa imagen que se empezó a forjar tal vez entre el rústico deslumbramiento de los viajes de la adolescencia y que estaba íntegra en plena juventud apenas hechas las primeras salidas y escritos los primeros poemas. En una edad en la que aún la existencia está dócil y blanda para el proyecto, para la apertura, para la escogencia, ya Porfirio se había escogido de acuerdo con una limitadora decisión y, en cierta forma, su vida estaba íntegra y conclusa en virtud de esta determinación —arrogante pero tremendamente constrictiva—. Lo que después vino —después de esta elección de los veinticinco, los treinta años— no fue sino prudencia... Escrito su libro, configurada su leyenda no hizo más que sobrevivirse; sólo le quedaba aguardar a que la muerte le diera al fin plena razón al legitimar con un sello definitivo las palabras, las acciones y los gestos proferidos alguna vez y que, por propia decisión, habían de ser los únicos significativos de su existencia, al menos para los otros. Cuando Barba-Jacob publica en Guatemala *Rosas Negras*, posiblemente ya se había forjado esta voluntad de destino; y hay escritos suyos en prosa, como el prólogo de *Antorchas contra el viento*, que tienen una curiosa tonalidad póstuma, un inconfundible aroma testamentario.

Evidentemente, fabricarse así unas postrimerías según el propio arbitrio es algo que se parece mucho a una victoria. Por esto, y también porque Barba legó una obra poética calurosa e intrigante, que conserva una singular vigencia en medio del general desamor con que

se mira hoy la poesía colombiana, es por lo que vale la pena preguntarse de qué estaba hecha esa silueta que el poeta adoptó y recreó para sí, por qué motivos quiso apropiársela y cuáles son las razones para que siga imperturbable e ilesa ahora que tan lejano está el hombre a quien se le ocurrió suscitarla.

II

En Hispanoamérica no ha habido movimientos literarios originales, y las varias escuelas que se han turnado en el favor de nuestros escritores son de claro origen europeo, las más veces francés o español. Esta perogrullada no es tan desconsoladora como a primera vista parece, si se recuerda que la obra personal de un escritor de significación es siempre, en cierta manera, superior a su instrumental ideológico y retórico; la falta de originalidad —en un plano universal— del modernismo, su patente filiación francesa, en nada afectan la valía esencial de la obra de Darío, como tampoco en nada vulnera el antecedente surrealista la dimensión de libros como *Trilce* o *Residencia en la tierra*. Estos tópicos vienen a cuenta para intentar comprender de qué materiales se fabricó la vocación poética de Barba-Jacob. A finales del pasado y comienzos de este siglo, estaba de moda en estas naciones un personaje curioso: el *poeta maldito*. Creación popular, en cuanto era la versión callejera del poeta en los últimos momentos del bajo romanticismo; ficción cultista, en cuanto sus máximas figuras luchaban contra el aplebeyamiento romántico de la poesía, esta criatura ideal emigró a América y echó aquí raíces de insospechada profundidad. Eran Poe, Baudelaire y Verlaine quienes más se acercaban al arquetipo del poeta maldito (Rimbaud y Lautréamont

tuvieron una escasa audiencia en la lírica española), y Barba halló ya en Colombia a Silva, cuya vida y cuya leyenda merecían entrar honrosamente en los anales sombríos de la singular fraternidad. Cuando Rubén Darío publica (1905) *Los raros*, el libro había de convertirse en un nuevo evangelio de exotismo, de originalidad y de desdicha, signos estos que eran entonces los que anunciaban la presencia de una personalidad poética. A la estampa de Verlaine –alcohol, cárcel, hospitales, inopia– el modernismo aportó otras características, tomadas éstas de los simbolistas y parnasianos: aristocratismo, esoterismo, refinamiento verbal, erudición temática y de esta conjunción de influencias extrajo Barba-Jacob los datos decisivos en su poética personal.

De unas circunstancias concretas en la perspectiva histórica de su época y de su país, de una determinada situación en la sociología literaria de su juventud procede la escogencia que hizo tempranamente Barba-Jacob. Resolvió ser un poeta maldito, una criatura de excepción –en los dones y en la miseria– y vivir una vida de insurgencia y de desprecio frente a una sociedad que consideraba –acertadamente– muy por debajo de su valía propia. Consecuente con su rumbo, nunca le abandonó la satisfacción por su propia originalidad, por la distinción no sólo de sus versos sino de su propio vivir: *Y una prez en mi alma colérica– que al torvo sino desafía: –el orgullo de ser, Oh América, –el Ashaverus de tu poesía...* Por lo demás, no fue él, en modo alguno, el único en sentirse fascinado por esa oscura vocación: en toda América hubo una menesterosa colección de vates, cuyo infortunio en la literatura no nos permite adivinar hasta qué honduras penetraron en su nocturna experiencia. Pero tanto ellos –los anónimos, los olvidados, los insignificantes– como el propio Barba-Jacob no supieron discernir uno de los riesgos peores de su

aventura: lo fácil que es confundir, en la vida real, la rebelión con la sumisión. La bohemia, no sólo en sus acepciones de penuria económica, de deliberados excesos, sino en la que tal vez es más grave de improvisación y facilidad en el terreno literario, no es, de por sí, una expresión de protesta sino de conformidad. Tienen que ser inmensos el coraje y la lucidez para asumir en el propio ser toda la podre, las lacras, las caries de una sociedad y proclamar esa condición deteriorada y disminuida como una negativa ejemplar contra las gentes y las instituciones que le han dado lugar. Tal voluntad de testimonio, de martirio, no es frecuente; al contrario, lo que suele suceder es que la protesta original se invierte al tornarse en pasividad. Los días van usando el impulso rebelde, y el hombre que intentara semejante empresa se transformaría en un mero objeto, dócil y sufriente, de las potestades que trató de combatir. Al mismo tiempo, su libertad se enajena en la pura negación. Quien inicialmente se había situado en una actividad *contra* la sociedad concluye por quedar tan sólo al *margen* de ésta, sin un ámbito efectivo dónde ejercer su inconformidad y convertido, en cambio, en juguete de una organización contra cuyo repertorio ideológico y consuetudinario nada tiene que oponer, fuera de una negatividad abstracta y, consecuentemente, infecunda. Si la condición proletaria consiste en que el obrero no tiene más papel que el de instrumento en un engranaje económico cuya finalidad le es ajena, así el poeta maldito efectúa una especie de proletarización psicológica, situándose en un plano de inacción, reduciéndose a la categoría de víctima. Sólo que en esta precaria postura lo sitúa su propio arbitrio, y no un conjunto de presiones objetivas imposibles de superar individualmente.

Apenas en la medida en que toda existencia es única e irrepetible se pueden considerar como originales el

rumbo que Barba-Jacob le trazó a su vida y la filosofía que estaba implícita tras esta decisión. Un individualismo fatigado, una psicología puntillista y nimia y un pesimismo simplista —estilo Campoamor— formaban la carga tradicional y retardataria de su personalidad que había de injertarse en la multiforme renovación modernista; pero en él —como en tantos otros de sus contemporáneos— pesó más esta herencia que la fundamental avidez vital del modernismo americano. Romántico tardío, verdadero decadente, su pauta existencial era ya anacrónica a comienzos del siglo XX. Más discutible es si, como puede pensarse, el patrón europeizante que adoptó no se justificaba en estos países y en esa época y, particularmente, si los datos que integraban su circunstancia personal exigían en verdad aferrarse a un diseño lleno de grandeza potencial pero también de evidentes limitaciones.

III

Barba-Jacob tenía un motivo poderoso para sentirse insolidario de su ambiente y de su tiempo. Su homosexualidad, evidentemente, no le facilitaba la convivencia en el medio hirsuto y patriarcal del país de su juventud. Eran los años del caso Wilde, cuando el caso Gide apenas empezaba a cimentar su triunfal magnitud. Hay que reconocerle a Barba el valor que tuvo en no ocultar —incluso en proclamar— su propia homosexualidad. En su poesía, y también en algún escrito en prosa, abundan las referencias a la *Dama de los cabellos ardientes*, a esa revelación relativamente tardía —después de la primera novia, de los primeros vagos amores— a la que había de permanecer obstinadamente fiel. Siempre en torno de sí mismo, de su conflicto y de su inquietud personal, la

única vez que en sus versos hace irrupción alguien distinto del propio poeta —el extraño o el prójimo, el otro— es cuando hace desfilar el añorante cortejo de «Los desposados de la muerte».

Por ineptitud o por desgana, Barba-Jacob, veterano precoz de una guerra civil que vivió más en su dimensión picaresca que en su salvaje fervor, no se sentía inclinado a compartir el republicanismo de sus contemporáneos, ni a ajustarse a la monotonía de una paz inestable y sin brillo. El era diferente, él era al tiempo el elegido y el réprobo. ¿No había nacido de una raza extranjera, no estaba marcado por la gracia pavorosa del don poético, no lo llevaba el corazón y los sentidos a un amor ignominioso pero reservado para una misteriosa minoría? *Entre los coros estelares— oigo algo mío disonar. —Mis acciones y mis cantares—tenían ritmo particular.* Pero también en este punto Barba se acogió a un cómodo ideario de época. Considerado el homosexualismo como una desviación del tipo de normalidad ideal, veía sus aficiones sexuales como algo en cierta forma ajeno a sí mismo, como un dato desgraciado que había venido a interferir en su *esencia* masculina. Como la poesía, era una fatalidad extrínseca, y por eso habla de los dioses y del hado que lo obsequiaron con ella: era, también, una enfermedad, algo situado en el terreno de lo morboso y de lo patológico que, en consecuencia, no podía ser superado; era la anormalidad, y de ahí la vergüenza y el abatimiento. Pero la homosexualidad, como cualquiera otra estructura del compartimiento humano, recibe su sentido de la interpretación que le dé al propio albedrío. Se puede asumirla, rechazarla, padecerla. Barba-Jacob hizo esto último. No quiso, o no pudo, negarse a esta inclinación de su ser: del cómo y por qué, no hay más razones que las abundantes enterradas tras el silencio del poeta a este respecto,

silencio que convierte en inútil y abusiva cualquier especulación en torno. Tampoco, sin embargo, fue capaz de asumirla libremente, de incorporarla a sus relaciones con el mundo. Esta afirmación no es gratuita, y la prueba está en los poemas de Barba, donde el goce sensual tiene un sabor amargo y miserable que no basta a explicar el temperamento elegíaco de su autor. La sexualidad es un sistema de relación y, por lo tanto, de conocimiento (v., p. ej., Maurice Merleau-Ponty, *La phénoménologie de la perception*); pero Barba se rehusó esta doble posibilidad, y desterró a una región subalterna e incontrolable de su ser todas las consecuencias que tal vez hubiera debido aceptar. Escogió, en cambio, la *pasión*; así se constituyó en víctima, inerme ante una tara gratuita que no podía sacudirse ni tampoco asumir en su temible integridad. *¡Sé digna de este horror, de esta nada— y activa y valerosa, oh alma mía!*—. Y el sentirse víctima también le garantizaba la inocencia fundamental; la biología, los dioses o quien fuese le habían hecho una mala pasada, y era éste un signo más —el definitivo— que venía a configurarlo plenamente en una individualidad nefanda pero exclusiva. Por eso, y al lado de un dolor genuino y aterrado, había también una cierta coquetería en el modo como proclamaba su excentricidad, enseñándole a su público —que era Colombia, que era América toda— un hombre en quien el infortunio era el reverso obligado del talento.

IV

También en esto operaba el legado de la poética del siglo XIX. El criterio individualista y romántico de que el poeta era un ser de excepción, ungido y signado por poderes superiores, condujo a una interpretación

de la poesía como pasión. El concepto clásico del *hacer* poético —la *poiesis*, la *dichtung*— se enturbió con acumuladas impurezas, hasta completar una imagen espuria de la condición del poeta basada principalmente en la pasividad de su destino. Cada cual podía escoger a los responsables de su estado: para eso circulaba un helenismo apócrifo y un medievalismo sumario, al lado de criaturas más modernas como la sociología o la psicología positivistas. Pseudomística o pseudocientífica, siempre la explicación tornaba a justificar el quehacer poético como una fatalidad insoslayable. Corolario: vista así la poesía —como algo impuesto, como algo fatal y *padecido*— podía también volverse un vertedero para todas las miserias que afligían al poeta. Siervo de una extensa y gratuita demonología, en los versos podía hallar, si no la esperanza, por lo menos la justificación, y por medio de ellos redimirse de una condición opresiva e inmutable. Barba-Jacob empleó a maravilla este nuevo concepto catártico del poema, y planeó su poesía como una providencial coartada para su vida. Cuando dice que hay seis o siete canciones suyas que se salvarán —y lo salvarán— del olvido, no está postulando una trascendencia desesperada y sin condiciones, sino una trascendencia en la que ha de vivir absuelto e inmaculado, exento definitivamente de toda sordidez en virtud de la eficacia redentora de su obra.

Tenemos ya los ejes sobre los cuales Barba quiso proyectarse en el futuro. De un lado, una trayectoria social de poeta maldito con todas sus consecuencias: pobreza, inseguridad, menosprecio de los poderosos, incomprensión de los humildes... del otro, una obra que fuera la traducción poética de esta experiencia humana, con todo su contenido de pavor, de soledad, de pena y de orgullo. Pero, en vez de sintetizarlos, separó los elementos que integraban su vocación existencial, y los

puso a ejercer cada uno por su lado, sirviéndose de ellos para una tortuosa estrategia literaria. Barba-Jacob, en una palabra, pactó. Pactó con todas las potestades —eclesiásticas y civiles— que se encontró en su peregrinar por América; pactó con su propia rebeldía al desconyuntarla con sucesivos entreguismos; su misma visión abisal y maldita de la poesía hizo un compromiso con la retórica al uso en su tiempo, sin atreverse a conducirla hasta sus más hondas posibilidades. Con demasiada frecuencia, el orgullo se convertía en cinismo: ¿en qué podía vulnerar al hombre del escándalo, al homosexual confeso, una temporada, por ejemplo, de periodismo mercenario? Todas las jerarquías eran igualmente menospreciables: por eso podía colocarse al servicio de cualquiera, o al de todas, ya que sin remedio tenía que convivir con ellas. Transacciones, claudicaciones, acomodamientos, nada de esto podía minimizar su estatura, que estaba hecha de otros materiales y de otros valores, bien distintos de los que regían este tinglado de zarzuela que era América Hispana. Su verdadera vida era para una posteridad ideal.

Hay que preguntarse, sin embargo, en nombre de qué podemos censurar o exaltar todas las componendas que Barba-Jacob hizo con las gentes y consigo mismo. ¿Por qué enjuiciar su vida en nombre de un esquema abstracto, en vez de aceptarla en su irrevocable limitación? Pero el autor del esquema no fue nadie más que el propio Porfirio, y él solo fue quien cometió la traición. Cuando abrazó su desaforado proyecto existencial, ya sabía claramente que no tenía sino una sola culminación posible: el fracaso. Sólo que un fracaso de muy distinta índole al que experimentó en sucesivas ocasiones a lo largo de su aventura. En última instancia, tal vez no es muy grave el reproche que se le puede hacer: el de haber esquivado un destino heroico.

V

Keats estaba trabajando en *Endymion* y le escribe a un amigo para decirle de su fatiga, de las vacilaciones que lo acosan, de su temor de ser incapaz de darle término. Dice que ha querido arrojarlo todo a un lado pero que, finalmente, se ha decidido a proseguir porque *es una desgracia fracasar, aunque fuere en un intento grandioso.* Pero el fracaso era la cuota irremediable de la empresa heroica y la estatura del héroe la daba la magnitud de su insuceso. Con su pretensión de permanencia, la más grande poesía es el más grande fracaso; cuanto más cerca estuvo el poeta de arañar, de rozar la eternidad, al librar a la palabra de su peso temporal y enajenarla de su condición histórica, más tremendamente se revela la desmesura del propósito. En este sentido, Keats también fracasó al final; sólo que la *magnitud del intento* es la clave para la duradera resonancia de su obra y la que le da a su vida una ejemplar dimensión humana.

Pero la noción del fracaso heroico duerme como un tronco en los manuales de la literatura. Desde que la tragedia griega le dio su formulación consciente, no ha dejado de ser una de las constantes del espíritu humanista, y como tantas otras de tales constantes ha encontrado su caricatura en la sociedad burguesa. La versión burguesa del fracaso heroico es el conformismo; en una sutil modalidad de éste se diluyó quietamente la insurgencia original de Barba-Jacob. Su largo vagabundeo de ciudad en ciudad, siempre inestable y siempre oscilante entre una efímera y mediocre prosperidad y una incertidumbre casi crónica, sus moderadas extravagancias y sus codificados excesos, todo ese anecdotario bohemio sobre el que tanto se insiste, estaba previsto y estatuido en la sociedad donde vivía. Todo se le perdonaba porque

las gentes intuían que el gesto rebelde era inofensivo: detrás se trasparentaba la impostura. En el fondo, el poeta y sus presuntos adversarios tenían unas mismas reglas de juego, implícitas pero bien conocidas. Una vez más Barba-Jacob abrazó la infidelidad para con sus propios designios, y aceptó el fracaso en términos burgueses: como una desdicha no demasiado grande, como una derrota paulatina que iba perdiendo su importancia en la insinceridad de lo cotidiano. Y esta abdicación se expresa en su trayectoria literaria con un acento terrible: el silencio. Mientras más consentido es el pacto, mientras más se desmenuza su voluntad a lo largo de la farsa, más raros son los forcejeos y los sobresaltos, esos momentos indecisos que aparecen con tan triste claridad en el tono agonal de sus mejores poemas. *El pobre hombre ya hiede un poco... Alzad, alzad, y vámosle a sepultar.* Barba-Jacob sabía; se daba cuenta de su papel de marioneta y de su lenta claudicación; de cómo había pasado a ser sólo un figurante en la enredada comedia que se estaba representando, papel en el que podía actuar merced a una cuota de benevolencia que había comprado por un alto precio de inautenticidad. Ya le llegaría la hora en la cual ya ni siquiera provocaría la irritación, sino apenas el fastidio...

Cuando murió, la gente suya —la gente antioqueña, la gente colombiana— estaba ya aburrida con ese equívoco monumento que era el poeta expatriado. Ya le había pasado su hora, y había una cierta impaciencia por concluir definitivamente el mutuo simulacro. El devoto fallecimiento de Barba-Jacob —última cláusula de su pacto— dio por concluido el fastidioso interregno, y entonces sí llovieron sobre él los honores y las alabanzas. Todo un cortejo de pompas oficiales se suscitó en la ocasión; antes, hubiera sido un poco indecente prodigárselos a quien era tan cumplidamente

un poeta luciferino y maldito, ser lujoso que pocas repúblicas americanas habían podido engendrar... Barba-Jacob tuvo, además, la suprema delicadeza de exiliarse y de soslayar así una presencia que en ocasiones hubiera sido impertinente; en compensación, su lejanía física le daba mayor significado a los actos y a las voces con los que iba edificando su leyenda. Cuando fueron traídas a Medellín sus cenizas, se protocolizó el hecho de que Porfirio era un poeta nacional, un hombre que en sus logros y en sus caídas representaba acertadamente toda una trayectoria de la vida colombiana. La envidia hispánica de Unamuno se prolonga entre nosotros y, con seguridad, es más por su derrota que por sus logros transitorios por lo que su estampa ha entrado a figurar en nuestra mitología burguesa. La derrota es una institución nacional, Scott Fitzgerald decía que en las vidas americanas no hay jamás segundo acto, y quería significar con esto que, fuera de esa única oportunidad juvenil en que aparecen cercanos y posibles los logros más inauditos, el resto no era sino una larga consunción en la opacidad, en lo banal. Este único acto se efectúa, con mayor certidumbre aún, en la trayectoria vital del colombiano. Es la queja que formula Arturo Cova en las primeras líneas de *La Vorágine*, es la línea que siguen en el país la energía y el talento, agotados vertiginosamente en un derroche prematuro y sin objetivo, y extinguidos después, lentamente, en una monótona repetición de los primeros impulsos, ya sin convicción y sin alegría. Cuando Barba-Jacob agotó en sucesivos disfraces todas las posibilidades que le brindaba su estructura humana, cuando dejó apenas como *latencia* un destino poético impresionante, no hizo sino afiliarse a una tremenda y oscura corriente de la nacionalidad. Una madurez y una senectud vacías: tal es el saldo que un conformismo precoz deja entre nosotros, después de las primeras,

vanas rebeldías. El fracaso burgués se ha institucionalizado en el país, y se le mimetiza y oculta con todos los subterfugios y todas las ficciones y todas las convenciones. El Barba-Jacob de la mocedad, con su descontento y su ambición, era un extranjero, y hubo por esto de viajar buscando nuevas patrias; pero a medida que de su vocación no fueron quedando sino los signos externos, la apariencia, se iba también efectuando el viaje de retorno. El oscuro silencio de las últimas décadas de su existencia concluyó por incorporárnoslo definitivamente; su regreso —convertido en manso polvo— se efectuó a la nación que, en verdad, nunca dejó de ser su patria, y con la cual estaba medularmente identificado en su sombrío destino de arrebato y de negligencia.

VI

Incluso de haber perseverado en su primitiva decisión existencial, la vida de Barba-Jacob hubiera sido una apuesta desesperada. Escogidas todas las apariencias del fracaso, no habría sino una sola constancia posible de que había vivido en la lucidez: su poesía. Si rechazaba íntegramente —por lo menos en su forma activa— la dimensión social de la vida, no quedaban sino sus versos para dar razón de que un hombre había transitado, clarividente y esforzado, por un camino trazado por él y de cuya secreta coherencia era el único detentador. *Todo el dolor y toda la alegría —¡y nadie ha sido más feliz que yo!* Pero su deserción de este camino es evidente, no sólo por las circunstancias que refieren sus amigos y sus biógrafos, sino, justamente, porque se patentiza en su obra poética. Si la poesía de Barba fuera otra, otro sería también el sentido con que nos aparecen sus acciones.

Barba-Jacob se encontró con un instrumental poético nuevo e intacto. Para él lo habían creado los modernistas, y el idioma que habían recreado estaba ahí, inerme y servicial, para quien quisiera aprovecharlo. Barba se limitó a esto. A emplearlo, a ponerlo a su servicio, sin aportar nada nuevo pero sin causarle menoscabo alguno. La cercana, magnífica herencia de Darío le bastó para sus necesidades expresivas, y en este sentido su obra es la de un epígono brillante y sin complicaciones. Barba, por otra parte, había limitado voluntariamente su repertorio poético. Hecha de interioridades, casi de narcisismo, se despreocupa de toda aportación nueva en la temática y en el estilo. *¿Seremos tan sólo ventanas abiertas—el hombre, los lirios, el valle y el día?* Su actitud era de espectador, de contemplador, encerrado en sí mismo o incapaz de sumergirse en las corrientes externas. Aferrado a su interioridad, la historia y el devenir le son ajenos, a pesar de lo que pretende hacernos creer con una frívola enunciación de fe americanista y de solidaridad con la aventura cultural de su época. (Véase el prólogo a *Antorchas contra el viento.*) Pero Barba era también un eficaz artesano del verso. Sus canciones, llenas de desafuero y de exacerbación pasional, están construidas con una hábil simetría, reflexiva y organizada. La «Balada de la loca alegría» —una de las mejores elegías contemporáneas en español— «Los desposados de la muerte», la «Elegía de septiembre», «Futuro», en fin, ese puñado de poemas en que se concentra lo más valioso de la creación de Barba-Jacob, son casi un refinamiento, una depuración del modernismo. Llenos de recursos estilísticos, de contrastes, de correspondencias y sabios paralelismos, tienen también esa elegante brevedad que fue uno de los aportes —y no el menor— de la corriente modernista a la poesía española. Pero su obra se petrificó ahí: el ocio infecundo de sus últimos

años no permite presumir qué hubiera sido de la poesía de Barba si éste hubiera continuado su búsqueda expresiva. Sea como fuere, a ese puñado de poemas ha quedado reducido el pobre Miguel Angel Osorio. Si duran, si siguen resonando en otros oídos como hace unos años resonaban aún al entusiasmo juvenil, si dejan de resquebrajarse esas construcciones elocuentes, si sobreviven los lamentos que empiezan a sonar un poco a hueco, sobrarán entonces las exégesis y los reproches. Barba-Jacob, entonces, no necesitará ni nuestra alabanza, ni nuestra censura, ni nuestra inquisición. Ni siquiera nuestra piedad.

Hernando Valencia Goelkel



UN FANTASMA LLAMADO PORFIRIO BARBA-JACOB

Si, como todos ustedes recordarán, el manifiesto del partido comunista comienza con estas palabras: «Un fantasma recorre Europa», nosotros podíamos haber empezado esta charla afirmando que un fantasma recorre la poesía hispanoamericana, y este fantasma, este lúcido sonámbulo, se llamó Porfirio Barba-Jacob, pero también Ricardo Arenales y Maín Jiménez, ya que los tres son seudónimos que encubren su verdadero nombre: Miguel Angel Osorio Benítez. Por eso, antes de enfrentarnos con su poesía y de leer algunos de sus más significativos poemas, vamos a intentar aferrar ese fantasma y seguir, en lo posible sus huellas terrenales. Quizá para ello, en lugar de esta mesa que tengo delante, nos fuera más útil un velador de espiritista, y en lugar de un conferenciante, un médium de reconocidos poderes. Sin embargo, a falta de ello, hemos de conformarnos con la deshilvanada cronología externa de la vida de este hombre. Nace Porfirio Barba-Jacob —entonces todavía Miguel Angel Osorio— en el pueblo de Santa Rosa de Osos, pequeña Ciudad del departamento de Antioquia, el 29 de julio de 1883. De origen campesino y de ascendencia judía, es hijo de un humilde abogado de provincias, aunque por la rama materna tiene algunos distinguidos antepasados. A los pocos meses de su nacimiento, sus padres le dejan al cuidado de sus abuelos

paternos y a su lado vive una infancia feliz y campesina. Este sentimiento de seguridad y aun de felicidad que la naturaleza y el campo en especial le produce no le abandonará nunca. Años después escribirá:

¡Oh qué gran corazón el corazón del campo
en esta noche azul y pura y reverente
todo lleno de amor y piedad sagrada
y fuerza suficiente!
Yo le escucho latir y comprendo mi vida:
me parece tan clara, tan profunda, tan simple.

En pleno tráfago de su terrible existencia, entre las borrascosas conmociones de su espíritu, siempre conservará esta admiración, este amor, por esa vida campesina, natural, frente a tanto artificio como le rodea, y que le hace comprender la suya propia como algo claro, profundo y simple.

Sencillez de las bestias sin culpa ni resabio,
sencillez de las aguas que apuran su corriente,
sencillez de los árboles...

Pero sigamos la ajetreada peregrinación del poeta. Y nada mejor para eso que recurrir al texto informativo de uno de sus más importantes exégetas y conocedores, el poeta hondureño Rafael Heliodoro Valle. Nos dice Valle que Porfirio sale de su pueblo en 1905 en busca de nuevos horizontes y marcha hacia Bogotá, y más tarde, a Barranquilla. Ya en 1907, y con su primer seudónimo: *Ricardo Arenales*, publica su poema «Campaña florida», poema sin excesivo interés, pero en el cual se dan ya algunas notas que se irán continuando y ahondando en su poesía. Entresaquemos cuatro versos, en donde suena ya la voz poética y personal de Barba-Jacob:

¡Hora de los presentimientos
milagrosos y de las conmociones!
El campo es impasible, mi alma está despierta;
oye, alma mía, oye las voces de dolor...

Y volvemos de nuevo a su itinerario vital. En el mismo año de la publicación de este poema abandona su patria y se traslada a México. Colabora en algunos diarios mexicanos, como *El Imparcial* y *El Mundo Ilustrado*, este último dirigido por el poeta Luis G. Urbina. En este periódico precisamente publica un año más tarde un emocionado elogio a México, en donde dice, entre otras cosas: «Tengo la sensación de un hombre que, habiendo estado cinco años en una penitenciaría, sale, al fin, a gozar de la libertad, siente de nuevo la caricia del sol, busca los restos familiares y, curioseando bajo la sombra imponente de los palacios recién construidos, a través de los parques, entre la multitud laboriosa, con un gesto de avidez no satisfecha, se dispone a tomar posesión de la vida. Llego a tierras de México y me parece que se abre ante mis ojos la ciudad ideal.» Efectivamente, México —su tierra y sus habitantes— iba a dejar honda y perdurable huella en la poesía y en la vida de Barba-Jacob. Y aún más: es en la ciudad de México donde había de morir años después.

De 1908 a 1913 se traslada a Monterrey, donde colabora en diversas revistas y diarios, llegando a ser jefe de redacción, y más tarde, propietario de *El Espectador*. Desde Monterrey parte a San Antonio de Tejas, siguiendo su itinerario mexicano. Nos dirá: «Colombia es mi niñez y mi adolescencia. México es mi juventud y mi dolor.» Es decir, su enfrentamiento real con la vida. Vuelve a Ciudad de México y marcha a Veracruz, donde funda un diario. Después abandona esta su segunda patria para ir a Cuba, a la que luego retornará en suce-

sivas ocasiones y donde escribirá uno de sus más intensos poemas: «Canción de la vida profunda». Editorialista del *Diario de El Salvador*, en San Salvador, pasa más tarde a Guatemala, y así, en errabundas y sucesivas peregrinaciones, recorre toda Centroamérica. Al igual que otros muchos poetas de la época —Darío, por ejemplo—, su destino es un destino andariego bajo soles y cielos diversos. Y si, al contrario de Rubén, Barba-Jacob no quiso o, más bien, no pudo venir a Europa, y sobre todo a la mítica Francia de aquellas décadas, no por eso dejó su espíritu insaciable y curioso de recorrer los más variados lugares dentro de la geografía americana. Viajero de nuevo por Centroamérica. Regresa a México, de donde tiene que huir por razones políticas. Es este el momento en que, perseguido bajo el nombre de *Ricardo Arenales*, seudónimo que había hecho popular, más que por sus poemas, por sus encendidos editoriales de cariz político, decide de nuevo cambiar el seudónimo, y nace el que le haría pasar a la historia de la gran literatura hispánica: *Porfirio Barba-Jacob*.

Redactor en 1926 del diario *La Prensa*, de Lima. Regresa el año siguiente a Colombia después de veinte años de ausencia. Allí da numerosos recitales y trabaja en diversos periódicos. Más tarde, de nuevo y por última vez, vuelve a Cuba y retorna, finalmente, a su tierra mexicana, en la que algunos años después, y consumido por las enfermedades (tuberculosis entre otras), morirá el 14 de enero de 1942.

Pero todo esto no son sino hechos y fechas externas; la honda, verdadera y trágica biografía de Porfirio Barba-Jacob se va tejiendo por debajo de estos superficiales acontecimientos, y es esta última y dramática biografía la que daría vida y valor a sus poemas:

Nosotros somos los delirantes,
los delirantes de la pasión;
ved nuestras vagas huellas errantes
y en nuestras manos febricitantes
rojas piltrafas de corazón.

Estas rojas piltrafas de corazón son las que señalan su personalidad y dan fuerza a su poesía.

Ni marques la ruta ni cuentes las horas

nos ha dejado dicho en un hermoso poema titulado, ¡y con qué verdad!, «Espíritu errante», y en efecto, ese verso puede, sin duda, condensar todo el tránsito humano de Barba-Jacob. Si, como todos ustedes saben, la vida de los poetas, de los grandes poetas que en el mundo han sido, es, con muy honrosas excepciones, un increíble aquelarre, y sus biografías reales y últimas, una lectura aconsejable para alumnas de las Ursulinas, la de Barba-Jacob es, sin duda, de las menos ejemplares o más inmorales (llamémosla así). En efecto, Porfirio Barba-Jacob no se contentó con ser un alcohólico, con jugar, con recorrerse todos los más infectos tugurios de los países que visitó, con ser homosexual y, por último, con drogarse meticulosamente, sino que, además, ¡oh, dioses!, tuvo la desfachatez de escribirlo en sus poemas. Algo realmente imperdonable. Pero no tomemos esto en broma: el gran drama de la vida de Porfirio se centra, por un lado, en su anhelo de un ideal de pureza —huella aún del romanticismo—, y por otro, en el combate diario con las pasiones que atormentaban su espíritu y su carne. En esta dualidad, sus poemas vienen a ser como una especie de liberación y en cierto modo de tranquilizante. Por eso, en una época literaria como la que le tocó vivir: el posmodernismo hispanoamericano, infectado

de pobres imitadores de Rubén y de los grandes poetas modernistas. En una época de poesía literaria, en su peor sentido, la voz de Barba-Jacob nos estremece como un lamento, nos da la medida del dolor y de la angustia, la vibración de la poesía hecha vida y de la vida transformada en poesía. Quizá en algunos momentos —influencia de Baudelaire— acentúa su satanismo, un poco *pour épater le bourgeois*; pero, aun dentro de esa cierta exageración, su voz nos suena llena de fuerza y autenticidad. Recordemos su poema «Un hombre».

Los que no habéis llevado en el corazón el túmulo de un
[dios
ni en las manos la sangre de un homicidio;
los que no comprendéis el horror de la conciencia ante el
[Universo;
los que no sentís el gusano de una cobardía
que os roe sin cesar las raíces del ser,
los que no merecéis ni un honor supremo
ni una suprema ignominia:
Los que gozáis las cosas sin ímpetus ni vuelcos,
sin radicaciones íntimas, igual y cotidianamente fáciles;
los que no devanáis la ilusión del Espacio y el Tiempo,
y pensáis que la vida es esto que miramos,
y una ley, un amor, un ósculo y un niño;
los que tomáis el trigo del surco rencoroso,
y lo coméis con manos limpias y modos apacibles;
los que decís: «Está amaneciendo»
y no lloráis el milagro del lirio del alba:
Los que no habéis logrado siquiera ser mendigos,
hacer el pan y el lecho con vuestras propias manos
en los tugurios del abandono y la miseria,
y en la mendicidad mirar los días
con una tortura sin pensamientos:

Los que no habéis gemido de horror y de pavor,
como entre duras barras, en los abrazos férreos
de una pasión inicua,
mientras se quema el alma en fulgor iracundo,
muda, lúgubre,
vaso de oprobio y lámpara de sacrificio universal,
¡Vosotros no podéis comprender el sentido doloroso
de esta palabra: UN HOMBRE!

Y es esta misma sinceridad; más aún, la necesidad de llevar hasta el fin la verdad de las cosas, la que hace de su poesía un testimonio humano de indudable valor. Barba no se recata en decir sus debilidades. «Soy un perdido, soy un marihuano», nos afirma en «Balada de la loca alegría». En cuanto a la homosexualidad, tema encubierto y tabú en la pacata y contenida historia de la poesía española, Barba es también de una deslumbrante sinceridad. Entre otras cosas, y aparte lo que nos dice en varios de sus poemas, como, por ejemplo, en la «Elegía del marino ilusorio»:

Pensando estoy... yo cómo ceñiría
la cabeza encrespada y voluptuosa
de un joven, en la playa deleitosa
cual besa el mar con sus lenguas el día.

Aparte, digo, de esta y otras muchas declaraciones homosexuales que abundaban en sus poemas, Barba-Jacob ha escrito, en opinión de Eduardo Carranza, compartida por mí, quizá el más bello y directo poema homosexual de toda la historia de la poesía en lengua española. Se llama «Los desposados de la muerte», y es una semblanza de seis de sus amigos en la que, aparte su valor personal o de testimonio, encontramos ya una fuerza expresiva, una nota diferencial y personal muy

distinta, con todos los inevitables puntos en común, a la poesía hispanoamericana de aquella época. El poema dice así:

Michael Farrel ardía con un ardor puro como la luz.
Sus manos enseñaban a amar a los lirios
y sus sienes a desear el oro de las estrellas.
En sus ojos bullían trémulas luces oceánicas.
Sus formas eran el himno de castidad de la arcilla,
suave y fragante y musical.
Bajo sus bucles rubios, undosos y profusos,
parecían temblar las alas de un ángel.
Emiliano Barba-Jacob era muy sencillo
y tenía una infantilidad inagotable.
Su adolescencia láctea, meliflua y floreal,
fluía por las escarpas de mi madurez
como fluye por el cielo la leche del alba.
Cuando le vi en el vano ejercicio de la vida
me pareció que me envolvía el rumor de una selva,
y me inundó el corazón la virtud musical de las aguas.
¡Hay almas tan melódicas como si fueran ríos
o bosques a las orillas de los ríos!
Guillermo Valderrama era indolente y apasionado;
pero la vida, como un licor de bajo precio,
le producía una embriaguez innoble.
Sus formas pregonaban el triunfo de una estirpe.
Había en su voz un gluglú redentor,
y su amante le llamó una vez «El Príncipe de las hablas
[de agua».
Leonel Robledo era muy tímido
bajo una apariencia llena de majestad.
En el recóndito espejo de su ternura
se le reflejaba la imagen de una mujer.
Toda su fuerza era para el ensueño y la evocación.
Le vi llorar una vez por males de ausencia,

y me dije: ¡hay una tempestad en una gota de rocío,
y, sin embargo no se conmueven los luceros!
Stello Ialadaki era armonioso, rosado y azul
como las islas de Grecia y como los mares que las ciñen.
Efundía del mundo algo irreal, risueño y fantástico.
Se le miraba como marchando desde las playas de
[ensueño
que rozaron las quillas de Simbad el Marino,
hacia las vagas latitudes
por donde erró Sir John de Mendeville.
Cuando le conocí tuve antojo de releer la Odisea,
y por la noche soñé en el misterio de las espigas.
¡Evanaam! ¡Evanaam!
Juan Rafael Agudelo era fuerte. Su fuerza trascendía
como trascienden los roncos ecos del monte a los pinos.
Alma laboriosa, la soledad era su ambiente necesario.
Sus ilusiones frutificaban como una floresta
oculta por los tules del «todavía no».
Sus palabras revelaban la fuerza de la Realidad
y sus actos tenían la sencillez de un gajo de roble.

Es a todas luces indudable que la aventura humana de Barba-Jacob está llena de interés y que el elemento anecdótico se da en él como en pocos escritores contemporáneos. Podíamos recordar las mil y una anécdotas de su estancia en Cuba, algunas de las cuales nos relata Raúl Roa en un trabajo sobre el poeta. De las anécdotas de su época habanera hay una que me hace especial gracia. Estaba Barba-Jacob enfermo, agotado y exhausto de vida y de vicio cuando un grupo de admiradores cubanos, jóvenes poetas, etc., pensaron que lo que necesitaba era reposo. Para ello, y a la vista de la penuria económica en que Barba se encontraba, pidieron a una anciana y bondadosa señora, amante de las letras, que invitara al poeta a su casa de campo para que pudiera allí descansar

y hacer una cura de salud. La señora accedió complacida y durante días sus jóvenes amigos no supieron más de él. Al cabo de cierto tiempo alguien encontró a la señora y le preguntó por el poeta. Contestó ella: «Oh, el poeta está muy bien, muy mejorado; se pasa todo el día en el jardín cuidando sus plantitas.» Al contar después éste en el grupo su encuentro, alguien tuvo una sospecha y fue a visitar al poeta en su plácido retiro campesino. En efecto, Barba-Jacob estaba con sus plantitas: había sembrado todo el jardín de la anciana señora con plantas de marihuana. Anécdotas como ésta las hay en gran número y algunas de las mejores se pueden leer en el libro *El hombre que parecía un caballo*, escrito por Rafael Arévalo Martínez, relato extraordinario, del que Porfirio es innombrado protagonista. Pero si bien es cierto que una vida rica en aventuras y anécdotas puede en algunos casos servir como acicate de la curiosidad del lector, también lo es que una personalidad digamos escandalosa puede oscurecer en ciertos momentos la importancia de su obra. Es el caso de Oscar Wilde o, entre otros y por distintas razones, el caso de Valle Inclán. Por ello, a la hora de hablar de Barba-Jacob he pensado que era necesario subrayar su verdadera personalidad y de alguna manera dar una idea de sus peripecias humanas. Pero sin desorbitarlo. Ya que si todo esto es cierto, no lo es menos que en el momento de enfrentarse con su poesía Barba-Jacob no era en absoluto un loco o un irresponsable. Hay en él un indudable sentido crítico y una firme exigencia frente a sus poemas. Exigencia que le llevó a no publicar jamás en vida una recopilación amplia de su poesía, sino sólo poemas sueltos o pequeñas colecciones. El mismo nos dice: «Por más que hube reunido quince, veinte poemas, rehusé a asesinarlos y a sepultarlos dentro de un libro.» Y no solamente Barba se preocupa por sus poemas digamos

egoístamente, sino también por su posición como poeta dentro de la poesía hispanoamericana de aquel momento. En el prólogo a una breve colección de poemas suyos titulada *Rosas Negras* nos afirma: «La lírica hispanoamericana necesita dilatar el imperio de sus libertades. No es posible dejarla en el lugar adonde la llevaron los maestros desaparecidos y sus contemporáneos que declinan: Jorge Isaacs, José Aunción Silva, Gutiérrez Nájera, Rubén, Salvador Díaz Mirón, etc. Es necesario ir más adelante, no sólo para que resuene en nuestros cantos la voz de esta edad, sino para que nuestros sucesores reciban la lira con nuevas cuerdas. Yo trabajo en este glorioso empeño.» Hasta qué punto consiguió Barba este empeño es tema de larga y meditada discusión; lo que sí queda claro es que dio un paso, mayor o menor, hacia adelante en la evolución de la poesía hispanoamericana. Puente entre dos momentos clave de la poesía de Hispanoamérica: el modernismo a sus espaldas con todos los logros de un Rubén o un Lugones, y frente a él la nueva generación poética (Vallejo, Vicente Huidobro, Neruda), que daría, y para siempre, forma y expresión personal a la poesía de aquellos países, la posición de Barba es difícil. Torcer el cuello al cisne modernista era su deber histórico como poeta, pero por otro lado estaba demasiado vinculado al modernismo, a la poesía finisecular, para lanzarse a las entonces extravagantes y suicidas experiencias del Huidobro de *Altazor*, el Vallejo de *Trilce*, o más joven aún, el Neruda de *Residencia en la tierra*. Como su contemporánea Gabriela Mistral, sabe que el modernismo está ya superado y en franca decadencia, pero, como ella también, se ha educado poéticamente en pleno auge de este movimiento y les será muy difícil borrar por completo sus ecos y lanzarse a una aventura poética que haga tabla rasa del pasado. Esta situación intermedia es

a veces la gran virtud, y en otras, el más grave defecto de la poesía de Barba-Jacob. Suenan ecos retóricos de un Baudelaire o de un Verlaine mal traducidos o mal comprendidos, quedan cisnes de escayola de un modernismo todavía asfixiante. Y de pronto, en medio de estas caídas, algún poema deslumbrante. En su fondo y en su manera, innovador. Un poema de tema permanente y perfecta ejecución, pienso ahora, es la «Canción de la vida profunda», que lleva esta cita de Montaigne: «El hombre es cosa vana, variable y ondeante...» Dice así este poema:

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,
como las leves briznas al viento y al azar.
Tal vez bajo otro cielo la gloria nos sonríe.
La vida es clara, undívaga y abierta como un mar.
Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles,
como en abril el campo, que tiembla de pasión:
bajo el influjo próvido de espirituales lluvias,
el alma está brotando florestas de ilusión.
Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos...
—¡niñez en el crepúsculo!, ¡lagunas de zafir!—
que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza,
y hasta las propias penas nos hacen sonreír
Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos,
como la entraña oscura de oscuro pedernal:
la noche nos sorprende con sus profusas lámparas,
en rútilas monedas tasando el Bien y el Mal.
Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,
que nos depara en vano su carne la mujer:
tras de ceñir un talle y acariciar un seno.
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer.
Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres,
como en las noches lúgubres el llanto del pinar.
El alma gime entonces bajo el dolor del mundo,

y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar.
Mas hay también ¡oh Tierra! un día... un día... un día
en que levamos anclas para jamás volver...
Un día en que discurren vientos ineluctables.
¡Un día en que ya nadie nos puede retener!

Sobre la «Canción de la vida profunda» comenta la ensayista Clarence Findayson que «el poeta aquí vuelve sobre sí mismo y se sumerge en su propio misterio. El hombre es un ser extraño en esta tierra: vive como eterno siendo efímero, se alza como un dios en medio de la contingencia y la fragilidad fundamental del universo. Su impulso amoroso hacia todas las cosas le conduce en todas las direcciones». En efecto, Barba es un poeta desazonado, inquieto, como afirma al comienzo de su gran poema «Acuarimántima»:

Vengo a expresar mi desazón suprema
y a perpetuarla en la virtud del canto.

Esta angustiosa desazón, esta especie de frenesí divino que Platón pedía para el poeta, es el aliento que atraviesa y conmueve toda la obra poética de Barba. Y frente a esta desazón que la vida le produce, más que a cualquier otro tema, Barba vuelve generalmente a las dos constantes que con mayor fuerza se repiten en su poesía: por un lado, la nostalgia de la vida campesina, natural, a la que ya habíamos hecho antes referencia; y, dentro de esta vida campesina, a los recuerdos de su niñez, a la que regresa con extraordinaria emoción en el poema titulado «Parábola del retorno», poema de excepcional importancia, tanto en lo que se refiere a la parte técnica, indudablemente innovadora para aquella época, poesía coloquial y directa, como a la parte emocional:

Señora, buenos días; señor, muy buenos días...
Decidme, ¿es esta granja la que fue de Ricard?
¿No estuvo recatada bajo frondas umbrías?
¿No tuvo un naranjero, y un sauce, y un palmar?
El viejo huertecito de perfumadas grutas
donde íbamos... donde iban los niños a jugar,
¿no tiene ahora nidos y pájaros y frutas?
Señora, ¿y quién recoge los gajos del pomar?
Decidme, ¿ha mucho tiempo que se arruinó el molino
y que perdió sus muros, su acequia, su pajar?
Las hierbas, ya crecidas, ocultan el camino.
¿De quién son esas fábricas? ¿Quién hizo el puente real?
El agua de la acequia, alma de linfa pura,
no pasa alegre y gárrula cantando su cantar;
la acequia se ha borrado bajo la fronda oscura,
y el chorro, blanco y fúlgido, ni riela ni murmura...
Señor, ¿no os hace falta su música cordial?
Dejadme entrar, señores... ¡por Dios! Si os importuno,
este precioso niño me puede acompañar.
¿Dejáis que yo le bese sobre el cabello bruno
que enmarca, entre caireles, su frente angelical?
Recuerdo... Hace treinta años estuvo aquí mi cama;
hacia la izquierda estaban la cuna y el altar...
Decidme, ¿y por los techos aún fluye y se derrama,
de noche, la armonía del agua en el pajar?
Recuerdo... Eramos cinco... Después, una mañana,
un médico muy serio vino de la ciudad;
hizo cerrar la alcoba de Tonia, y la ventana...
Nosotros indagábamos con insistencia vana,
y nos hicieron alejar.
Tornamos a la tarde, cargados de racimos,
de piñuelas maduras, de gajos de azahar.
La granja estaba llena de arrullos y de mimos:
¡y éramos seis! ¡Había nacido Jaime ya!
Señora, buenos días; señor, muy buenos días.

Y adiós... Sí, es esta granja la que fue de Ricard,
y este es el viejo huerto de avenidas umbrías,
que tuvo un sauce, un roble, zuribios y pomar,
y un pobre jardincillo de tréboles y acacias...
¡Señor, muy buenos días! ¡Señora, muchas gracias!

Pero otras veces no es ya la vuelta a sus recuerdos campesinos, sino la mera contemplación de la naturaleza la que le hace enfrentar con ella su propia vida y su destino humano; así ocurre en otro de sus más bellos poemas, el titulado «Elegía de septiembre»:

Cordero tranquilo, cordero que paces
tu grama y ajustas tu ser a la eterna armonía:
hundiendo en el lodo las plantas fugaces
huí de mis campos feraces
un día.
Ruiseñor de la selva encantada
que preludias el orto abrileño:
a pesar de la fúnebre Muerte y la sombra y la nada,
yo tuve el ensueño.
Sendero que vas del alcor campesino
a perderte en la azul lontananza:
los dioses me han hecho un regalo divino:
la ardiente esperanza.
Espiga que mecen los vientos, espiga
que conjuntas el trigo dorado:
al influjo de soplos violentos,
en las noches de amor, he temblado.
Montaña que el sol transfigura,
Tabor al febril mediodía,
silente deidad en la noche estelífera y pura:
¡nadie supo en la tierra sombría
mi dolor, mi temblor, mi pavura!
Y vosotros, rosal florecido,

lebreles sin amo, luceros, corpúsculos,
escuchadme esta cosa tremenda: ¡HE VIVIDO!
He vivido con alma, con sangre, con nervios, con
[músculos
y voy al olvido...

La otra constante de la poesía de Barba es la muerte. Raro será el poema en que, de una manera u otra esta palabra o esta idea no aparezca. Y ante la muerte, Barba toma dos actitudes: una, vitalista, de exaltación de los placeres de la vida; otra, la más usual, pesimista, atormentada, frente a éste su seguro destino.

Una vez, con calma casi estoica y aun con un mesurado optimismo, nos dirá:

De las tumbas humildes se levanta
leve flor, en el aire un turpial canta
y la tarde es ya día que pasó.
Muda calma, Temblor. Melancolía.
¡Todo el dolor y toda la alegría,
y nadie ha sido más feliz que yo!

En otras ocasiones, por el contrario, la idea de la muerte se hace tan lacerante, que el poeta prefiere morir:

Qué vana es la vida, qué inútil mi impulso,
y el verdor edénico y el azul abril...
¡Oh sórdido guía del viaje nocturno!:
¡Yo quiero morir!

Unas veces habla con cierta esperanza de la muerte:

Fui hasta la Muerte... Un alba se hizo en mi corazón.

Otras con el desencanto del que no ha podido vivir en su plenitud la vida:

y tengo la recóndita tristeza inenarrable
de aquel que entra en la muerte sin conocer la vida.

Y así múltiples veces aparece y desaparece la Muerte, con mayúscula, brumoso telón de fondo de la existencia del poeta.

Pero no es sólo la obsesión de la Muerte o la fragilidad y disparidad de los sentimientos a la que antes hicimos mención o el paso del tiempo o la nostalgia de la niñez feliz, hay algo más: hay esa profunda desazón, que podríamos llamar existencial, si esta palabra tuviera su auténtico sentido, desprovisto de la pedantería que últimamente se le ha añadido.

Esta desazón existencial (de nuevo, perdón) nos la explica así el poeta Rafael Maya hablando de Barba-Jacob: «Sólo que, a través de su divino impudor, no hemos advertido penas mediocres ni pasajeras angustias, ni mucho menos la querella romántica, formada de conflictos caseros y desengaños retóricos, sino una inquietud infinita y lacerante que no busca consuelos superiores porque gusta de exacerbarse a sí propia, mirando hacia la tierra con agobio de bestia herida.»

En efecto, Barba no busca consuelos superiores y afirma: «En nada creo, en nada...», o ironiza:

¡Paz! ¡Paz en mis entrañas! ¡Silencio en mi redor!
¡Imaginaciones!
¡Imaginaciones!

Aunque a veces deja en el misterio aquel último fin que buscaba en la vida, como, por ejemplo, en la «Nueva canción de la vida profunda», en que termina diciendo:

No te vas, torcaza rendida, juventud dulce,
dulcemente desfallecida, no te vas:
¡Quiero apurar el íntimo deleite de la vida!
–¿Y nada más?
–Y un poco más...

Sin embargo, de todos los poemas de Barba-Jacob en que se enfrenta con el tema de la vida, de la suya propia y de la vida en general, es para mí el más intenso y desnudo de retórica aquel que se titula «Lamentación baldía». En este poema hay ecos muy palpables del Rubén de los *Nocturnos* y, sobre todo, de «Lo fatal»; pero, de cualquier forma, ¡cuánta verdad se respira en estos versos y qué estremecida y estremecedora humanidad se encierra detrás de ellos!:

Mi mal es ir a tientas con alma enardecida,
ciego sin lazarillo bajo el azul de enero;
mi pena, estar a solas errante en el sendero;
y el peor de mis daños, no comprender la vida.
Mi mal es ir a ciegas, a solas con mi historia,
hallarme aquí sintiendo la luz que me tortura
y que este corazón es brasa transitoria
que arde en la noche pura.
Y venir, sin saberlo, tal vez de algún oriente
que el alma en su ceguera vio como un espejismo
y en ansias de la cumbre que dora un sol fulgente
ir con fatales pasos hacia el fatal abismo.
Con todo, hubiera sido quizás un noble empeño
el exaltar mi espíritu bajo la tarde ustoria
como un perfume santo...
¡Pero si el corazón es brasa transitoria!
Y sin embargo, siento como un perenne ardor
que en el combate estéril mi juventud inmola...
(¡Oh noche del camino, vasta y sola,
en medio de la muerte y del amor!)

Ahora, antes de terminar, cerraré mis palabras con la propia voz de Barba-Jacob, con uno de sus más hondos poemas, el titulado «Futuro». Aquí, el mismo poeta nos da su autorretrato, con la más patética sinceridad y la más desvelada emoción. Tratando, con mucho más acierto y justeza que lo he hecho yo, de aferrar por un momento entre las manos a ese fantasma, atormentado y tierno, balbuceante y luminoso, infantil y viejo como el mundo, que se llamó, que se llama: Porfirio Barba-Jacob.

El poema dice así:

Decid cuando yo muera... (¡y el día esté lejano!):
Soberbio y desdeñoso, pródigo y turbulento,
en el vital deliquio por siempre insaciado,
era una llama al viento...
Vagó, sensual y triste, por islas de su América;
en un pinar de Honduras vigorizó el aliento;
la tierra mexicana le dio su rebeldía,
su libertad, sus ímpetus... Y era una llama al viento.
De simas no sondadas subía a las estrellas:
un gran dolor incógnito vibraba por su acento;
fue sabio en sus abismos –y humilde, humilde, [humilde–,
porque no es nada una llamita al viento...
Y supo cosas lúgubres, tan hondas y letales,
que nunca humana lira jamás esclareció,
y nadie ha comprendido su trémulo lamento...
Era una llama al viento y el viento la apagó.

Juan Luis Panero



El poeta habla de sí mismo

LA DIVINA TRAGEDIA

Prólogo del volumen *Rosas Negras*. (Guatemala, 1933.)

¡Vivir es esforzarse! Como vibra el ímpetu solar en el rayo de aurora, en esta exclamación que tiene la más alta tónica de mi espíritu, está la virtud que me representa en el coro de los poetas: *¡Vivir es esforzarse!* Yo he sido el esfuerzo de la intuición anhelante, sin desfallecimientos, semirrevelado, semivelado, que ora se exalta, ora desconfía de sí mismo, viajero del llano al alcor, del alcor a la montañuela, y cimera ésta, en un impulso más potente, a la cima azul; sobre la cima azul, la nieve incorruptible.

La nave de mi vocación lírica, como si un viento negro quisiera hacerla zozobrar, batida de tumbos y cegada de relámpagos, iba del relámpago al tumbo y del tumbo al relámpago. Yo traía de mis campos nativos, en la aspérrima Antioquia, la fortaleza del cuerpo algo mal proporcionado, la íntegra energía de la voluntad para la faena —prez de mi raza judaica— ¡y una inocencia como cendal de albura sobre la chispa madre de mis futuros incendios! Había empezado a entrever vagamente cierta inflexibilidad de mi carácter; advertía mi repugnancia por el trato de personas, mi alegría raudalosa en la soledad, la timidez de mi Don Juan bajo una resuelta conformación masculina. Y comprendía iluminadamente cuán arduo trabajo hubo de representar, para mis abuelos que eran la rusticidad misma, y en aquel medio donde los hombres son el campo con palabra, el criarme

sano y fuerte, vivo de fantasía, bien inclinado al yugo de oro del trabajo, y con un corazón que era como el de una manzana madura, si las manzanas maduras pudiesen amar. Y yo amaba entonces a mis progenitores con una terneza que iba en radiación desde sus virtudes incorruptas hacia todas las cosas familiares de en torno, y fluía por ellas como un céfiro por la sobrehaz de las aguas. ¡Se abría en mi alma el lirio del alba! De ahí mis primeras canciones.

Traía también —y no era muy leve la carga— una incultura que resplandecía: ¡una ignorancia enciclopédica! Allá entre el olor de aparejos de mulas, tercios de maíz, ordeña de vacas matinales y encerrada vespertina de los terneros, el río que canta, el abuelo que castiga iracundo, la leche cándida y dulcezuela, el coro de los sapos y las melifluas rosas de María Santísima... Allá entre breñales, donde no hay más doctos que la roza, la noche, el viento, la lluvia, los pájaros y los campesinos que no saben sino una cartilla... En mi Antioquia israelita, entraña de mi nativa Colombia, ninfa melódica de mi ideal América, no había tampoco periódicos, ni libros, ni conciertos, ni bandas. Si acaso, *El Arco Iris de Paz* o *Las Tardes de la Granja*... Si acaso, la revista de los Padres Franciscanos, cuyo sistema de anuncio solía exacerbarme... Si acaso, *La Moda Elegante Ilustrada* que mi tía Rosario (¡brilló una estrella en mi corazón!), que mi tía Rosario iba malentendiendo y peorimitando...

Allá en mi nativa Antioquia y en su más áspera porción, donde el cura melifica y amenaza, las madres procrean hijos como la caña de maíz granos, y la civilización es dulzura sin inventos, amor al prójimo sin automóviles, obras de misericordia sin locomotoras, castidad sin cinematógrafo; y donde la belleza y el vigor, la salud moral y la esperanza, la inteligencia y la lealtad son como flores caídas del manto de Jesucristo...

Allá en mi Antioquia, donde acaso pasó junto a mí, sin que yo lo advirtiera, el espíritu de Jorge Isaacs, y donde he oído en noches de luna coros de peones,

cantando a todo pecho la guabina,
canción sabrosa, dejativa y ruda;
ruda cual las montañas antioqueñas
donde tiene su imperio y fue su cuna...

Allá en mi Antioquia... ¿Qué me diste tú, Santa Rosa de Osos, ni tú, Angostura, ni tú, mi nutricia Colombia, para educarme? Una escuela en donde se arremolinaban como ochenta niños, amén de veinte grandezuelos, en un salón sin ventanas; donde el maestro, cuando no faltaba, era borracho socarrón o caramelo de pedagogía religiosa, y donde aprender a leer era como una risueña designación de la fortuna... Estuve menos de dos años durante cinco, porque me huía, me aterraba el pensamiento de que era preciso aprender a sumar. Como para Maeterlinck, los números no eran para mí una armonía sublime, sino cifras encrespadas. Fui reprobado una vez y mal reprobado otras dos, porque más valiera la reprobación que aquellas reprimendas por mi falta de estudio, y aquellas dudas sobre si iría a ser loco. Con tanto talento...

Cuando alboreaba mi adolescencia, y el mundo ya no me parecía un espectáculo —sino una granada, una brisa dulce y un joven amigo hermano de mi novia— fui a Bogotá entre lágrimas y sonrisas. Para que mi abuelos se resignasen a retornarme al lejano hogar, díjose que mi padre navegaba con vientos propicios: era una eminencia entre los empleados de tercera categoría, ganaba buen sueldo, y quería enviarme a París... Pero no había tal prosperidad. Mi madre continuaba ganándose la vida con sus clases de guitarra (¡brilló otra estrella en mi

corazón!), mi valeroso hermano Rafael estudiando más pobreza que matemáticas, y mis hermanas casi de hermanas de la caridad, según las querían en el colegio por inteligentes. Además, Lola era como un lirio de gracias; María, como una racha perfumada del verano; Mercedes, como una granada entreabierta en la delicia de castos festines.

La vida resultaba estrecha, y me la hacía más la falta de caridad intelectual de mi madre Pastora para juzgar a mis abuelos. Viejo orgullo algo ruin de una mujer que descendía del prócer Benítez, había sido rica, y tañía su guitarra como el sol tañe estrellas, y hallábase casada con un abogado poco juicioso, hijo de esos campesinos del Tenche y el San Pablo que, después de todo, ni eran ricos como se creyó en la familia... Y mi timidez para andar entre personas, dizque era hábito montañero: «Sí, educado por ese burdo de Don Emigdio...» Y mi franqueza de campo abierto, de brisa derramada, de brote, de grito, dizque era falta de urbanidad: «¡Qué niño tan brusco! La brusquedad de Doña Benedicta...» Y todo esto me hería, me hería en lo más hondo. Y no hubo paz en mi corazón. Y no la hubo en aquella familia estrambótica. Y fui enviado a la Escuela Normal. Estuve un año, porque al finarlo, allá por exámenes, advino la guerra de 1899. El año que estuve repasé la Historia Sagrada, la Gramatiquita de Mardulanda, la Religión del Padre Ortiz, la Aritmética de Rueda hasta la división de quebrados, y otras cosas no menos profundas.

En seguida pasé a mi Escuela Preparatoria, o como quien dice, a mi facultad hispano-americana de estudios clásicos: la campaña en guerra civil. Fui soldado conservador, porque me reclutó el gobierno conservador. Un caso psicológico muy interesante: jovencito, nervioso, lleno de ímpetus encabritados, derramando alegría,

salud, fuerza y elasticidad, pero inhábil para ensillar, para ponerle el freno al caballo, para orientarse en las llanuras nocturnas. A lo lejos arrastra el Magdalena su cauda de estrellas amantes, como invitando a los Diálogos de Platón. En el ambiente hay un olor de guanábanas maduras. Estamos a orillas del bajo Cambeina, y soldados de Cundinamarca se bañan desnudos. Reverbera el sol en las aguas quietas, tersas, blandas, claras, límpidas. Mi fuerza en medio de aquella inhabilidad, de aquel no sé qué mío que provocaba sonrisas benóvolas, en medio de aquel paisaje grandioso y profundo, místico en el hervor gorgoreante del Trópico, estaba en que yo era la única voz humana que interpretaba el vasto conjunto... ¿Y cómo? No seguramente con versos: con gritos, con lágrimas, con discursos en los brindis, todos a medio embriagarnos y el sol reverberando en las alturas nevadas del Herveo... Además, yo tenía ya una conciencia clara de mi personalidad, de mis derechos a la vida, a lo mejor posible de la vida según mis fuerzas. Un sentimiento que ahora traduciría yo con insustituibles palabras de Valle-Inclán: «¡Yo soy el chivo y ésta mi montaña!» La montaña era para mí la vida.

Entretanto, la campaña iba pasando en paz. Era un andar, un andar de llanos a montes y de montes a montículos, sin hallar al enemigo jamás. Tuve una querida negra, muy joven, muy linda. Me hacía que yo le pegara en las nalgas, riendo la Sulamita, y primero se cansaba mi puño que aquel mármol tenebroso. ¡Cómo deseaba yo a veces saber tirar con un rifle, como los de como aquella ensoñadora y dorada y suprema canción de Isaacs, la dignidad lánguida y pensativa de las canciones de ese país. Son más militares, para traerle garzas! Las garzas de Colombia tienen que está en *María:*

Soñé vagar por bosques de palmeras...

Y yo pedía a Dios en mi corazón que nunca jamás hallásemos al enemigo, porque yo me iba a morir de miedo... No salía de los Estados Mayores: era la viveza a caballo para buscar gallinas y hacerlas freír por comadres improvisadas, y todos los generales del Gran Estado Mayor de aquella columna de 1.500 hombres llevaban el bigote oliendo a gallina frita. Yo tenía que cargar mi caballo con bultos de carne, de sal, de exquisitos panes. Líchigos llaman por allá a los bultos. Y yo llevaba tantos, que me apodaron «el teniente líchigos».

Como año y medio duré en aquellos andares, aunque con treguas que se me llenaban de embrujamientos. Fui a Ituango, viví en San Pablo, fundé una «Sociedad Educadora». Mil recuerdos levantan la suave cabeza: mil episodios llenos de ternura, de locura, de milagro... ¡Es tan varia la dulce vida! Por ejemplo, el episodio del viaje a Sopetrán...

Pero sigamos adelante.

Después de la guerra fui maestro de escuela en Angostura, tuve amores con Teresa (¡se abre en mi corazón una violeta lúgubre!), y perdí a mi madre abuela Benedicta. Un lampo de claridad divina me iluminó sobre sus despojos inanimados, y no sentí dolor: ¡ni una lágrima! Comprendí la epopeya... Yo sabía más que nadie de los zafiros de su misericordia, de los crisoberilos de su bondad, de los diamantes de su perdón. ¡Oh, mujer extraordinaria! ¡Estas palabras que te elogian son una realidad en la esencia misma de Dios! Aquel bregar al lado del esposo, en los agrios e insalubres campos, al lado del esposo, que era hecho del más burdo y puro roble de la raza; aquel bregar para ir alzando la familia de rústica a distinguida, de burda a discreta e inteligente... Aquel bregar para que se uniesen hijos y nietos, ciento

y tantos, en una dulce armonía de afectos. Aquel servir y ser leal cincuenta años a un hombre a quien no eligió, a quien no amaba y no comprendía, ¡sólo porque era su esposo! Yo conocía aquel calvario; y en torno de él veía la prole numerosa, feraz, ardiente, elevándose en inquietud, en aspiración, en inteligencia, en goce de la vida, de la dulce vida... ¿Cómo no creer que era digna de la corona del descanso aquella mujer, que había pasado encendiendo antorchas de almas, insinuando benevolencias en la desatada maldad de las cosas, ejercitándose en dolores de partos y en cocinar, grávida aún, para peones de la roza de su marido...? ¿Cómo no aceptar sin protestas dolorosas la paz final de la santa que había robado al patrimonio para socorrer menesterosos, y aún para adorar a Dios en la pompa de sus altares de Corpus, que los hacía tan bonitos? ¿Cómo no advertir que ya reposaba, y que no tendría que descifrar, con sus cándidas interpretaciones domésticas, los enigmas de este Miguel Angel, el nieto de la esperanza, tan raro y tan amante? ¿Cómo no creer que la muerte era para ti bella como tu rostro, suave como tus efusiones, tranquila como tu ensueño en los jardines de marzo?... ¡Oh, madre mía abuela Benedicta Parra de Osorio, hija de Antoñito Parra y Eugenia Giraldo, y muerta en la gracia de Dios el 2 de diciembre de 1905! ¡Qué lágrima te daría yo que encerrara todo cuanto queda de puro en mí! ¡Qué libro te compondría yo que me reintegrara en la pureza de mi corazón, sin los pasados extravíos! ¡Qué canción en cuyas estrofas no vibrara el rugido de Satanás! ¡Qué verso fraguado con otras palabras, las palabras con que tú despertaste en mí el amor a la vaga poesía del mundo!

La muerte de mi madre fue para mí como el aletazo de la aventura. Florecían las primeras rosas apresuradas sobre su tumba, y yo corría en busca de mi Universidad

—la Real Universidad del Mundo, que me ha honrado con sus borlas—. Iba hechizado y libre, a pie y romántico, en compañía de un peón y con un alma mía de la cual no me acuerdo ya... Por los breñales de Anorí, por los bosques de Zaragoza, ríos frenéticos entre las rocas, culebras, libélulas, parásitas, begonias... Nechí abajo, Cauca abajo, Magdalena abajo... Fui a dar a Barranquilla, pero con tan mala fortuna que al llegar se me perdió uno de los zapatos. Naturalmente, estaba descalzo para la costumbre, pero semicalzado para la filosofía. Y yo era algo filósofo... Bueno, pues caminar descalzo en la ígnea arena de la costa... Me vi en grandes apuros por la hosquedad de mi expresión y mi genio a relámpagos. Tuve que ir a vivir a casa de un leproso del cuerpo —menos mal— donde fui recogido. Pero al fin, al fin, una noche azulina, entre los coros de los vientos y el rumor romántico de los palmares... Una dulce noche de la dulce vida...

Ah, no... Me es imposible revelar aquí estas tristes perlitas, este menudo aljófar de mi corazón matutino. Cada lector tiene en su historia esos aljófares: escenas semiborrosas, canciones a medio olvidar, besos, un lampo de sol, una amistad que nace, una canción... ¡hasta mañana, amor! Y todos saben lo que he querido decir y aún no digo.

Ello fue que me trasladé a vivir a la casa del poeta Lino Torregroza, es decir, a la casa del Gobierno, porque Lino era maestro de escuela. En aquel lugar se formó una bohemia resplandeciente. Regíala Leopoldo de la Rosa, que a la sazón andaba por las islas de Grecia, que nos traducía a Chenier y, ante todo, se nos traducía a sí mismo en unas visiones helénicas ebrias de miel, encantadas, miríficas, con un nocturno resonar de cadenas dolientes entre el aletear de las ondas marinas. Lino valía en la tertulia por dos, según era de fervoroso. Hermes Zepeda, de melodioso numen, explicaba la armonía del

mundo para ecuaciones matemáticas, pero a mí en él me gustaba más el poeta que el matemático. Miguel Rash Isla, aristocrático, era algo insólito en nuestras veladas. Muy dulce de amoroso romanticismo. En cuanto a Enriquito de la Rosa, era célebre por haber compuesto medio soneto, lo cual lo habilitó como escritor. Le atribuía a Carlyle un largo párrafo sobre un camino, y lo había compuesto él mismo; pero a mí me deslumbraba. Desde un rincón de la estancia, medio envuelto en la claridad de una opaca linterna de petróleo, nos miraba Hormechea con sus mansos ojos de mula pacífica, de mula de Nacimiento de Belén. ¡Cuánta energía en aquel pobre muchacho! No he conocido jamás una voluntad tan firme, tan indomeñable, superior al punzón de la burla, superior a la desesperación de la miseria, superior a la Dama de Cabellos Ardientes. Y cuando, en el año de 1917, había triunfado —porque fulgía su inteligencia y su cultura llegaba a lo increíble—, murió. Murió en San Salvador, sin otro consuelo que la bondad espontánea, florida e inagotable de aquella gran nación. Yo he de contar, en una novela doliente, que sea paradigma de ánimos resueltos y de vocaciones inalterables, la historia de aquel muchacho. Iban a las tertulias otros dos sujetos, pero no digo sus nombres por no asociarlos a la gloria de este recuerdo. Yo, aunque pecador, soy vengativo. Ellos me tuvieron envidia y me hicieron mal. Hablaban horrores. Por ellos empezó la cosa...

En aquel grupo, palpitante de ilusión, la floridez de la mañana, el asombro de la inteligencia recién venida que está descubriendo a la vez el mundo del limo y el mundo del alma, en donde es necesario dar una distribución adecuada a los fenómenos... En aquel grupo leía yo a Darío y a Valencia, a Darío y a Emerson, a Valencia y a Guyau, a Darío y a Renán, a Valencia y a Cervantes, a Darío y a Carlos Marx, a Valencia y a Edgard

Quinet... Mis demonios terríficos parecían sujetos con blandas cadenas. Y yo hacía prodigios de asociación, de síntesis, de integración ideológica... Yo bebía efluvios de los jardines antiguos, de los jardines de Italia, de Francia, de España... Efluvios de rosas de filosofía, de poesía, de pintura, de astronomía... Mi capacidad de recepción era como la de esas cavernas donde mil veces voltejea un eco y mil veces lo acoge la concavidad en que tuvo vida.

Me interné en los clásicos. No recuerdo por qué causa modernista tenía yo a los clásicos por excesivamente ingenuos y simplones. Cuál sería mi sorpresa al espaciarme en las *Novelas ejemplares*, en el *Tratado de la tribulación*, en *Las moradas*, y aun antes de los siglos áureos, en la prole feliz de las Dianas. ¡Esa dorada prosa de Fray Luis, y los versos del De León, que son la sustancia en el nombre y el movimiento en el verbo! ¡Esa superabundancia de giros en Suárez de Figueroa, y esa superabundancia de ideas de Gracián! Yo empecé entonces a amar a los poetas que me decían, con esas formas rancias, magníficas, como de real sello del Rey Tiempo, un no sé qué de la vida, de la inquietud, del viento... La *Epístola moral* me infundía tal temor en la triple concordancia de la forma excelsa, de la doctrina altísima y del autor iluminándola en su oscura humildad, que en 1919 aún no me atrevía a cantar en tercetos. ¡Dante y tú, oh Paradigma!

Pero me encantaban sobre todo porque eran pomposos, y yo amo la pompa. Niño aún, me conmovía ver derramarse desde un tapial los gajos de la americana —cierta yedra— multiplicándose en mil gajículos, y éstos en otros y otros, y uno a uno cubiertos apretadamente de florecillas de oro vivo, salpicadas de un amago de polvo negro que no ennegrecía... La áurea cabellera se desparramaba, caía, ondulando al viento invívita en la noche, fulgiendo a todo el curso del sol como una

llamarada. Yo amaba las fushias porque eran profusas y lánguidas, con el sello de una tristeza real... Yo amaba la flor de San Juan, porque sus hondos tonos violáceos tenían el color de mi representación del mundo... ¡Eran episcopales! Yo amaba sobre todo las aguas: yo era el infante de los arroyos, y era el errante sátiro en pubertad, en las orillas doradas del Tenche o en las orillas azules del hondo San Pablo. ¡Vagos espectros familiares, madejas de agua blanqueando y sonando por doquier, resonancias de la vida en el cóncavo de la noche, una plegaria matinal que era como el beso de la poesía en la luz! El encanto de Tenche estaba en el río; el encanto de San Pablo estaba en el río. Desnudo en la desnudez de la Naturaleza, melódico, vágulo, casi paradisíaco, me perdía entre los bosques. ¡Cuán pomposa era el agua bajo las cabelleras del suribio, bajo la tenue sombra de los pisquines de seda! Azuleaba, verdeaba, plateaba, ahondándose, contrastándose, batiéndose al viento. Estimulaba la floración de las begonias, de hojas de grueso peluche. Propicia a los helechos de colores, con su beso los fijaba a las rocas: ¡cuán desvaídos tonos! Yo me hundía en ellos como se hundía Otelo en las trenzas de Desdémona. La pompa del campo, del agua, de toda la floración de las plantas que meditan y lloran, me parecía volver a encontrarla en los clásicos. Advertía, sin embargo, que ellos golpeaban en mi corazón con motivos universales y distantes, y no con motivos de la vida que me circundaba, no con mis palabras, mis representaciones, mis músicas, mis melancolías, mis júbilos y mis efluvios. Y era —¡después lo he comprendido!— que nuestra América hispana no tiene aún clásicos, que las florecillas de sus campos no tienen historia en la literatura, que su menuda existencia no ha tenido grandes cantores.

¡Cuando los tengamos! Mantos de pedrería para velar

abismos, iris sobre los hombros de Psiquis, que no la vistan, sino la desdibujen un poco en la claridad de la luz, y una fanega de tierra para cada uno, en donde cada terrón brote su propia flor. Lo que los clásicos de ayer no me podían dar, naturalmente, es el alma moderna, de temblorosa inquietud, ávida de nuevas posibilidades de vida y de cerebración, matinal y nostálgica, cruel y horrorizada, y anhelosa en América, de bien y de justicia por amor estético. ¡Y esta alma es la que hay que poner en las formas del oro clásico! Tampoco los príncipes de la lengua me dieron mi desatada libertad, sino que yo me la tomo y a mí me sirve para escribir como me da la gana, yo pomposo, yo romántico, yo engreído, yo delirante, yo prestidigitador.

Lo malo era que yo no sabía ni el abecé del francés, y esto me causaba mil sonrojos. En la historia de mi vida pesó como la losa de un ajusticiado, durante diez años, la vergüenza de no saber francés. Yo disimulaba mi ignorancia como mejor podía, y hasta me aprendí unas cuantas citas. Y hacía que toda la Francia fluyese para mí a través de innúmeras traducciones.

Dejé las tierras délficas de Colombia, y con su melodía en el corazón vine a Costa Rica. El país estaba en paz y se comían muy buenas chuletas en casa de una señora llamada Julia. Gustó mucho a unos peluqueros mi *Parábola del retorno*, que había compuesto yo en Barranquilla y que posteriormente hube de incorporar en el *Maín Ximénez*. Gustó también a aquellos amigos un verso: «El alma traigo ebria de aroma de rosales...» —no menos grato a Fernández Ledesma—, germen de una canción de 1908. La mañana en que llegué a Kingston, aún entre la media luz, era fragante como la cabellera de Eva, como el beso de América en la frente de Cristóbal Colón, el 12 de octubre... ¡Oh, poesía del tránsito! ¡Oh, dulce vida!

Fui a La Habana. Su mar galano, soberbio, sonoro, opulento de ondas, opulento de olas, irisado de diamantes, insólito del fulgor, cada ola como un torso de mujer en floridez, cada efluvio como insinuación al deleite de engendrar en la gloria del día. Su mar latino me volvió místico. Me acuerdo que paseaba yo una noche desamparada por el Malecón, y ardía en tales fuegos y temblaba con tales zozobras, que volví a Dios mis entrañas. El acto contrito se me desvaneció como el rumor del Mar de Cuba, y no quedó en mí sino una especie de ternura religiosa, un indeciso anhelo de paz en el regazo de una creencia, de una deidad, de una locura sublime del alma. Era que el Señor estaba en mí mismo. Las flores de este puro sentimiento perfuman algunas de mis canciones más imperfectas.

En La Habana conocí al dulce y valeroso Catalá, a quien tanto recuerdo en mi cariño. Conocí a Arturo de Carricarte, que dudaba entre si yo pertenecía al presente o era ya del pasado. Conocí a los trovadores colombianos Franco y Marín, a cuya locura de andar cantando debe Colombia un hecho glorioso: que se hayan difundido en México el bambuco, el pasillo y mil tonadas de canciones. Las dos melancolías musicales, la de aquí y la de allá, se han reconocido fraternas: los dos pueblos se han oído sus rumores y sus amores íntimos en sus íntimas melodías. En México desbordan la más fina inteligencia y la más fina percepción artística y por eso la muchedumbre ha encontrado en las canciones de Colombia, sin analizarlas, una excelencia de flor que se mustia, de miel que se acendra... Después vinieron otros trovadores, pero eran muy calaveras.

En La Habana conocí a Tobón Mejía... Creo que éramos algo parientes por la parte linajuda de mi familia. El se dedicaba a buscar su expresión por medio de la pintura, pero no tenía libertad para moverse dentro del

cuadro. Sus ideales de pintura eran bizantinos. Después ha logrado resonantes triunfos en París —según las trompas de oro— mas no como pintor, sino como escultor. ¡Cada uno se encuentra a su tiempo, menos los tontos de remate! Tobón Mejía me dejó un alto ejemplo de valor para la lucha, una firme esperanza en su talento, y una grata memoria de paisano.

Conocí, por último, a Hernández Catá, un muchacho que a mí me parecía el prototipo de los amigos y por su bondad y de los hombres por su hombría. Estaba casado con una joven muy linda y muy honesta; había compuesto unos libros que a mí no me gustaban; tenía enemigos de verdad —no solapados como los míos de Barranquilla— y lo acababan de nombrar cónsul en No-sé-dónde, costas de Francia. Alfonso creyó en mí, me ayudó, me alentó. Fue el primer literato de los que yo traté hasta entonces que no tuviese resabios ni excesos de vicio, ni pereza, ni vanidad, ni envidia. Su talento me marcó la ruta de México, y vine a México. Yo todavía no sabía francés.

El campesino que había en mí se asustó con el estruendo de la capital mexicana, y me encaminé a Monterrey. Aquella ciudad me fue materna, y a su estímulo cordial empecé a trabajar. ¡Qué terneza, qué vaga esperanza, qué divina ceguedad había en mi corazón! Me extasié en el goce de aquellas montañas únicas, todo el imperio de la fantasía de la tierra, todo el caudal de matices de la luz refractada y envolvente, todo el símbolo, toda la fuerza... ¡Espectros de una amistad elevada, sencilla, noble!... Poemas inseguros, mujeres amantes de una noche, de un día, labor oscura, consuelo de los libros. Y... ¡oh, Shakespeare! ¡Si esta carne mía demasiado sólida pudiera deshacerse y fluir en lluvia de lágrimas! Yo celebré mis nupcias con la Dama de Cabellos Ardientes. Fue una noche de tormenta horrísona cuando la ciudad se había inundado hacia los barrios obreros, y seis mil cadáveres humanos pregonaban la inocencia de la catástrofe. Y la oscuridad se entenebreció.

Entré al periodismo, y rodando, rodando, he venido hasta el de la capital, esto es, el alto periodismo. Ya sé su secreto: lo aprendí pocos días después de llegado a Monterrey. Consiste en escribir muchos artículos cortos con desenvoltura comedida, opinar sobre todos los temas que uno no conoce, saber ponerse romántico todos los días de distinto modo, profesarle horror a la verdad, y urdir todos los días pequeñas trampas donde caigan los lectores ingenuos, que aún quedan algunos. Lo cierto es que así, de redacción en redacción, empecé a afirmar la conciencia de mi ciudadanía en el mundo. Me hice hombre. Ahora sí, ya hubiese podido ensillar, poner el freno y orientarme en las llanuras nocturnas. ¿Y el arte?

Volvía a leer, como en Barranquilla, como en La Habana. Como yo entonces no creía que lo fundamental es el talento y la libertad de mostrarlo, antes que los libros, leía hasta dos veces aquellos que me parecían fundamentales. Algunas noches hacía una luna muy linda. Fundé la *Revista contemporánea*. Compuse *El canto de las montañas*, los de los niños, la áspera e inocente *Parábola de los viajeros*, *Espíritu errante* y otras naderías. Excepto mi canción *La estrella de la tarde*, que esa sí no es nadería. Se me iba depurando el sentimiento ficticio de antes en la realidad del dolor; ya mi ternura no era inmediata, y mi agua verbal ahondaba su cauce. Mas escribía generalmente con una gran dificultad: la rima me era un tormento, las asonancias me contristaban. Forzaba el ánimo para realizar ciertos cantos, aun a riesgo de que se advirtiera en ellos la falta de un óleo melódico invisible... Y yo me iba diciendo:

«¡No importa! ¡Esos son esfuerzos! *¡Vivir es esforzarse!*»

Por más que hube reunido quince, veinte pequeñas obras en mis hatillos rehusé asesinarlas dentro de un libro, asesinarlas y sepultarlas dentro de un libro. Hay mucho libros de poetas y muy pocos grandes poetas, decía yo. Y esperaba. Y trabajaba... ¡Un día llegará en que las palabras me enseñen sus azules secretos! Entonces pondré en formas mejores la emoción y el ensueño que provisionalmente dejo en éstas! Tal es la historia de mi *Lamentación de Maín Ximénez*, que sirve de pórtico al libro. Es una poesía perfecta porque tiene una alta tónica moral, una gran tragedia de la razón, una gran tragedia del sentimiento, una gran riqueza de melodías en sus interludios, y una gracia en las proporciones que la hace parecer una capilla gótica. ¡En ella está simbolizada una divina tragedia! El vago son sinfónico de su postrera parte infunde paz, y se entreabre *Acuarimántima*. Y todo ello aprovechando los viejos materiales. ¡Qué tal si oigo a mis amigos! Pero la gloriola, mujer al fin, no tuvo la fortuna de que yo la cortejara con muy visible insistencia.

Estuve en Guatemala, pero no pude componer ni una canción. El aire reverberaba de tiranía. Ofrecí al tirano un libro acerca de Guatemala, lo escribí casi todo e imprimí un volumen, pero al tigre no le gustó porque se trataba del país y no de su imperial persona. Y eso que yo, entre embriaguez y embriaguez y excesos de amor nocturno con mujerzuelas y otras mujeres, había puesto mucho ruido de marimba en la prosa, y muchas citas: ¡una de ellas en francés! Había puesto también un sincero elogio a la mujer guatemalteca, que después apliqué a la mujer colombiana para venderlo por cinco dólares. Pero esto ya fue en Nueva York, y reservo el episodio para cuando hable de Mr Archer Huntington.

Porque necesariamente hablaré del culto y espléndido multimillonario.

He de recordar mis relaciones con Rafael Arévalo Martínez, el hemipléjico de mi tragicomedia, mal augur de Maín Ximénez... ¡Maín Ximénez no se redimió al fin por una mujer, como tú me decías, mi amigo de Guatemala, sino por virtud del canto! A aquel espíritu lleno de deseo de ver, no de deseo de amar porque la angostura de su moral no se lo permitía, le parecí un ser en extremo raro. Hizo entonces su primorosa novelilla en dos cuentos: *El hombre que parecía un caballo.* Dizque era mi caricatura. Yo, francamente, no creo tener la sencillez ni la inocencia del señor de Aretal. A la obra de Rafael no se le ha hecho hasta hoy una verdadera crítica. Yo intenté hacérsela, pero me engolfé en unos estudios de Fisiognomía y eso exige tiempo...

De aquel país de quetzales recuerdo la firme y prolija lira de Carlos Wyld Ospina. Recuerdo a Fidelia. Recuerdo unas mañanas llenas de niebla azul...

No quiero olvidar una cosa: también estuve, años adelante, en La Ceiba de Atlántida, sobre las costas de Honduras, y en San Salvador. En La Ceiba padecí, amé, prosperé, deliré... Compuse mi primera canción ligera. Vi morir a Raúl Peccorini, ebrio de juventud y de vida en el seno de su raza; le vi doblar la cabeza algo loca y entrar en el jardín de los pálidos asfodelos. Temblándole en las abéñulas ya inmóviles, la última lágrima, que él dedicó a la mujer con quien iba a contraer nupcias. Yo huí de La Ceiba. Me acompañaba el joven que despierta en mi pensamiento las ideas más puras, la visión más noble del espíritu en la obra de la vida, y que evoca en un fértil haz las rosas de la confianza, de la ternura respetuosa, de la virilidad que llega entre cendales de inocencia... En mi poesía responde al nombre de Juan Rafael Agudelo. Ignoro lo que habrá sido de él, en la muerte de la

ausencia, en el absurdo lírico y sentimental de mi vida... Donde quiera que esté, él es un ciudadano que hace honor a la Especie de los hombres. El es el tipo de la nueva raza de América, toda candidez, virginidad y potencias.

Un rumor de selva y mar y viento nocturno empieza a desvanecerse en mi corazón.

San Salvador es una ciudad encantadora, sobre todo porque es libre. Me dio paz para leer, para soñar y aun para delirar. ¡Cómo rugían entonces y cuán insaciables eran mis leones! No se satisfacían ni con las carreras diabólicas hacia Santa Tecla, en un automóvil brujo, y ella como si fuera Helena en el rapto mitológico. Tembló la tierra. Pero... ¡ah, país acogedor, sonoro de rústicas faenas, cordial y encantado, fuerte y libre! Mi corazón vuela en las noches hacia Cuscatlán, alma de alondra sobre sus ruinas, espectros amados, embriaguez, un sórdido señor Quiñónez que era Vicepresidente, los baños tibios bajo la matinada, toda la miel del día...

Las circunstancias vitales en que he compuesto otros poemas no las voy a decir aquí. Se trata ya de obras como mi *Canción de la vida profunda*, para las cuales no necesito pedir indulgencia. Estas son las que forman el grupo de las *Nueve antorchas contra el viento*, amén de alguna otra que anda en otra parte del libro. Las llamo *perfectas*, porque he expresado a trazos mi concepción del mundo, mi emoción, mi alarido, la robustez varonil de mi alma en el dolor de la vida, de la dulce y trágica vida, tal como yo quería expresarlos: con un acento personal lleno de dignidad, dando fulgencia a las palabras, aliñando la música hasta sus últimos matices dentro de pautas un poco arcaicas. Después he comprendido que puedo reivindicar también, como virtud

muy mía, pues la logro por el esfuerzo, la de la libertad.

Esta cuestión me obliga a detener mi palabra divagante, mi prosa un tanto cubista... La lírica hispanoamericana necesita dilatar el imperio de sus libertades. No es posible dejarla en el lugar a donde la llevaron los maestros desaparecidos y sus contemporáneos que declinan: Jorge Isaacs, precursor, José Asunción Silva, Gutiérrez Nájera, Rubén, Salvador Díez Mirón... Es necesario ir más adelante, no sólo para que resuene en nuestros cantos la voz de esta edad, sino para que nuestros sucesores en el culto apolíneo reciban la lira con nuevas cuerdas. Yo trabajo en este glorioso empeño.

Creo que una técnica apta para reflejar adecuadamente la solemne alma de Hispanoamérica, la gran nación ideal que va a surgir, nación de naciones, no puede romper a muerte ni con las formas ni con el espíritu de la tradición. La limpidez y claridad del lenguaje, aun para expresar lo turbio y lo vago, acusa excelsitud, virilidad, corazón seguro. A mí no me den escritores que no saben gramática o que, puestos a expresar un concepto no tienen nueve palabras que desperdiciar por una que aprovechan. Esa no es mi gente. Esos no saben español e ignoran la opulencia de los arcones de Castilla... Hay tesoros de formas poéticas y aun de la prosa de los vulgos, ya ennoblecida, que fulgen desde hace siglos con igual fulgencia en las formas de los clásicos. Esto no es posible sustituirlo. Lo difícil es poner en esas formas el temblor de hoy, la inquietud que nos envuelve en su onda, y hasta un poco de la inquietud que amanecerá mañana. Por eso yo he dicho en el Pórtico, que ansío mi verso constelado de gemas seculares...

Lograda esta victoria prima, que es flor temprana en los verdaderos escritores, la técnica tiene que recoger la herencia de las familias ilustres: los románticos españoles y franceses, los parnasianos y los simbolistas de

Lutecia. Pero no recogerla pura, sino en la elaboración actual, como cae de manos de Valencia, de González Martínez, de Lugones, de Leopoldo de la Rosa... Es indudable que debemos a Rubén el sentimiento de la aristocracia formal como una conquista democrática. Antes no eran aristocráticos sino unos cuantos señores; ahora lo queremos ser todos. Por eso nos parece que resuenan tan fuertemente las liras de España, a excepción del cenáculo de los elegidos, y sobran dedos... La juventud literaria de nuestro continente se ha tornado exquisita. Gusta de hallar en cada poema una sucesión de menudas sorpresas de palabra o giro elegante, que coincidan con otras tantas sorpresas del sentimiento romántico dulce, o irónico o simplemente maravilloso de primor como un caracol. Y todo ello envuelto en el velo de Isis, ondeando vagamente en la nébula flotante de imágenes imprecisas.

He aquí lo que quiere nuestra generación literaria. Pero un alma de hombre sano cantando a la vida en la alegría mística de la Naturaleza, a grito abierto; o cantando su horror lúgubre, cruzado de relámpagos de muerte... Un hombre-hombre, es decir, carroña de carroñas, cantando la tristeza hórrida de su llaga, y haciendo brillar sobre la podre la luz divina de su voluntad en su talento... Un ebrio de la gloria de Simón Bolívar... Un augur de la ventura de nuestra América hispana, toda temblor de materna promesa... Un bardo que acoja hoy la tristeza desesperada de los humildes, que están locos de rabia y amenazan el eje diamantino de esta sociedad inicua... Un bardo que comprenda la justicia de la ira social, el oprobio de los millones frente a la ironía de los sueldítos... Un hombre que advierte en el giro de las horas el giro de la Edad, porque fluctuamos en el crepúsculo de una Edad del mundo: la que hoy se despide será agregada en las cronologías a la Edad Media, o se le dará el nombre de Edad Horrible, o se

hará con las dos una verdadera Edad Antigua... ¡Oh, humanidad! ¡Gotea sangre de los pies de Jesús, pero bajo la sangre se erigen sus lirios de divina eficacia! Un alma así, un hombre así, un bardo de los que resumen todo el clamor de su tiempo, no lo pide nuestra generación literaria, aunque seguramente sí la que no es literaria, y nos lo demandará la posteridad.

Algunos poetas que habían logrado aquella dignidad y aquel primor de que ya he hablado, empiezan apenas a salir de entre los marcos restrictos de las estrofas silábicas. Otros estaban ya afuera; sólo que una vez del lado de allá de la línea no pudieron encontrar la melodía, sencillamente porque se olvidaron de que los elementos de las melodías más varias y aun más virginales, están en los clásicos, en esos clásicos de cuyas cárceles de oro querían ellos huir.

A pesar de este advenir tardío y de estos ensayos sin corona, es necesario conquistar en definitiva la ondulante, la vágula, la selvática, la nocturna, la campesina, la marina libertad del verso y de la prosa. No es posible ni es decoroso dejar aparte las cuestiones de la musicalidad del verso, en un mundo por el cual se difunde ya el espíritu de Beethoven. Yo creo que las ligaduras del canto español no están en las estrofas ni en las palabras, sino en nuestra esclavitud a las relaciones lógicas. Nosotros enumeramos los principios del conocimiento, pero no la afinidad, la virtualidad, el milagro de las melodías y de las ideas melódicas. De alas a alas, entre idea melódica y melodía pura, se tiende un velo irreductible a las palabras. Y como éste es el reino de la vaguedad —Vágula— flota en él una infinita posibilidad de asociaciones por sólo la virtud musical. Basta oír la palabra *Acuarimántima* para asociarla a los viajes que hemos leído, a las mujeres de la Odisea, a las ciudades de Marco Polo, a las lagunas de los países que tocó Simbad, a las

montañas nevadas que soñó Sir John de Mendeville. O bien sugiere la idea de ondinas, de jóvenes mujeres cargadas con haces de niños y lirios, de lluvias iluminadas por el sol... Yo empiezo a buscar mi libertad poética por la sustitución de las relaciones melódicas a las relaciones lógicas, y por el uso de la elipsis llevada a sus últimos límites. La poesía no es discurso, sino... poesía. Así como la música no es pentagrama.

Pero antes de apartar mi divagación de estas cuestiones de técnica, quiero decir una cosa. Todo esto: corrección del estilo formal, primor, melodía, libertad natural, libertad extranatural de sustituir enlaces melódicos a enlaces ideológicos, o de elidir relaciones intermedias como elide un águila espacio, a aletazos, todo esto es vana fórmula si uno no ha sido hechizado... Ya el hechizamiento sea divino, como en San Juan de la Cruz, ya sea de tristeza de amor incurable, como en Bécquer, ya sea luciferino y sonámbulo como en mí, ya sea ondulante y llameante como en Rubén o en don Ramón, hay que estar hechizado. «¿Y cómo se hechiza uno, Maestro?» —me dice un joven de rara belleza y numen sietemesino. «Ah —le respondo yo— ¡viviendo!»

Debí haberle dicho: ¡embriagándose! Pero no así no más como quien no lleva un tesoro que defender... La norma es ésta: comprender la nobleza y la dignidad de la vida en la sujeción a algo supremo: Dios, patria, humanidad, arte; tener un ideal, en fin... Acoger las tinieblas que nos envuelven, la ceguedad del destino, la iracundia de la vida, el soplo de pavor que viene del lado de allá de la muerte, y resolver tanta negrura en la fulgencia indeclinable del ideal. ¿Y cómo? ¡Por la voluntad de resolverla, porque la voluntad es la verdadera gracia de Dios en este supremo conflicto! He aquí el ejercicio genésico de mi energía. Yo no podía pasar sin perpetuarme en un cristal, como el rayo de luz sin cuajarse

en una estalactita... Erigí mi lema en lo alto de mi corazón: «¡Vivir es esforzarse!» Y comencé a esforzarme, triste y silenciosamente.

La nave de mi vocación iba adelante, cegada de relámpagos y batida de tumbos. ¡Ah, dura vida!

¡Cuánto trabajar! ¡Cuánto leer para escribir! ¡Cuánto escribir sobre Economía Política, sobre Derecho Internacional, sobre las urgentísimas reformas al Código Civil, sobre la actitud del Congreso que pierde el tiempo, y contra otras personas que tampoco me habían hecho mal alguno...

El ideal artístico, que si es ideal ha de ser amor humano, es la fuerza que nos sostiene cuando se levanta el huracán de la vida. ¡Ya el huracán está aquí! ¡La embriaguez va en sus rachas como el rumor en las ondas! ¿Con qué designios nos mueve la mano que rige nuestros movimientos? ¿Quién hizo tan áspero el camino del bien, y el otro ¡ay! florido, fácil y anchuroso? ¿Por qué el alcohol enciende sus llamas locas que alumbran escenas grotescas? ¿Por qué aquellos días de gris esterilidad, de frío desamor, en que no había más consuelo que ver rodar el disco de la ruleta: ¡dieciocho colorado, seis negro!? Aquellos amores que parecían una designación de mi raza, fallidos en una escena ridícula con la señora madre... Los días sin pan y en rebeldía contra la ley de ganarlo... Gentes desapacibles que me creen producto al por mayor y sujeto a las mismas leyes... La muerte que me roza con sus alas, tragedias ajenas, fracasos, ayes, amores, alaridos... Unos que se alzan y otros que caen en la ruina de sus fábricas de soberbia... La política en vaivenes, la heredad dudosamente habida, el estrépito de la guerra que abre las nociones de nuestra civilización y nos las enseña por dentro, sangrientas... ¡Oh, todo el tumulto de la vida hecho un huracán que me azotaba el rostro! Y yo contra él, dichoso en el peligro, levantando

mis ideales de hombre como antorchas, ebrio, el oído alerta a la cántiga de las sirenas...

Este abandono en los giros multívagos de la vida me hizo llegar a las más negras simas de la vida social de mi siglo. Conviví con los miserables, miserable como ellos, en las cantinas de Ciudad Juárez y de Chihuahua, en los garajes de El Paso, donde la corrupción moral asume tales formas, que parece ideada en una sobreexcitación pesimista del alcohol... Comprendí que la tragedia se manifiesta por medio de las cosas y va a herir al espíritu, pero que ella flota por cima de los dos, inadvertida y fulminante... Comprendí que el misterio está llamando como un niño de ojos de luz a la puerta de unos ceguezuelos, y que no oímos su llamar... Vi, palpé, labré, formé las cosas con mis manos; las interrogué en nombre de mi amor a la vida, y su silencio de silencios me aclaró el enigma... Las cosas abrían sus bocas para reír, me mostraban las entrañas, y luego me tendían los brazos en una fraternidad a la vez gozosa y lúgubre, melódica de risas e irisada de lágrimas. ¡También ellas eran cautivas! ¡También, como yo, como todos los miserables que padecían y gemían a mi lado en las mazmorras del siglo XX, no eran sino la veste de un pensamiento perdido... en la ilusoria sucesión del espacio y el tiempo...

Quise fijar en palabras, en canciones, en raptos de la palabra iluminada este glorioso despertar de mi alma; pero las palabras adquirían tal personalidad, se individualizaban y erguían de tal modo, que no se dejaron atar con los lazos de seda del discurso... Esperé. Después he hallado las melodías y las imágenes que deseara. Y empiezo a cantar mi canción, libre en el nombre de los pájaros, los arroyos y los vientos. Y grabo en mi corazón esta norma: la vida inmediata gana en fidelidad de detalles transitorios, al subir a la canción, lo que

ésta pierde en perspectiva ideal y en hálito humano.

Herencia del numen que nos conduce a través de las cosas, traemos del viaje una noción universal de la armonía como principio estático. Incorporando a ella nuestro dolor, la hacemos dinámica. Existe el dolor como principio dinámico en arte; incorporando a él nuestra noción de la armonía, lo fijamos en el tiempo, en la resonancia de mil ondas sucesivas.

¡El huracán arrecia! Sus ráfagas ya no embriagan: ¡hechizan!

Mi poesía es para hechizados. Aunque se manifiesta generalmente con una apariencia de tranquilidad, está llena de temblores, de relámpagos, de aullidos. Hay que desentrañarla, no en la complejidad de sus pensamientos, sino en la complejidad de sus emociones. Parece celebralizada: no lo es. Yo soy hombre de tono profundo, y no producto al por mayor de la Naturaleza.

¡Hechizantes opios, hechizante caña de México, hechizante y feo alcochol, hechizante amor de la inteligencia hacia la vida —que es el mejor de los hechizos—: he aquí lo que yo demando a los lectores de estos poemas. Sin una exaltación de entusiasmo, o aunque sea de iracundia contra mi numen, no es posible leer mis páginas inflamadas.

Técnica liberada, pues, e interpretación del mundo merced a un alto ideal de amor. Circunscribamos el ideal a nuestro México, a nuestra América y a nuestra ciudadanía.

El estrépito de las batallas y el negro hollín de las deslealtades políticas —coeficientes de la marea de sangre— nos han hecho pesimistas inactivos, y por esa inactividad no osamos creer en la grandeza de la obra que está realizando América. Si a un ciudadano de

México, del Ecuador, de Venezuela se le preguntase cuál es la fórmula que define nuestros aportes al movimiento del mundo, vendría a responder, puesto que fuese un Juan Lanas: *matarnos para robarnos,* y puesto que fuese un intelectual como Francisco Bulnes: *pasar de la dictadura a la anarquía y de la anarquía a la dictadura. Y aun el coro de repúblicas que se enorgullecen de su paz íntima y de la estabilidad de sus instituciones parece dudar todavía... «Apenas brilla alzándose el argentino Sol, y la Estrella chilena se levanta...»*

Sin embargo, en la proporción en que lo han permitido mil circunstancias contrapuestas, hemos sido colaboradores benéficos en la obra de la cultura. Entre coros de angustia y como a ímpetus de puño infantil tallamos en la piedra familiar la estatua que ha de representarnos en el templo de las grandes razas. Sin un pensamiento que unifique los arranques, fallida la cohesión, inseguros los derechos, el bienestar mezquino, nuestro virgíneo continente no ha interrumpido su tradición de gloria por falta de quienes la perpetúen. No hay una sola de las actividades humanas en que no haya prestado su concurso a la vida la patria ideal de nuestros corazones; ya brillante de ígneos fuegos de epopeya, como en Bolívar, en San Martín y en Morelos; ya florido de talento, de energía, de previsión, de ternura, como en Sucre, en Alberdi, en Mitre, en Murillo Toro, en Julio Arboleda; ya apto para fundar las libertades civiles entre el humo de las batallas y las ambiciones de los caudillos, como en Santander; ya apto para las más difíciles especulaciones de las ciencias naturales, físicas y matemáticas, como en Caldas, como en Zea; ya hecho arte supremo al servicio de la supréma ardentía latina e indígena, como en don Juan Montalvo; ya en la preñez romántica de 1850, que pare caballeros de la libertad como Juárez y su pléyade, y más adelante caballeros de la más ríspida autonomía,

como Maceo y sus cohortes flamígeras. Ya, en fin, sonoro de liras como en ese ideal grupo en que destellan, en la unidad del nimbo de su gloria, un Olmedo y un Bello, un Gutiérrez González y un Pombo, un Andrade y un José Eusebio Caro, buen Epifanio Mejía y un Heredia, un Darío y un Chocano, un Herrera y Reissig y un Nervo... pues, ¿y fuera de las liras? No hay sino que citar los nombres de un Ricardo Castro, de un Manuel M. Ponce, de un Acebedo Bernal, de un Roberto Montenegro, o de ese espléndido genio de Saturnino Herrán, el más original, el más sintético, el más fino, el más filósofo, el más iluminado de los pintores de razas... *El cofrade de San Miguel* o el *Tríptico de las ofrendas,* de este pintor, son como el Tequendama y el Chimborazo en la historia de nuestras bellas artes.

¿Y si contamos las conquistas logradas para nuestro derecho? Bolívar define con el Discurso de Angostura y la Carta de Jamaica la unidad de la raza, como la define Saturnino con los lienzos de sus ofrendas. El libertador señala con antorchas de fuego los lineamientos de nuestra sociología. Como Santander en Colombia, aunque es difícil que con tal suma de talentos flamígeros, otros capitanes de América organizan los pueblos que les toca regir. Las nacionalidades se cimentan, la patria logra su primera encarnación formal. Ya la rapiña del 47 suscita enconadas protestas, y todos los corazones se vuelven hacia México. La lucha contra Maximiliano es la lucha de todos los espíritus del Continente contra la caduca Europa, y el patíbulo de Querétaro se trueca en pedestal para el orgullo de la raza nueva. La intangibilidad de la forma republicana en el mundo de Colón queda estatuida... Y elidiendo épocas, sucesos y nombres, ¿qué significa esta inquietud que hoy mismo se difunde a lo largo y a lo ancho de nuestros pueblos, sino la aptitud y la decisión de la América para colaborar en la

revolución que hoy alborea, y de cuyo seno ígneo ha de surgir el mundo renovado por la justicia?

Es preciso recordar esta certidumbre consoladora: mientras la guerra civil parece devorarnos los riñones, y los cepos calcinados del odio cubren de nubes pestíferas el ambiente, y la sangre gotea con un gluglú desolado, los espíritus más conspicuos del Continente recogen lo esencial de la cultura de Europa —su flor síntesis— y su aroma embalsama los actos nacionales: el libro y la ley, el poema y el lienzo... Es todo lo que Europa nos puede dar: ¡un aroma! Y es así como, labrando el equilibrio social y político según la norma fatal de todos los pueblos, y, por tanto, atrasados de modo ineludible, persistimos acordes con la civilización, nos vinculamos a ella y trabajamos en sus empresas. Somos verdaderamente una Edad Media sin religión... Y así como del vientre inflamado de la Edad Media antigua brotaron las naciones en un parto de seculares gemidos, así del fondo de esta edad que está viviendo América brotará la gran federación espiritual del Continente, bajo el nombre tutelar de Simón Bolívar.

Yo creo —y expreso mi creer, para sublimarlo, con palabras de Valle Inclán, gran maestro— que la onda cordial de una nueva conciencia sólo puede venir de las liras. Yo creo —y mi creer tiene la integridad de un diamante— que nuestras liras son llamadas a despertar la visión de la patria futura, de la América hispana como representación de una nueva flor étnica, de una nueva energía vital de asombroso poder creador y como posibilidad de una concepción estética y una nueva manera de expresar el sentido del Universo. Hacia esa cima quieren volar mis alas. Y en nombre de la armonía que todos pugnamos por reducir a números pitagóricos, yo digo a los poetas de América, a los que aman mi obra y creen en la onda cordial que ella vela: ¡Unámonos en

este florido esfuerzo! ¡Sobre las huellas de Rodó, hacia la cumbre del amor y el dolor de Bolívar! Y que nuestro gran anfictionado sea el Reino de las Musas!

El ideal de la fraternidad hispanoamericana es todavía obra de poetas, aunque empieza a ser también empeño de estadistas. Es a nosotros, pues, a quienes corresponde definirlo, promulgarlo y cantarlo; sobre todo, cantarlo. ¿Y cómo debe ser entendido?

La unión afectiva del Nuevo Mundo latino —los Estados Unidos no son América, son Yanquilandia y sus esplendores— no puede tener una significación de aumento de fuerza material, de cohesión política, de alianza tácita para grandes empresas de guerra o para proteccionismos innobles y estrechos. Si ése fuera su alcance, tanto valdría como tender hacia España (¡se entreabre una rosa trágica y lírica en mi corazón!), hacia Francia, Inglaterra y otros países europeos. No. Nuestro ideal hispanoamericano es el de una comunión con el destino continental para el esfuerzo hondo y puro de la vida; el de una dilatación augusta del espíritu; el de un ritmo humano nuevo; el de un nuevo coro de la más profunda tonalidad que haya resonado en la historia.

En el juego de las relaciones de pueblos a pueblos, las alianzas convencionales, basadas en el equilibrio de las fuerzas, se hacen y se deshacen a veces entre océanos de lágrimas y estrépitos de catástrofes. Pero esta alianza de la América latina e indígena, toda entre sí, pueblos y pueblos, será imperecedera porque la estatuimos sobre el amor, por encima de los cañones, las montañas y el tiempo. Hemos de consagrarla no sólo en las raíces del árbol de la vida, sino también en lo alto de su follaje, de donde vuela el ritmo y la flor, el aroma y la miel del mundo. Y estaremos orgullosos de ella por su propio sentido de ternura, como del acto que sintetiza el más coordinado y generoso de los esfuerzos humanos contra la materialidad.

La ventura que esta unión ha de darnos se colige, pero no se reduce a números. Representa una realidad que excede a todas las realidades históricas que conocemos. Dentro de la onda inmensa de amor de la América Una, tendrán más recio temple nuestras almas, y más fervor nuestros cantos, y más fecundidad nuestros ensueños, y más amplitud nuestra concepción de la armonía y la hermosura de la vida. Seremos entonces como Maín Ximénez cuando la transfiguración de su ímpetu en pasajero abatimiento, de su abatimiento en acción melancólica, de su melancolía en regocijo iluminado. Seremos artífices en el gran poema de la paz, la justicia y la abundancia de la Tierra. ¡El amor habrá conquistado las murallas de *Acuarimántima!*

Frente a la España maternal y gloriosa, pero despeada; frente a la Inglaterra opulenta, pero antihumana, opresora de la India; frente a la Francia de las iluminaciones, circunscrita a los aros de sus siglos; frente a la Alemania de casillas donde ya no queda ni un rincón sin nomenclatura; frente a los Estados Unidos de pies de bronce, vientre de oro y cabeza de arcilla —país de esclavitud cuáquera bajo cacareadas formas de libertad— se erigirá nuestra América virgínea, de estupenda energía creadora, con voz de amor, aliento de selva y visionario corazón. ¡Nuestra América, sibila feliz del género humano!

Y así como en este continente se libraron las batallas definitivas contra la púrpura real —porque fue aquí donde se cumplió ese gran suceso, por más que haya aún, anacrónicamente, andrajos de gloria enredados a las patas de los tronos—, así en su regazo prolífico asegurarán las generaciones que están por advenir la distribución equitativa de los bienes terrenos, por la cual se estremece hoy el mundo... ¡Poetas de Hispanoamérica, hermanos en la memoria sagrada de José Asunción

Silva y de Rubén Darío: cantemos a Hispanoamérica! Hispanoamérica es la Atlántida surgiendo resurrecta del mar, oro vivo, alba fulgente, fuerza, amor, milagro eterno, ternura, esplendor, melodía... ¡Cantemos a Hispanoamérica!

A México le corresponde la dirección ideal de este sagrado movimiento de las almas. México está al Norte, en los confines del mundo de Bolívar; tiene raíces que se prolongan hasta más allá del advenimiento de Colón; posee una fisonomía confusa, pero propia y auténtica; se desborda con el paso huracanado de sus guerrilleros, que no es sino indicio de fuerzas sin cauce; ha sepultado dos imperios; y, lo que es más importante, acepta la suprema delegación que le hacen con tácita voz los pueblos fraternos. Que México responda, pues, a esta confianza fraterna y vital, con la efusión de su espíritu en las más elevadas manifestaciones. Que haga ver a la América cuán digno es de llevar su oriflama y de integrar su unidad. Enlácese a América y que América se enlace más y más a él, por medio del trabajo iluminado, de la resonancia simpática, de la acción idealista. ¡Navegaremos entonces según el viento de un heroico destino!

Asperamente aferrado a las realidades de la vida —porque no soy Príncipe-en-la-luna sino... para otras cosas—, comprendo que el ideal gusta de viajar, como ciertas aves, al amparo de las naves veleras. No sé si habrá pájaros que viajen en los modernos trasatlánticos, porque no he reparado en ello... De lo que sí estoy cierto es de que, como dizque enseñó el genio de Alejandro Magno en las postrimerías de la Edad Antigua, el cambio de productos es como la sortija nupcial puesta en el dedo de la vida, que augura ya el milagro de la unión y de la multiplicación. Enviemos de país a país nuestras canciones, aunque sea por la telegrafía inalámbrica, mientras llega el día en que ellas puedan ir de

Veracruz a Buenos Aires o de Tampico a la Guaira en barcos propios, que tengan por lastre la plata nativa y las gomas vernáculas.

El Continente Estético —cual le llamaría Vasconcelos— ha menester que la onda cordial de su nueva conciencia se inicie por el canto de nuestras liras y se consume y afirme por la acción de nuestros corazones en el ejercicio cotidiano de la vida civil.

Yo no he conquistado las normas estéticas y vitales que acabo de figurar por medio de mis imágenes. Muchos de los poemas que aparecen en este libro no son sino —como yo mismo lo he dicho bajo el influjo de una deidad que no debo nombrar aquí— esfuerzos varios por resolver mi canto en melodía. Yo antes veía el crepúsculo y creía que ése era el crepúsculo. Después supe que el verdadero crepúsculo es el que está en lo íntimo de nosotros...Hay cantos como *La esperada*, los fragmentos de *La tristeza del camino*, mi *Parábola de los viajeros*, y algunos más, que distan mucho de ser obras acabadas: les falta melodía interior, ajuste artístico. Otros —voy a citar una de mis obras fundamentales—, como *La Dama de Cabellos Ardientes*, tiene una forma lánguida sobre el incendio y la desolación de sus fuegos íntimos. La victoria de mi intuición anhelante consiste en que he reivindicado la libertad, en que empiezan a revelárseme los secretos de la melodía, en que he ensanchado mi corazón para que vuelen dentro de él las águilas de mi amor. Voy a cantar la raza, la patria, los héroes de la Rusia idealista que triunfan y gimen con Trotzki y Lenin... Voy a cantar las menudas cosas familiares, para que empiecen a tener sentido las florecillas maeterlinianas de nuestros campos... Voy a levantar el vuelo hacia la sinfonía poética —en cuanto es posible

hacer sinfonías con palabras— para escribir nuestra epopeya espiritual; pero así, a relámpagos, como mi condición... Y, sobre todo, voy a cantarme a mí mismo. Si en tales canciones hay oscuridades, algún día las aclarará mi tragicomedia de Maín Ximénez. Y si hay misterio... ¡pues si hay misterio no habrá quien lo aclare jamás!

Séame permitida una observación. Después de los fenómenos de que fui a la vez víctima y espectador en el Palacio de la Nunciatura, que todo México ha conocido por un relato mío tan económico de ideas como de arte, no me está permitido cerrar la puerta de mi poesía ni de mi tragicomedia a los hálitos del misterio. El Infantito de la Buena Estrella, ser real que ahora mismo vive y que mañana leerá estas páginas locas, es un personaje que puede hacer coro a Maín en sus andanzas; tiene hasta los tonos de las marionetas

Yo reposo tranquilo en mi obra, en la que ya tiene alas en la vida de las canciones, y en la que no es sino un vago ritmo de abeja platónica en mi fantasía. Yo entrego mi trigo, seguro de que va en él la sabia de su campo. La posteridad separará las gavillas pequeñas y vanas, las que brillan menos por la madurez de los granículos que por el vívido oro de las pajuelas. Se me reducirá acaso a unas cuantas páginas de antología, con la signación de «errabundo y extraviado». ¡Pero algún grito mío subsistirá, porque por mi boca han hablado el dolor, el terror y la esperanza... ¡Y *Acuarimántima* fulge en la lejanía!

Mas cuando digo mi obra, aludo a la que salga a la luz impresa en tomos de ediciones dirigidas por mí, con prólogo mío, con el sello de mi intransigencia. Lo demás, lo que anda por ahí, no lo reconozco. He escrito innúmeras necedades que parecían agradables; me he revelado en mil ensayos presuntuosos, donde mi igno-

rancia estaba tan al descubierto como recóndita mi habilidad para ocultarla. Quien reproduzca lo que no tomó de mis libros, traiciona en mí la voluntad artística de la Naturaleza.

Creo finalmente, que estas páginas —las que preceden y las que siguen— irán a levantar murmullos adversos a mi nombre, entre espíritus reacios al corazón caritativo de Jesucristo. Me está reservada una celebridad rencorosa. Quizá alguien se torne iracundo contra las direcciones artísticas de mi obra, por direcciones morales que no he querido señalar. Pero yo no soy un moralista del amor, ni padre de familia, ni maestro de escuela, ni siquiera diplomático... Si arrecia la tempestad, me acogeré silenciosamente al blando arrimo de la contemplación. Soy uno de los seres que más gozan en la soledad, que más consuelos saben resumir en los esplendores de la naturaleza. No hay pesadumbre, por ruda que sea, que no se disipe cuando asoma sobre la paz de los campos la estrella de la tarde.

¡Aurora! ¡Aurora! Hoy he advenido en medio de los hombres por la virtud de mi canto, que fija mi dolor y mi esperanza. Soy el príncipe fatuo de la rima, el príncipe llagado, pero fatuo, el príncipe ciego, pero fatuo... Seré tema de conversación, de censura, de elogio inteligente para quienes no lograrán comprender... Seré errabundo... Seré desmesurado... Envejeceré en el noble ejercicio de la lira y en el amargo ejercicio de un trabajo sin idealidad... Se me rechazará al fin de los periódicos... Iré a los hospitales como Verlaine... Después un viento... un viento... un viento... y en ese viento mi alarido.

Porfirio Barba Jacob
Octubre, 6, de 1920.

CLAVES

Prólogo del volumen *Canciones y Elegías*. Edición de homenaje al poeta. (México, 1932.)

Amigos insignes de la más alta representación en la literatura continental —Ramón López Velarde, Alfonso Reyes, Enrrique González Martínez, Silvio Villegas, José Santos Chocano, entre otros— me han instado con afectuosa solicitud, en el curso de luengos años, a reunir mi obra lírica, que anda dispersa en revistas y periódicos, y a publicarla en una de esas colecciones «que siquiera se dejan leer». Accediendo al honroso estímulo y a mis propias urgencias entrego a la casa editorial de *Alcancía* los originales de mis poemas escritos entre 1908 y 1929, y que forman parte del volumen de *Antorchas contra el viento.*

En cierto modo, los trabajos que anuncio resultan póstumos. El soñador «modernista» que los imaginó y los compuso —que flotaba entre las olas de sangre de la revolución mexicana, o bien iba como un globe-trotter fuera de Anáhuac a afrontar civilizaciones, idiomas, hostilidad y ditirambos, o imitaba un poco a los personajes de las novelas picarescas— ha muerto, ha resucitado, vuelve a morir hoy de muerte ineluctable. Y yo, hablando por él desde un alba de otoño que anuncia reverberación, me incorporo con nueva sensibilidad, nuevas ideas y ánimo nuevo ante la vida. Quiero significar con esto que no reniego de mi opaca y transida labor de antaño, que es «lo que pudo ser» pero que deseo no se me identifique con el poeta que logró realizarla.

Si algo tienen los lectores de la América tropical —mi América—, tan sutiles en el ejercicio de asociar y disociar ideas, es la malicia necesaria para comprender esta insinuación en todo su alcance. Sin embargo, quiero detenerme un punto en ella y dar algunas claves, no tanto por lo que atañe al poeta preterido, cuanto al hombre actual y al hombre futuro que hay en mí.

Se me ha dicho desorbitado, por sujetos que seguramente no llegaron a columbrar, desde su horizonte vital de cáscara de huevo, la amplitud de la órbita en que me movía. Se ha creído que mi existencia iba sin objeto ni plan: que no tenía más conflictos que los que yo mismo me creaba; y que mi frío desdén, mi aparente desorden, mis fugas —testimonio de la inquietud: fuego central— amenguaban en mí la capacidad de la inteligencia; extinguían la impulsión creadora.

De tal suerte se formó, con respecto a mi equívoca personalidad, un esquema tupido de simplismo malévolo, solapado entre mil encomios, que llegó a ser clisé. Fui Ashaverus, pero degradado, ya sin poder numinoso. Para otros, fui Peer Gynt. Y en el tinglado de la fantasmagoría se me degolló con la hoz de cada minuto, mientras yo me ocupaba en las arduas faenas de mi inactividad. ¡Qué lástima daría este individuo, derrochador de sus caudales económicos y de todo orden, comido del abandono, y que ni siquiera publicaba libros!

Para juzgarme así era necesario ignorar —entre muchas otras ignorancias que provienen de pereza mental y de falta de ternura— el complejo de mi sangre, toda mi lontananza física y espiritual. Una mujer de mi raza componía endechas desnudas, de temblor y de amor, a la sombra de los zuribios. Un varón de mi estirpe fue sutilísimo en la Teología y en la ciencia del Derecho,

presidió el primer congreso republicano de la Nueva Granada, y murió fusilado por los realistas en Bogotá, como Caldas y como Policarpa Salavarrieta. Y, por la línea paterna, cercanos antecesores míos, en el breñal antioqueño, en los Andes, dormían sobre cueros de res, como los arios primitivos, y por toda blandura ponían bajo sus cabezas abrumadas el almud de tasar maíz. Un río salmodió religiosamente mi infancia; pero no conocí más música de artificio que las vihuelas de los peones y el melodium de la parroquia, ni más teatro que el horizonte, de bambalinas azúleas. La guerra civil de 1900 fue mi madrastra, e hice mis estudios y recibí las borlas de Doctor perentorio —costeándome yo mismo los cursos, de año en año— en la augusta, en la tremenda Universidad de... la vida.

¡Pugna heroica! Ilíada sin dioses, la de aquel que ha de formarse y de existir —y de triunfar, si llega a triunfos— con la generosa ayuda de Nadie, para que después lo exploten políticos y arrivistas, lo expulsen los gobiernos de tres países, y quieran circunscribirlo, en nombre de leyes morales en que aún no cree, tiranos a quienes desprecia, cenáculos de donde no ha de salir ninguna revelación, partidos que van a reventar de mezquinas concupiscencias.

Y sin embargo, todo esto no forma sino el tejido de lo incidental, que no asume ni siquiera la dignidad de problema. El problema es otro. Más antiguo y más complejo que el del Príncipe de Dinamarca. Parece cargado de explosivos. Rezuma de razón pura y de razón práctica en dolorosas alternativas. Entre uno cualquiera de sus términos y el que le antecede o el que le sigue, los arcos del horizonte mental se van cerrando y constriñen y angustian como unas tenazas. Yo era,

pues —intuitivamente—, un hombre metafísico, aunque careciese de cultura organizada y de sistema estructural, y sentía urgencia de absolver grandes cuestiones para echar después los fundamentos de mi propia Etica.

Necesidad del ser.

Ser.

Modo de ser.

En los filósofos profesionales, esto define claridad, método para la exposición. En los poetas determina borrasca y ensimismamiento.

La lectura dizque es el consuelo de los insaciados. Me hundía en ella con pertinancia ejemplar, pero a mí no me consolaba. Los libros donde busqué soluciones me parecieron esquemáticos, sin fluidez y sin miel de ternura, o bien eran puramente místicos: resultaban más allá del conflicto, fuera del espacio y de la causación. Además, eran libros «en europeo», y yo soy modelación del barro de América, quizá ese barro en su prístina tosquedad. Si por aquel antaño hubiese tenido ya su forma de hoy la Metafísica de José Vasconcelos, donde por primera vez he sentido que se habla a los hombres egregios —no gregarios— de mi propia raza, llamándolos a encontrar en el YO EXISTO el punto de partida, la realidad en torno de la cual es únicamente posible una explicación del universo íntimo y del universo exterior, ¡cómo se hubiesen resuelto en paz y en júbilo todas mis torturas! Ellas continuaban ahí, como un incendio que devora sin extinguirse.

Lógico es que quien lleva esta lumbre ardiendo congénitamente a las propias raíces de su personalidad, y quien, además, crece arrecido por terribles concupiscencias —¡oh Freud!, ¡oh Jung!— se encoja de hombros ante la literatura, ose despreciar el flujo y reflujo de esas mareas que constituyen la moda literaria. Que no se rima, como en los poemas homéricos. Que sí se rima,

como en la *Divina Comedia*. Que la imagen es tersa y fiel, de acuerdo con John Keats. Que la imagen es bronca, súbita, y surge tocada con gorro frigio, según Victor Hugo. O que no, que viene de los limbos y de puro simple se hace prismática, conforme a los poetas victoriosos de la «vanguardia» de hoy... Que, de creer a Cocteau, «el corazón no se lleva» este invierno. Y que en James Joyce —*Llora sobre Rahoon*— se lleva todavía y hasta se le siente palpitar con cierta tristeza, semejante a la tristeza de los antiguos:

Dark too our hearts, Oh love, shall lie and cold
As his sad heart has lain
Under the moongrey netties...

Pero al angustiado, ¿qué le importa sino su angustia? ¿Esto es: ¿qué le importa sino su YO?

Así se explican sincrónicamente —me parece a mí— el ondeante rumbo de la existencia que he tenido que llevar, el carácter subjetivo y conturbado de muchos de mis poemas, y el que me atreviese a plantear la inanidad del testimonio de los sentidos en algún fragmento de *Acuarimántima*,* y a lanzar el grito nihilista de *La reina* y resolver en rencor desesperado la tortura de ser fugaz —la tortura tranquila de Jorge Manrique y de su época— en *El son del viento* y en la *Canción del día fugitivo*. El poeta se abandona en las ráfagas de la pasión, penetra en las más lóbregas comarcas del dolor humano, asume torturas extrañas como si fueran propias, y las expresa en raptos líricos apasionados, de insólita sinceridad. Quiere, pues, realizar el mito de Maín, que consuma el viaje de circunnavegación del mundo moral.

* *Acuarimántima* no es una estación de Michoacán: es una jitanjáfora. Explico las circunstancias de su nacimiento en los capítulos autobiográficos que preceden a *Antorchas contra el viento*.

Sólo que Maín no ha vuelto en actitud de rencorosa oposición al misterio de ese mundo, sino penetrado por el misterio. Descubrió ya el sentido de la Armonía (¡Oh profunda, oh abscóndita Armonía!) Está en reconciliación con los humildes valores primarios. Y anhela ser afirmativo y objetivo, bien que un tanto melancólicamente...

Lo que sí parece no tener explicación plausible y justa, es que mientras yo realizaba el empeño de hacer surgir del hombre bestial el hombre espiritual, se olvidase que soy un poeta, y que era absurdo exigirme que viviese como un abogado con clientela rica, o como un almacenista, o como un ingeniero. Yo vivía según mi propia ley. Y si no son inciertas las palabras del Evangelio de San Mateo –«Por sus frutos lo conoceréis»– debe abonárseme un hecho significativo: a pesar del zigzag que dejo en el mapa, mis pasos en América están señalados por más de una obra seria, cuya organización y persistencia pregonan un propósito coherente, una voluntad firme.

Creo muy posible que –ahora mismo, por lo menos– no sea la escabrosa batalla de las experiencias vitales en que me vi comprometido, ni la ardua victoria que logré al fin y que me sirve de ufanía, lo que se discuta con motivo de estos poemas. Será, más bien que la esencia de ellos, su forma o su estilo. Se me contemplará como uno de tantos signos de la cronología literaria.

Y nada tengo que objetar.

Sólo pido se me haga la justicia de reconocer que, identificándome con los más generosos espíritus de mi tiempo en el afán –ya logrado– de dar a la América una poesía de límpida expresión, mentalmente decorosa, fui –dentro de ese afán– índice de una inquietud constantemente renovada. Y a causa de tal inquietud luché por trascender la retórica «modernista»; por volar libremente hacia la forma pura, simple, de inagotable virtud germinal. Por esto me parece gloriosamente viril –y me intereso en ella con ahínco apasionado– la misión de quienes pugnan por hallar tónica nueva y nuevas imágenes para figurar una vida también nueva.

Claro que no he sido jamás –por lo menos conscientemente– genitor de poemas «absolutos» a la manera de Blümner, ni menos predecesor en el sentido en que así quiere definirme Max Daireaux en sus *Panoramas des littératures contemporaines.* No aspiro a un lauro anacrónico. No puedo sacar de las venas de mis poemas la sangre clásica, romántica y simbolista. Pero he hallado plausibles, como teorías, todas las teorías en que se sustenta el arte de vanguardia.

Recuerdo que alguna vez, leyendo prolija descripción del modo como los peces reflejan las imágenes que se proyectan sobre sus aguas, y pensando en el «mundo perceptible» del animal, que explica Von Uexküll, sentí una especie de euforia, pues creí descubrir, para mi uso práctico, una manera de interpretar y de justificar las mayores audacias de los poetas contemporáneos.

Lo malo fue que aquel mismo día recordé a Lessing y caí de nuevo, ¡ay!, en las fatales limitaciones de la palabra, en tanto que suscitaba y desvanecía, con alterno ritmo, aquel consejo final de Pedro Henríquez Ureña sobre la eficacia imprescriptible de la musicalidad, como se halla en su sabia obra de la versificación irregular en lengua española. Y desde entonces amo la poesía.

Pensada en sol, vista al deshielo,
tupida de nacencia clara...

Señala Camille Mauclair que Leonardo da Vinci, tan

escrupuloso en sus procedimientos técnicos como lo atestigua su *Tratado de la Pintura*; y, tres siglos después de Vinci, Delacroix, no menos exigente por lo que hace a la química pictórica, rehuyeron los procedimientos usuales de pintar al fresco, porque no eran susceptibles de tanteos y rectificaciones. Sus rebuscas, demasiado sutiles, fracasaron: el tiempo ha ido borrando los colores y desvirtuando las imágenes, como en un proceso de involución hacia el limbo de donde surgieran. En cambio, fresquistas más toscos y más ingenuos han asegurado con frecuencia la integridad y la perennidad de sus obras.

Por desgracia, puede argüirse a esto que la gloria de la integridad y de la perennidad carece de toda importancia, y que el arte no es sino un juego, un puro juego intrascendente.

Un hecho: un «puño cerrado». Me tocó palpitar al unísono, en el marco breve de las generaciones, con Lenin, con Einstein, con Spengler, con Marañón, con Ouspenski, con Picasso, con Diego Rivera, con Stravinski, con Paul Valérey, con Mariano Brull, con José Ortega y Gasset, con Rafael Maya, con Federico García Lorca, con Jules Supervielle... Mi verdadera plenitud empieza ahora, más allá de las tres dimensiones. Y, a lo que parece, luz primaria y silencio polifónico inundan de nuevo el éter y señalan, delante de mí, rutas innumerables.

Porfirio Barba-Jacob
Monterrey, 1.° de febrero de 1931.



Poesías

ACUARIMANTIMA

O voi che avete gl'intelletti sani,
mirate la dottrina che s'asconde
sotto il velame degli versi strani.
DANTE, *Inf.*, *Canto IX, 61-63*

I

Vengo a expresar mi desazón suprema
y a perpetuarla en la virtud del canto.
Yo soy Maín, el héroe del poema,
que vió, desde los círculos del día,
regir el mundo una embriaguez y un llanto.

¡Armonía! ¡Oh profunda, oh abscóndita Armonía!

Y velaré mi arduo pensamiento
sotto il velame degli versi strani,
fastuoso, de pompas seculares:
perfecta en sí la estrofa del lamento
y a impulsos de los ritmos estelares.

Columpia el mar su cauda nacarina,
e imbuída en la clámide del río
pasa en la bruma fúlgida la carne de la ondina.
Grana el campo nutricio, fluyen mieles,
una deidad inflama las horas con su llama
y loa el día azul un coro de donceles.

Romero: ¿no rebosa el corazón,
por la noche de sombras evocadas,
por la tierra de arrugas trabajadas,
del Tiempo y el Espacio la múltiple emoción?

Brilla en las lejanías invioladas
vaga ciudad, el viento da en los juncos,
los juncos gimen bajo el viento rudo...
¡Romero, que se vierta el corazón!
Y la ternura y la tristeza mía
cantan en el crepúsculo. ¡Armonía!

Yo, Rey del reino estéril de las lágrimas,
yo, Rey del reino vacuo de las rimas,
con mis canciones ebrias
que un son nocturno hechiza
y con mis voces pávidas,
anuncio las cavernas del Enigma.
En mis siete dolores primarios se resume,
como en alejandrino paradigma,
la escala de dolor que el mal asume.

Tenebrosa, recóndita Armonía...

Mi numen, fuerte, no es aquel tan puro
como el cerrado corazón de un monte;
pero sobre sus ruinas de inocencias
haré brillar, ebrio del dolor puro,
una gota de luz del corazón del monte.

II

En libre vuelo, el cielo de mi América
hender he visto un cóndor negro, errante.
¿Qué abismo circunscribe? ¿Qué intacta nieve augura?
Por las arterias de los ciervos montesinos
discurre para el cóndor la sangre enardecida,
bajo las pieles lúcidas, entre las carnes bellas.
¡La presa viva!, ¡el pico ensangrentado!,

¡el ala pronta!, ¡el ímpetu del vuelo!
Y un delirar de cumbres y centellas.

Así impulso al aura de la vida,
y así mi Musa en su ilusión liviana
de que brote la carne un lirio místico.
Bestia de los demonios poseída,
¡oh carne, es hora ya del dón eucarístico!

Cintila el cielo en gajos de luceros,
y querubes de vuelos melodiosos
revuelan de luceros a luceros.

Tengo la sensación de que discurro
delante de los pórticos sagrados:
alguien dice mi nombre a la distancia;
brotan dulces jardines los collados
y asumen mi ternura en su fragancia.

Claridad estelar, templo encendido,
rima errante por noches de pavura,
huerto a la luz del Vésper. ¿En olvido
mi ser se muere, mi canción no dura,
y fuí no más un lúgubre alarido?

Carne, bestia, mi Amiga y mi Enemiga:
yo soy tú, que por leyes ominosas,
cual vano mimbre que mereció una espiga
te haces nada en el polvo de las cosas...

¿Y la divina Psiquis, la Rosa entre las rosas?

¿Y mis amores que irisé de lágrimas?
¿Y mi ciudad nebúlea tras la ilusión del día?
¿Y mis antorchas que erigí de emblema?

¿Y esta inquietud, y este ímpetu anhelante
hacia una ley o una verdad suprema?

Pesa sobre tus pétalos, ¡oh Rosa
Espiritual!, tan lóbrega y cerrada
la noche, tan vacía y rencorosa,
que en vano el brillo de tu broche efunde.
Amor. Deleite. Horror. Pavesas. Nada.

¡Nada, nada por siempre! Y merecía
mi Alma, por los dioses engañada,
la Verdad, y la Ley y la Armonía.
¡Sé digna de este horror y de esta nada,
y activa y valerosa, oh alma mía!

III

Como en la vaguedad de un espejismo:
—¿qué sabes?— mi conciencia me interroga,
fluída en llanto entre mi propio abismo

Y miro el mar ardiente, el monte flavo
que suaviza el azul, la estrella límpida
rielando en el rocío del capullo;
y en sus cunas los cándidos infantes,
cazados con las redes del arrullo
por el sueño de manos hechizantes.

Y vuelto a mí, gimiendo el corazón:
—¿qué sabes?— vanamente me interrogo.
mudo, bajo la múltiple emoción.

Sólo un saber escondo claro y justo;
llevóle como antorcha y como daga
en medio del cerrado laberinto;

en su vasta amplitud mi fe naufraga
y hallo en su anchura incómodo recinto.

Se oyen sordos, roncos lamentos,
y alzan sus puños en el vacío
los pensamientos.

¡Oh menguado saber, pobre riqueza
de formas en imágenes trocadas,
ley ondeante, ciencia que alucina,
que cada noche en el silencio empieza
y cada día con el sol culmina!

¡Oh menguado saber de la iracunda
vida que ante mis ojos se renueva
germinal y cruel, ciega y profunda;
madre de los mil partos y el misterio
que al barrio humilla y a Psiquis subleva!

Como ventana que el azul del cielo
circunscribe, se entreabren los sentidos.
¡Pobre, ruin saber! Y, sin embargo,
la leve mariposa del anhelo
entra por la ventana sin ruidos.

Cuaja en el corazón de la manzana
la dulzura estival; la mariposa
vuela del fondo de la carne humana.

¡Que al claro cielo
suba el anhelo!

Por ese vuelo, la heredad natía
canté, con ritmo de ideal retorno
en la ingenua parábola temprana.

En el turquí del éter desleía
un nácar tenue mi primer mañana.

Por ese anhelo, entre los acres pinos
y las rosas en llamas del ocaso,
al hablar dejo la palabra trunca:
el tiempo es breve y el vigor escaso,
y la Amada ideal no vino nunca.

Por ese anhelo, en rimas balbucientes
canto el rojo camino que a la tarde
se pinta en la montaña evocadora,
o a la vívida luz del sol temprano,
como una obsesión conturbadora
de sangre y sangre en el azul lejano.

Y por él amo, en fin y por él sueño
con una honda transfusión divina
de la luz en mi carne de tortura
¡puesto que está la estrella vespertina
sobre el horror de esta prisión oscura!

Columpia el mar su cauda nacarina,
y en ustorios relámpagos de espejos
esplende en bruma de ópalo la carne de la ondina.

Y fulge Acuarimántima a lo lejos...

IV

Yo descendí de la antioqueña cumbre,
de austera estirpe que el honor decora,
el alma en paz y el corazón en lumbre,
y el claro sortilegio de la aurora
bruñó mi lira y la libró de herrumbre.

Y fui, viajero de nivoso monte
y umbría roza de maíz, al valle
que da a la luz su fruta entre su llama:
y había miel de filtros de zinzonte
que derrama canción de rama en rama.

Y el mar abierto, a mí divinamente
su honda virtud hizo afluir entera:
gusté su yodo... y la embriaguez ignota
de no sé qué sagrada primavera
bajo la paz de una ciudad remota.

Fulgía en mi ilusión Acuarimántima.

Ciudad de bien, fastuosa, legendaria,
ciudad de amor y esfuerzo y ufanía
y de meditación y de plegaria;
una ciudad azúlea, egregia, fuerte,
una Jerusalén de poesía.

Y como los cruzados medioevales,
ceñíme al torso fúlgida coraza
y fuime en pos de la ciudad cautiva,
burlando la guadaña de la Muerte
y la fortuna a mi querer esquiva.

La ondulante odisea rememoro
con amor y dolor... Un linde vago,
de súbito sangriento, ya cetrino...
Un buque... un muelle... un joven noctivago...
y el tono de la voz... y el pan marcino...

La maravilla comba, transparente,
de las noches de Junio hacia la hondura
de un huerto viola, en ácidos alcores;

y allí la levadura de mis cantos,
hecha de mezquindad y sinsabores.

Y aquella niña del amor florido
y oloroso, y ritual, y enardecido,
el seno como un fruto no oprimido,
y un dulzor en los besos diluido,
y un no sé qué... que túrbanme el sentido.

Y la huraña beldad, el mármol yerto
e inconmovible; y la Infantina huraña
que era el postrer jazmín que daba un huerto...
¡Me figuro las luces de sus ojos
como dos cirios de un cariño muerto!

Y el arduo afán en el impulso vario
por resolver el canto en melodía.
Derrame un ruiseñor en el himnario
toda la miel del día.
Silencios de armonía.

Un rumor milenario,
y la luz de tu lámpara, ¡oh Sophía!

Húmedos los cabellos —cristalinos caireles
de agua y sol—, aún ondulan fantásticas ondinas;
y danza, con la luz, un coro de donceles,
en la playa, al influjo de las sales marinas...

V

Turbaban mi conciencia en el precario
vivir, el ala inquieta, el viento vario,
fantasmas familiares,
misterios presentidos,

amores y cantares
de jóvenes floridos,
el vino, el mar, el día en el Acuario.
Y la meliflua vocación interna:
sentir, cantar, en raptos doloridos
«ser yo», —«no ser»—, en sucesión alterna.

Tronco en la plenitud, hundió mi alma
su raíz en el légamo de muerte
que nutre las corolas de la vida,
y dio el perfume infuso en su ramaje.
Vuela el perfume,
mas se consume.
Ilusorio celaje
pide al éter sutil
que lo asume,
y en el raudal fluido de las auras de Abril
hace el viaje
y se consume...

¡Oh insaciedad del hálito y la nébula,
y el amor, y el impulso, y el anhelo!
No un dios pagano, pero sí su rastro.
No el himno divo, pero sí el suspiro.
No el mármol, mas el plinto de alabastro.

Y una sensualidad de antiguo giro.

VI

Y fui después un numen transitorio,
sombra y canción en la embriagante tierra,
un sino raro y un deleite raro.
Ya el crepúsculo estivo el día cierra
y lejos brilla un tenebroso faro.

La dama de cabellos encendidos
fecunda con mi sangre sus huertos prohibidos.

Y una inquietud frenética y gozosa
mi paz, mi sueño, mi vigor consume,
y un huracán mi plenitud doblega.
¡Soy esa sombra que cruzó el camino,
en sangre tinta, de lujuria ciega!

Soy esa sombra pávida, cautiva
de un gran misterio en el Misterio oculto.
Huella la flor azul pata lasciva
de carbón negro, y el divino himnario
sella Satán con sellos de su culto.

Mi pena errante con mi vino loco
en el turbión del vicio la sepulto.
Soy huésped de garitos y tabernas.
Disputo al «puede ser» un pan ingrato;
y dejo que mi carne, ruin loba
de lúgubres anhelos arrecida,
se me abandone al logro del deleite,
desnuda en la impudicia de la vida.

Entúrbiase la clara inteligencia.
La idea afluye en nieblas ondulantes.
Es el goce monótona frecuencia:
igual en el deliquio y el suspiro...

¡Dadme un beso, un contacto y una esencia,
una sensualidad de nuevo giro!

VII

Y mi mano sacrílega se tiñe
de tu sangre, ¡oh Imali! ¡oh vestal mía!

Mas no fue mi ternura, fue un furor...
Si de nuevo, a mis ojos resurrecta,
te pudiese inmolar, te inmolaría.
¿Ya ves, oh Imali, que no fue mi amor?

Gozoso aún, y pávido y tremente,
huí a la sombra, la cerrada sombra
que en su mudez acoge las iras y los vértigos.
¡Un hueco en tus entrañas, tierra dura!
¡Soledad, un refugio en tus entrañas!
¡Tu ojo sin vista, lobreguez impura!

Mas la sangre fluía en chorros de carbunclos.
Ante el cadáver lívido, sin blandones, sin túmulo,
todo estaba sangriento.
—«Asesino» «Asesino»— susurraba y se iba el viento.
En los prados del monte fueron crimen mis huellas.
Como vírgenes desoladas
me bañaron de llanto las estrellas.
En las playas de luz mojadas
di un alarido al ver el mar que hervía;
y huyendo en pos, en pos de la noche que huía,
me ensangrentó la sangre horrible del alba del día.

—«Asesino» «Asesino»—
susurraba y se iba el viento.

Y los pastores me negarían sus cabañas.
Las rocas me aplastarían en sus entrañas.
La paz es mi enemigo violento,
y el amor mi enemigo sanguinario.
¿Y a qué tu sombra, oh noche del lúbrico ardimiento,
si entre mi corazón ardía el tenebrario?

Viajó mi alma en íntimas pasiones
de Cristos coronados de congojas:

¡el pudor!, ¡el honor entre sayones!
Fui rosa negra de mil rosas rojas
del vicio en las ocultas floraciones...

Mas el azul en mi dolor heroico
abrió su abismo de fulgencias puras,
soles remotos, nébulas, centellas,
y estuve opreso por las lumbres de ellas
del hilo de oro del collar del día;
y un anhelar de espacio dio sus alas
a mi desconcertada poesía.

En la lluvia de gotas de mi sangre,
tras el velo irisado de mis lágrimas,
vago sueño —sus brumas deshacía—
vago sueño —mi vaga Acuarimántima—.

VIII

Retorno de tal suerte hacia la playa,
realizado mi afán. La tierra invoca
su ley que mis empeños desvirtúa.
Oigo el grito del mar que me penetra,
y ansia de paz perenne me extenúa.

¡El mar!, ¡el mar!, ¡el mar ambiguo y fuerte!
Su espuma brinda a mi ruindad su imperio
en astillas de mástiles fallidos.
Ráfagas de misterio...
Monstruos inconocidos...

¿No brilla, entre la niebla, Acuarimántima?
¿No se oye limpia, trémula canción
que pueda, en el aliento desvaído,
sonar, aletargar el corazón
y pasar?

No se oye nada.
Silencio y bruma, soplos de lo arcano.
La luz mentira, la canción mentira.
Sólo el rumor de un vago viento vano
volando en los velámenes expira.

La noche adviene, de mortuorio emblema.
Retumba en mi recuerdo mi alarido,
mi estéril tiempo en mi inquietud suprema.
El trágico dolor ha concluido.
Yo soy Maín, el héroe del poema.

Florece el cielo en gajos de luceros,
y querubes de vuelos melodiosos
revuelan de luceros a luceros.

Y no decir, y no tener palabras
tan llenas de tu goce vespertino
y tu sueño nupcial, ¡oh campesino
que cruzas con tus carros rechinantes!
En tu ilusión, un hálito divino
te ha poblado de niños los instantes.

Y ver, desde esta cima de ternura
y el valeroso amor, en toda cosa
el Enigma, el Enigma inviolado.
Arde la pura rosa, sueña la linfa pura,
¡oh carne!, y tú destilas el pecado,
y... y...

¡El Enigma, por siempre inviolado!

Y por toda verdad, saber ahora
que brilla el mar, que el monte se estremece,
que fulge Sirio en el jardín lejano;

y que al frustrarse el giro de mi vida,
al giro de la suya grana el grano.

La luz mentira. La canción mentira.

Que fui por los instintos inmolado
ante el ara de un dios; que un soplo frío
de lóbrego misterio he suscitado;
que un dolor nuevo está en el plectro mío,
y el plectro, en el dolor, purificado.

Lúgubre viento sopla entre los juncos;
los juncos gimen bajo el viento rudo.
Cantan en el crepúsculo.

IX

Honda inmóvil, letárgica laguna
que semeja el sepulcro de la luna,
se tiende hasta el ilímite horizonte,
y a la tristeza vesperal se aduna
un viento de ultramar y de ultramonte.

Cantan en el crepúsculo
y un ledo son de esquilas
vuela en el éter trémulo.

Que mi rumor se extinga blando, tenue,
ola en onda, onda en pompa, pompa en iris,
o cual vágulo aroma en la memoria;
y me reintegre a la epopeya trunca
en la ciudad de nieblas de mi gloria.

Cantan en el crepúsculo. ¡Armonía!

Y que olvide la brega transitoria,
y el no ser más —y el no ser menos nunca—,
del hilo de oro del collar del día.

¡Armonía! ¡Armonía!

Y el ancla suelte a místicas regiones,
no humano ya mi desear: divino
mi poseer,
mientras en el desmayo del crepúsculo
rueda sobre los ásperos terrones
el carro del campesino,
y fulgura, real, tras el velo de mis lágrimas,
erigida por mi dolor con el mármol de mi poesía
—¡y mía!, ¡mía!, ¡mía!—
mi nebúlea, azulina Acuarimántima...

¡Armonía! ¡Armonía!

PARABOLA DEL RETORNO

Señora, buenos días; señor, muy buenos días...
Decidme, ¿es esta granja la que fue de Ricard?
¿No estuvo recatada bajo frondas umbrías?
¿No tuvo un naranjero, y un sauce, y un palmar?

El viejo huertecito de perfumadas grutas
donde íbamos... donde iban los niños a jugar,
¿no tiene ahora nidos y pájaros y frutas?
Señora, ¿y quién recoge los gajos del pomar?

Decidme, ¿ha mucho tiempo que se arruinó el molino
y que perdió sus muros, su acequia, su pajar?
Las hierbas, ya crecidas, ocultan el camino.
¿De quién son esas fábricas? ¿Quien hizo puente real?

El agua de la acequia, alma de linfa pura,
no pasa alegre y gárrula cantando su cantar;
la acequia se ha borrado bajo la fronda oscura,
y el chorro, blanco y fúlgido, ni riela ni murmura...
Señor, ¿no os hace falta su música cordial?

Dejadme entrar, señores... ¡por Dios! Si os [importuno,
este precioso niño me puede acompañar.

¿Dejáis que yo le bese sobre el cabello bruno
que enmarca, entre caireles, su frente angelical?

Recuerdo... Hace treinta años estuvo aquí mi cama;
hacia la izquierda estaban la cuna y el altar...
Decidme, ¿y por los techos aún fluye y se derrama,
de noche, la armonía del agua en el pajar?

Recuerdo... Eramos cinco... Después, una mañana,
un médico muy serio vino de la ciudad,
hizo cerrar la alcoba de Tonia, y la ventana...
Nosotros indagábamos con insistencia vana,
y nos hicieron alejar.

Tornamos a la tarde cargados de racimos,
de piñuelas maduras, de gajos de azahar.
La granja estaba llena de arrullos y de mimos:
¡y éramos seis! ¡Había nacido Jaime ya!

Señora, buenos días; señor, muy buenos días.
Y adiós... Sí, es esta granja la que fue de Ricard,
y éste es el viejo huerto de avenidas umbrías,
que tuvo un sauce, un roble, zuribios y pomar,
y un pobre jardincillo de tréboles y acacias...

¡Señor, muy buenos días! ¡Señora, muchas gracias!

ARBOL VIEJO

El árbol que sombrea la llanura
tiene cien años de acendrar sus mieles,
de temblar bajo el júbilo del cielo
alargando sus frutos sazonados,
de escuchar el silencio de la noche,
y de ver a las mozas del camino,
perennemente, sin decirles nada...

Los labradores con el hierro al hombro
llegan en la fatiga de la tarde,
y piensan al mirarlo, simplemente:
«Ya rindió sus cosechas más jugosas,
y ofrece al hacha los desnudos brazos
para alimento del hogar: cortémosle.»

¡Oh inquietud vespertina! ¡Cómo tiemblan
mis carnes cual las ramas sacudidas
del árbol que sombrea la llanura!
Me duele el corazón... En el lejano
horizonte se encienden los hogares,
y con un ritmo lánguido y liviano
parece que sollozan los palmares.

Me quedo preguntándome a mí mismo:
¿para qué sirve un árbol?, ¿para darle

cuatro varas de sombra al césped trémulo?,
¿para temblar bajo el azul del cielo
alargando sus frutos sazonados?,
¿para oír el silencio de la noche?,
¿para sentir la fiebre de la tierra?,
¿para ver a las mozas del camino,
perennemente, sin decirles nada?

Me quedo preguntándome a mí mismo
en la fúlgida noche que desciende;
y ella, que en paz sus luminares prende,
dilata mi ansiedad con su mutismo...

ESPIRITU ERRANTE

Espíritu errante, sin fuerzas, incierto,
que trémulo escuchas la noche callada:
inquiere en los himnos que fluyen del huerto,
de todas las cosas la esencia sagrada.

Ni marques la ruta ni cuentes las horas:
¿acaso el misterio culmina
en las graves montañas sonoras
que nutren el roble y la encina?

Quizás en el fondo de oscuros arcanos
tú vives de ciencia, de luz y de gloria,
y a mundos externos las manos divinas
entreabren la reja ilusoria...

¿Quién sabe en la noche que incuba las formas
de adusto silencio cubiertas,
qué brazo nos mueve, qué estrella nos guía?
¡Oh sed insaciable del alma que busca las normas!
¿Seremos tan sólo ventanas abiertas
el hombre, los lirios, el valle y el día?

Espíritu errante, sin fuerzas, incierto,
que trémulo escuchas la noche callada:
inquiere en los himnos que fluyen del huerto,
de todas las cosas de la esencia sagrada.

DOMADOR, TRIUNFADOR

Domador, triunfador, hombre de hierro:
tu grey de esclavos ágiles y rudos
conjura contra mí, que en mi defensa
no he de mover las manos fatigadas,
o vengan a romper en la llanura
mis huesos y mi carne tus mastines.
Clava en mí tus puñales homicidas,
desgárrame, ya es hora...
Estoy como los niños bajo el golpe,
como las rosas líricas de mayo
bajo el viento y la lluvia.
Mi exigua juventud te brindo.
Ningún tesoro en mi pobreza escondo.
Tengo un poco de amor... ¿Y no le tienen
las bestias más humildes?
El cuello blandamente
dispongo a los verdugos
y con piedad extraña
sonrío en la tragedia.
Mas, rendido también, el perro humilde
que tu misericordia logra apenas,
¿no alza con avidez los grandes ojos
para besar la mano que le hiere?

Clava en mi carne el acerado garfio
de un extraño tormento;
échala a consumirse entre la llama
y sus cenizas desparrama al viento.

LA ESTRELLA DE LA TARDE

Un monte azul, un pájaro viajero,
un roble, una llanura,
un niño, una canción... Y, sin embargo,
nada sabemos hoy, hermano mío.

Bórranse los senderos en la sombra;
el corazón del monte está cerrado;
el perro del pastor trágicamente
aúlla entre las hierbas del vallado.

Apoya tu fatiga en mi fatiga,
que yo mi pena apoyaré en tu pena,
y llora, como yo, por el influjo
de la tarde traslúcida y serena.

Nunca sabremos nada...

¿Quién puso en nuestro espíritu anhelante,
vago rumor de mares en zozobra,
emoción desatada,
quimeras vanas, ilusión sin obra?
Hermano mío, en la inquietud constante,
nunca sabremos nada...

¿En qué grutas de islas misteriosas
arrullaron los Númenes tu sueño?
¿Quién me da los carbones irreales
de mi ardiente pasión, y la resina
que efunde en mis poemas su fragancia?
¿Qué voz suave, qué ansiedad divina
tiene en nuestra ansiedad su resonancia?

Todo inquirir fracasa en el vacío,
cual fracasan los bólidos nocturnos
en el fondo del mar; toda pregunta
vuelve a nosotros trémula y fallida,
como del choque en el cantil fragoso
la flecha por el arco despedida.

Hermano mío, en el impulso errante,
nunca sabremos nada...

Y sin embargo...

¿Qué mística influencia
vierte en nuestros dolores un bálsamo radiante?
¿Quién prende a nuestros hombros
manto real de púrpuras gloriosas,
y quién a nuestras llagas
viene y las unge y las convierte en rosas?

Tú, que sobre las hierbas reposabas
de cara al cielo, dices de repente:
—«La estrella de la tarde está encendida».
Avidos buscan su fulgor mis ojos
a través de la bruma, y ascendemos
por el hilo de luz...

Un grillo canta
en los repuestos musgos del cercado,
y un incendio de estrellas se levanta
en tu pecho, tranquilo ante la tarde,
y en mi pecho en la tarde sosegado...

RETRATO DE UN JOVENCITO

Pintad un hombre joven, con palabras leales
y puras, con palabras de ensueño y de emoción;
que haya en la estrofa el ritmo de los golpes cordiales
y en la rima el encanto móvil de la ilusión.

Destacad su figura, neta, contra el azul
del cielo, en la mañana florida, sonreída:
que el sol la bañe al sesgo y la deje bruñida;
que destelle en sus ojos una luz encendida;
que haga temblar las carnes un ansia contenida;
y que el torso, y la frente, y los brazos nervudos,
y el cándido mirar, y la ciega esperanza,
¡compendien el radiante misterio de la vida!

EL TRIUNFO DE LA VIDA

La edad de oro no está detrás, sino
delante de nosotros, radiosa y accesible.
SEBASTIÁN FAURE

He visto a un hombre de inseguros trazos,
como vetusta máquina que mueve
sobre la tierra en madurez los brazos,

reír, llenar de voces la colina,
mientras el sol, rodando tras la sombra,
su disco ardiente sobre el mar inclina;

y he visto en torno del jayán oscuro,
rapaces que medraban como brotes
de un trigo sano en un ambiente puro...

Esta falaz antítesis: la risa
senil sobre las frentes inmaturas
que dan su efluvio a la ondulante brisa,

¿es discordante número, o acaso
signo de la alegría con que fluyen
por el éter el alba y el ocaso?

(¡Reír sobre la frente donde imprime
huella de amor el ósculo materno
que de la pena original redime!,

¡y reír con aquella carcajada

lóbrega, sorda, nocturnal, que roban
los austros a la esquila desgastada!)

Tú, que tramontas en el verde mayo,
y a quien las luces de fanal conspicuo
apenas esclarecen de soslayo,

¿presagias de tus nietos la fortuna
cuando flota en los valles de tu alma
cierta indecisa claridad de luna?

Ellos verán la danza de las horas
que alternan sobre el monte constelado
rubias noches y fúlgidas auroras;

en la grata inocencia campesina,
las danzas de las mozas que preside
Pitágoras con música divina;

y de las auras al empuje blando,
fatigadas de orgullo las palmeras
su sombra azul en torno derramando.

Gustarán en la tórrida campiña
pomas que acendren los nutricios jugos,
la uva silvestre, la acridulce piña;

y de octubre en la copa rebosante,
por activar el ritmo de sus músculos,
el mosto nuevo, de sabor fragante.

Ellos verán los templos erigidos
cuyos jaspes y mármoles conjunte
coro de amor, no trágicos gemidos;

templos do arome vagarosa esencia
de clásicas resinas, ofrendadas
al Amor, al Trabajo y a la Ciencia.

Ellos, un día, trazarán camino
por donde fluya en fuerza transmutado
y a impulso fácil, el temblor marino;

y enfrenarán la indómita cuadriga
de los vientos veloces, porque sean
alivio en la doméstica fatiga.

Ellos tras el tumulto de la guerra,
vendrán tal vez con apacibles manos
–¡oh Henry George!– a libertar la tierra;

y mirarán la obra coronada
que hoy en los surcos bélicos auguran
sangre y dolor, pues que la edad dorada,

que ha de amenguar la pena irremisible,
no está detrás, sino que está delante
de nosotros, radiosa y accesible:

¡oh paz de Cristo, fraternal aurora
en que del cielo del Amor descienda
justicia al mundo que justicia implora!

Tú, que tramontas en el verde mayo,
y a quien las luces de fanal conspicuo
apenas esclarecen de soslayo,

¿no envidias de tus nietos la fortuna
cuando flota en los valles de tu alma
cierta indecisa claridad de luna?

Dóciles a la incógnita armonía
que dé a sus labios insinuante bozo
—cual diole al tuyo en preterido día—

ellos en la romántica ventana
sollozarán por los fingidos duelos
que trueque en rosas la beldad liviana;

y mientras luego en tálamo fecundo
giman, gozosos del ardiente brío
por cuyas leyes se renueva el mundo,

tú, bajo el golpe, lívido e inerte,
marchita ya tu varonil firmeza,
buscarás en los limbos de la Muerte
dónde rendir la fúnebre cabeza...

LA CARNE ARDIENTE

En un jardín de aquel país horrendo
hallé a Fantina, de ojos maternales
y desnudeces mórbidas, tejiendo
guirnaldas con las rosas vesperales.

Y cual las aguas túrbidas de un río
que rompe un viento en procelosa huella,
gimió de amor mi corazón sombrío
y suspiró mi mocedad por Ella.

—«Fantina —dije con ahogadas voces
que al brotar abrasábanme la lengua—:
quiero hundir mis mejillas en la falda
de tu traje, que apenas roza el viento,
entreverar un lirio en tu guirnalda
y ungir tus trenzas con precioso ungüento.»

La vi volverse, rígida y sañuda,
por esquivarme el juvenil encanto:
¡quizá en mis voces se sintió desnuda
y la vergüenza desató su llanto!

Y en la tórrida hora cenicienta
de ondas pesadas, que al jardín caía,
miré mi carne ansiosa y opulenta,
¡y en un rojizo resplandor ardía!

EL CORAZON REBOSANTE

El alma traigo ebria de aroma de rosales
y del temblor extraño que dejan los caminos...
A la luz de la luna las vacas maternales
dirigen tras mi sombra sus ojos opalinos.

Pasan con sencillez hacia la cumbre,
rumiando simplemente las hierbas del vallado;
o bien bajo los árboles con clara mansedumbre
se aduermen al arrullo del aire sosegado.

Y en la quietud augusta de la noche mirífica,
como sutil caricia de trémulos pinceles,
del cielo florecido la claridad magnífica
fluye sobre la albura de sus lustrosas pieles.

Y yo discurro en paz, y solamente pienso
en la virtud sencilla que mi razón impetra;
hasta que, en elación el ánimo suspenso,
gozo la sencillez que viene y me penetra.

Sencillez de las bestias sin culpa y sin resabio;
sencillez de las aguas que apuran su corriente;
sencillez de los árboles... ¡Todo sencillo y sabio,
Señor, y todo justo, y sobrio, y reverente!

Cruzando las campiñas, tiemblo bajo la gracia
de esta bondad augusta que me llena...
¡Oh dulzura de mieles! ¡Oh grito de eficacia!
¡Oh manos que vertisteis en mi espíritu
la sagrada emoción de la noche serena!

Como el varón que sabe la voz de las mujeres
en celo, temblorosas cuando al amor incitan,
yo sé la plenitud en que todos los seres
viven de su virtud, y nada solicitan.

Para seguir viviendo la vida que me resta
haced mi voluntad templada, y fuerte y noble,
oh virginales cedros de lírica floresta,
oh próvidas campiñas, oh generoso roble.

Y haced mi corazón fuerte como vosotros
del monte en la frecuencia,
oh dulces animales que, no sabiendo nada,
bajo la carne humilde sabéis la antigua ciencia
de estar oyendo siempre la soledad sagrada.

ACTO DE AGRADECIMIENTO

Sólo hay un bien preciso: poseer cabalmente,
por sobre todo engaño, nuestra sabiduría;
y, como el agua clara rebósase en la alberca,
dejar que el alma llenen el valle, el monte, el día.

Yo he cruzado la senda que decora la grama
y sombrean los árboles ancianos y robustos,
en donde el viento libre sus músicas derrama,
de severos compases magníficos y augustos.

Y he visto ya las hierbas olorosas,
de florecer sencillo, que visten las campañas;
y espartos de los brutos, convólvulos, llantenes,
jaramagos de abril, y áloes, y espadañas...

Y he visto ya las mieses abundantes,
orgullo del labriego, bajo la luz de octubre;
y el ópalo de mil estrellas rutilantes,
y el azul insondado del cielo que nos cubre.

Y la sangre que brota de alguna herida abierta
bárbaramente... ¡oh dolor!, ¡oh pavor!
Y azoradas mujeres que entornando la puerta
rendíanse a la dulce zozobra del amor.

Y he visto ya los niños fraternales
jugar del campo en el sopor profundo,
en armoniosas luchas irreales;
y, del tiempo en los giros limitados,
crecer... amar... y renovar el mundo.

Y he visto el mar, que todo lo compendia;
y más allá del mar la génesis del día:
¡de modo que poseo justamente
la riqueza inefable de mi sabiduría!

Si un rayo de los cielos viene a cegar mis ojos
dejándolos en sombra de repente,
¿qué ha de impetrar mi alma enajenada?
Fuera de esta visión que llevo ya conmigo,
¡oh amor!, ¡no busco nada!,
¡oh ardor!, ¡no quiero nada!

ELEGIA DE SEPTIEMBRE

> ¡Oh sol! ¡Oh mar! ¡Oh monte! ¡Oh humildes animalitos de los campos! Pongo a todas las cosas por testigos de esta realidad tremenda: *He vivido.*
>
> MAÍN

Cordero tranquilo, cordero que paces
tu grama y ajustas tu ser a la eterna armonía:
hundiendo en el lodo las plantas fugaces
hui de mis campos feraces
un día.

Ruiseñor de la selva encantada
que preludias el orto abrileño:
a pesar de la fúnebre Muerte y la sombra y la nada,
yo tuve el ensueño.

Sendero que vas del alcor campesino
a perderte en la azul lontananza:
los dioses me han hecho un regalo divino:
la ardiente esperanza.

Espiga que mecen los vientos, espiga
que conjuntas el trigo dorado:
al influjo de soplos violentos,
en las noches de amor, he temblado.

Montaña que el sol transfigura,
Tabor al febril mediodía,
silente deidad en la noche estelífera y pura:

¡nadie supo en la tierra sombría
mi dolor, mi temblor, mi pavura!

Y vosotros, rosal florecido,
lebreles sin amo, luceros, corpúsculos,
escuchadme esta cosa tremenda: ¡HE VIVIDO!
He vivido con alma, con sangre, con nervios, con
[músculos,

y voy al olvido...

PECADO ORIGINAL

Vela sus rojos granos la granada
en purpúrea prisión; mansos y fieles
cruzan tranquilamente los lebreles
por la tierra tranquila y sosegada.

La estrella está en sí misma embelesada;
tiene el trigal sus oros y sus mieles,
y la fuente de líquidos caireles
no pide al Numen nada... nada... nada...

Todo se ajusta a ley: el monte, el río,
el mar profundo en su profunda ciencia,
su áspero hervor y su nocturno brío:

¡sólo yo pierdo la inefable esencia
de la vida inocente, porque crío
tu gusano letal, Concupiscencia!

EL COLLAR DESATADO

CANCIÓN DEL OPTIMISTA

Mientras los astros brillan tras el cerúleo velo
y hay en la brisa castos efluvios de mujer,
dirige hacia los aires la flecha de tu anhelo:
¿qué importa que no sepas a dónde va a caer?

Si nuevas alegrías inundan tu morada,
si flota en áureas ondas de luz tu corazón,
si ya en tus trojes íntimas tu mies está dorada,
envía a los luceros tu férvida canción.

O si conduces trigo, moreno y dulce trigo
por soles y por lluvias granado en tu heredad,
y cruzas por la tierra de un sórdido enemigo,
arrójalo en el surco: ¿qué vale lo demás?

La vida es esto: un acto supremo, simple, puro,
una emoción, un ímpetu y un ansia de ideal;
fantasmas que su sombra dibujan sobre el muro;
ensueños que florecen, valor, amor leal.

Besar las manos fúnebres de temblorosa anciana;
flotar entre las nieblas del ser y del no ser,
y —*húmedo por la leche de la ternura humana*—
el verso en las praderas del sueño recoger.

Cuando me rindo al peso del femenil reclamo
y en mis ardientes noches el beso viene y va,
yo, presintiendo un poco mis propias formas, amo,
sin conocerlo, al hijo que Cintia me dará.

Y sé que mi emoción, mi valor, mi energía
en los actos dispersa, mi collar desatado,
son al viento, en las pompas inútiles del día,
brillos de los luceros, aromas de las rosas...
¡Un hijo del amor en mi amor he engendrado!
Roto el hilo invisible, que sus manos piadosas
den a la tierra fértil mi cuerpo inanimado.

TRISTE AMOR

CANCIÓN DEL PESIMISTA

No hay nada grande, nada, sino la Muerte... En vano
querrá un ardiente Numen, tras líricos empeños,
aprisionar la turba de los silfos risueños
o descubrir las líneas de un rostro sobrehumano.

Las cosas son la espuma del tiempo en nuestra mano;
la gloria es eco de una proeza urdida en sueños;
joyeles y palacios de exóticos diseños
son fábrica de niebla, ruido del oceano...

Con todo, Cintia mía, en la noche nevada
junta a mi carne lívida tu carne sonrosada...
y un hijo rasgue otrora las brumas del camino.

¡Si es crimen dar renuevos a la materia oscura,
yo purgaré en mí mismo la erótica locura
de dos lobeznos tristes que amamantó el Destino!

SOBERBIA

Le pedí un sublime canto que endulzara
mi rudo, monótono y áspero vivir.
El me dio una alondra de rima encantada...
¡Yo quería mil!

Le pedí un ejemplo del ritmo seguro
con que yo pudiera gobernar mi afán.
Me dio un arroyuelo, murmurio nocturno...
¡Yo quería un mar!

Le pedí una hoguera de ardor nunca extinto,
para que a mis sueños prestase calor.
Me dio una luciérnaga de menguado brillo...
¡Yo quería un sol!

Qué vana es la vida, qué inútil mi impulso,
y el verdor edénico, y el azul abril...
¡Oh sórdido guía del viaje nocturno:
¡Yo quiero morir!

LOS NIÑOS

Los niños son tranquilos y suaves:
trino en la noche, lampo de la aurora
sus risas puras y sus ojos graves.

Divinamente saben la canción
del prodigioso ritmo sub-oído
que hace regocijar el corazón;
y en los brazos abiertos de la noche
gustan la maravilla del olvido.

Y olvidan luz y amor y goce y pena,
y la trisca pueril en los senderos,
donde se imprime en la menuda arena
el tibio rastro de sus pies ligeros.

O si apunta la luz del día infante
de Navidad, cuando el rocío es miel,
se lanzan en un ímpetu anhelante
por ver al Niño y por jugar con él.

Y juegan armoniosos, arrecidos,
y cantan embebidos
coros enardecidos...
Pide amor —¡entre duelos!— sus júbilos y coros,

y ellos, ricos del reino de los cielos
jamás economizan sus tesoros.

En sus almas recónditas se inicia
una virtud humana que aún se esconde;
mas cuando llega la ocasión propicia
y un genio llama, esa virtud responde...

¡Niños! He aquí la luz del día eterno
de Navidad, cuando el rocío es miel.
¡Id hacia el mundo en ímpetu fraterno
por ver al Niño... y jugaréis con El!

CANCION DEL TIEMPO Y EL ESPACIO

El dulce niño pone el sentimiento
entre la pompa de jabón que fía
el lirio de su mano a la extensión.
El dulce niño pone el sentimiento
y el contento en su pompa de jabón.

Yo pongo el corazón —¡pongo el lamento!—
entre la pompa de ilusión del día,
en la mentira azul de la extensión...
El dulce niño pone el sentimiento
y el contento. Yo pongo el corazón...

CANCION DE UN AZUL IMPOSIBLE

Hacia el jardín de ayer de la ilusión,
entre las brumas de la edad,
echo a volar mi corazón.
Consumido por la pasión
quiero volver a la infantilidad.

Escueto, duro, triste corazón,
ebrio del acre vino de la edad,
envuelto en negras llamas de pasión:
has de volver a la infantilidad,
roto, cansado, viejo corazón.

¡Oh, sí! Volver a la infantilidad,
hacia el jardín azul de la ilusión...
¿Y cómo ir entre las brumas de la edad,
perdida ya la sencillez del corazón?

LA INFANTA DE LAS MARAVILLAS

Un día en mi niñez. Crepúsculo inefable,
y, sin saber por qué, yo en la campiña profunda.
Brillaban unas flores en toda la campiña,
y absorto en mis cinco años, temblando interrogué:
—¿Madre, qué flor es ésta? —La flor de las maravillas...

Un día en mi niñez, y sin saber por qué...

De súbito hacia el fondo del campo enardecido,
una Infantina esbelta, una niña inasible,
que era las maravillas y el crepúsculo.
Mi madre iba colmando de flores un copón,
y entre las maravillas, en medio del crepúsculo,
la niña esbelta, la veste blanca y rojiazul el pañolón.

Mas luego, andando un poco la noche y la pradera,
con voces impasibles dijo mi madre abuela:
—«Donde se ve ese surco de hierba nací yo:
¡no quedan ya ni aun tapias!... ¡La hierba es altamiza!...»
Silencio... Un gran silencio.
Hierba de las ruinas...
Llanto de lo inefable preñaba mis pupilas.
La Infanta me dio un beso y el llanto desbordó.

En medio de las ruinas ataban maravillas
a la luz de la luna.

Después, andando el tiempo, la vida y los países,
vi mil cosas... Vi arder la tierra en su extensión.
Paisajes de montañas, doncellas que suspiran,
danzar entre guirnaldas... La mies ya está madura
y al júbilo es el día, la noche a la pasión.
Entre coros de jóvenes, yo siempre me decía:

—¿Dónde estará la Infanta? —¿Cuál Infanta?
—La Infanta de las maravillas.

Y andando, andando el dulce tiempo juvenil
vi el monte dar la miel de sus colmenas. La alegría,
como la miel del monte, no cesa de fluir.
Un beso conmovido, la luna y las guitarras,
ávido el corazón, insaciado, encendido,
la mano firme, un freno de oro a la ilusión...
¡Oh júbilo exaltado! La vida es la alegría
y su aleatorio impulso nos lleva el corazón.
El vino loco al declinar el día...
y entre coros jóvenes yo siempre me decía:

—¿Dónde estará la Infanta. —¿Cuál Infanta?
—La Infanta de las maravillas.

Y al cabo, estar colmadas las noches de infortunio.
¡Qué silencio tan lóbrego! ¡Qué frío el corazón!
En la noche sin sueño en que croan las ranas,
qué fantasmas y cuánto delirio que pasó...
Un vino aurifulgente, de ensueño mortecino...
Un aroma que huye, la víola encantada,

la seda tornasol, la miel de la granada,
y un anhelo que no lo colma nada...
Entre tapiales rotos, la lúgubre altamiza:
sangrando en sus ruinas mi propio corazón...
Y en medio de mi pena, yo siempre me decía:

—¿Dónde estará la Infanta? —¿Cuál Infanta?
—La Infanta de las maravillas...

VALOR

Yo tuve ya un dolor tan íntimo y tan fiero,
de tan cruel dominio y trágica opresión,
que a tientas, en las ráfagas de su huracán postrero
fui hasta la Muerte... Un alba se hizo en mi corazón.

Bien sé que aún me aguardan angustias infinitas
bajo el rigor del tiempo que nevará en mi sien;
que la alegría es lúgubre; que rodarán marchitas
sus rosas en la onda de lúgubre vaivén.

Bien sé que, alucinándome con besos sin ternura,
me embriagarán un punto la juventud y abril;
y que hay en las orgías un grito de pavura,
tras la sensualidad del goce juvenil.

Sé más: mi egregia Musa, de hieles abrevada,
por el fatal destino de dioses engañada,
en noches sin aurora y en llantos de agonía
ya no creerá en nada... ni aún en la Poesía...

¡Y estoy sereno! En medio del oscuro «Algún día»,
de la sed, de la fiebre, de los mortuorios ramos
—¡el día del adiós a todo cuanto amamos!—

yo evocaré esta hora y me diré a mí mismo,
sonriendo virilmente: —«Poeta, ¿en qué quedamos?»

Y llenaré mi vaso de sombras y de abismo...
¡el día del adiós a todo cuanto amamos!

SABIDURIA

Nada a las fuerzas próvidas demando,
pues mi propia virtud he comprendido.
Me basta oír el perennal ruido
que en la concha marina está sonando.

Y un lecho duro y un ensueño blando;
y ante la luz, en vela mi sentido
para advertir la sombra que al olvido
el ser impulsa y no sabemos cuándo...

Fijar las lonas de mi móvil tienda
junto a los calcinados precipicios
de donde un soplo de misterio ascienda;

y al amparo de númenes propicios,
en dilatada soledad tremenda
bruñir mi obra y cultivar mis vicios.

LA DAMA DE CABELLOS ARDIENTES

I

Decíame cantando mi niñera
que a mi madrina la embrujó la luna;
y una Dama de ardiente cabellera
veló mi sueño en torno de mi cuna.
Su cabellera, cauda sombría,
ondeando al viento, ondeando al viento,
ardía, ardía.

Ya en las tórridas noches, si derrama
su efluvio un huerto y me mitiga un lloro,
y en mi sueño de párvulo se inflama
un astro azul de abéñulas de oro;

Ya en el viaje feliz por los senderos
que moja un agua
de tenues hálitos,
entre brillos de aurora,
trinos de pájaros
y muchas lágrimas...
(¡Oh, el viaje a Santa Rosa, sobre oro edificada!
Se ven las torres...
Bordeando los senderos
granan mortiños,
crecen romeros...)

Ya en los juegos del Tenche, cuando llena
olor sensual la bóveda enramada,
vuela un mirlo, arde un monte, muere un día:
ya en la aldea de incienso sahumada,
donde el melodium en el templo suena
y el alma vesperal responde: *¡Ave María!*

O en San Pablo, de guijas luminosas,
no visto pez, guayabas ambarinas,
platanares batidos con lamento
y un turpial que en la hondura se ha callado.

En cada instante mío, en cada movimiento
—su cabellera un fuego desatado
y ondeando al viento—,
Ella estaba a mi lado.

II

Mirífica, invisible, muellemente,
sus manos aliñaban la blandura
de mi carne, volando por mi frente
con suave mimo de fruición impura...
Luego, cuando la luna iba llenando
y era azúleo el infante en su blancura,
o cuando llueve, o yo no supe cuándo,
fue su beso en su dádiva
mi primera ambrosía,
y vi el mundo como una granada
que se abría.

La Dama de cabellos encendidos
transmutó para mí todas las cosas,
y amé la soledad, los prohibidos
huertos y las hazañas vergonzosas.

¡Qué grato el beso
de un labio en llamas!
¡Qué intenso el fruto
de las tinieblas!

Oía un trino y su espiral me abría
caminos de ilusión al claro monte,
al claro cielo absorto en la extensión...
Mas al tornar del viaje vagaroso
por la escala de lumbre de una estrella,
me hundía nuevamente en el moroso
deleite en soledad: ¡Solo con Ella!

Y pasaba, envolviéndome, el espíritu
de una honda, radiante poesía;
y en hazaña ideal, por lauro y mirto
iba mi desatada fantasía.
¡Yo volvería!
Luna en San Pablo, novia de siempre,
yo volvería, aún en abril...
Y entre las auras de los maizales
que enjugan lágrimas,
iba a partir.

Mas la Dama, sortílega a mi lado,
besó mi boca: ¡oh fruto llameante,
de mil íntimas mieles penetrado
por misterio marino y montesino!...
Y en la onda rubia de la luz ligera,
dorando mi camino
iba su cabellera.

¡Oh, si entonces mi sangre refluyera,
y, manando del cuerpo como un vino
que se vierte, mi lúgubre jornada

fuera no más vertiginoso instante
de aquel vago crepúsculo ambarino!
Ella me fascinó con la mirada;
y por hondos jardines irreales,
en la onda rubia de la luz ligera
dorando mi camino
iba su cabellera.

Cantaba suavemente: —«Yo he mullido
tu carne con mis manos prodigiosas,
y por ellas tu lira da un lamento
a cada sensación, como las rosas
a cada brisa un poco de su aliento.

«Pudiste ser el árbol sin la flama,
caduco en su ruindad y en su colina,
y eres la hoguera espléndida que inflama
los tules de la noche y la ilumina.
O el barro, sordo y gris en que no encuentra
ni un eco fiel el trémolo del mundo;
y eres el caracol, donde concentra
y fija el mar su cántico profundo.

»¡Todo por mí! Por la virtud secreta
que mis óleos balsámicos infunden,
rozando apenas la materia oscura,
y que sobre las sienes del poeta
el verde claro del laurel augura.
¡Todo por mí! La ardiente cabellera
flota en los manantiales de la vida,
y por mí, como un bosque en su pradera,
la Muerte está de niños frutecida.»

III

Silbaban sus palabras como víboras
de fuego, llameantes, arrecidas,
y las sutiles lenguas de las víboras
destilaban dulzores homicidas.
¡Cómo me conmoví! Sobre las hierbas
sudor de sangre
marcó mis huellas.

Mas la Dama me ahondó tan blandamente
por el muelle jardín de su regazo,
tan íntima en la sombra refulgente
me ciñó las guirnaldas de su abrazo,
que me adormí, dolido y sonriente.
Me envolvió en sus cabellos
ondeantes y rojos,
y hallé el deleite en ellos,
entornados los ojos.

Colinas del pudor, de nieblas azulinas;
río del arte, de ondas peregrinas,
sepulto en las montañas diamantinas;
mar del saber, mar triste, mar acerbo...
Todo lo vi. Laurel, ternura, calma,
todo pudo ser mío. Y la inefable gloria,
el silencioso gusto
del esfuerzo fallido en la victoria...

Mas la Dama me ahondó tan blandamente
por el muelle jardín de su regazo,
tan íntima en la sombra refulgente
me ciñó las guirnaldas de su abrazo,

que me adormí, dolido y sonriente.
Me envolvió en sus cabellos,
ondeantes y rojos,
y está la Muerte en ellos,
insondables los ojos...

CANCION LIGERA

Si acongoja un dolor a los humildes,
o si miran un valle, un monte, un mar,
dicen tal vez: «Dichosos los poetas
porque todo lo pueden expresar.»

¡Ah! Pero en el misterio en que vivimos,
la cotidiana y múltiple emoción,
como no encuentra un ritmo que la cante,
se ahoga en el sepulto corazón.

Y están sin voz el oro de los trigos,
el son del viento en pugna con el mar,
la luz que brilla, el grito que se apaga
y el llanto de la noche en el palmar.

Y están sin voz, perennemente mudos,
sin quién venga su espíritu a decir,
el sol, la brizna, el niño y el terrible
prodigio del nacer y del morir.

Y nosotros, los míseros poetas,
temblando ante los vértigos del mar,
vemos la inexpresada maravilla,
y tan sólo podemos suspirar.

LAMENTACION DE OCTUBRE

Yo no sabía que el azul mañana
es vago espectro del brumoso ayer;
que agitado por soplos de centurias
el corazón anhela arder, arder.
Siento su influjo, y su latencia, y cuándo
quiere sus luminarias encender.

Pero la vida está llamando,
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que tu sol, ternura,
da al cielo de los niños rosicler,
y que, bajo el laurel, el héroe rudo
algo de niño tiene que tener.
¡Oh, quién pudiera de niñez temblando,
a un alba de inocencia renacer!

Pero la vida está pasando,
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que la paz profunda
del afecto, los lirios del placer,
la magnolia de luz de la energía,
lleva en su blando seno la mujer.

Mi sien rendida en ese seno blando,
un hombre de verdad pudiera ser...

¡Pero la vida está acabando,
y ya no es hora de aprender!

CINTIA DELEITOSA

Como una flor arcana, llameando
bajo el turquí del cielo apareció.
Fue su amor mi almohada matutina;
su seno azul, de gota coralina
en el pezón, de noche mi almohada.

Y era esencia tan dulce y regalada
la de su carne en flor, la de su boca
por enjambres de besos habitada,
la de su axila —¡leche con canela!—
que un ansia de gozarla me extenuó.

Cintia concentra la onda de la vida.
El campo es de ella y grana para ella.
Mi sangre está en su carne consumida;
su alma radia con mi luz ardida,
y ella está en mí porque yo estoy en ella.

—Dame tu axila —¡leche con canela!—
Dame tu beso, dámelo, y la lengua
fina y caliente y roja y ternezuela...

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
Fatiga dulce... Letal desvarío...

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
No más, amorcito mío,
que me muero...

FUTURO

Decid cuando yo muera... (¡y el día esté lejano!):
Soberbio y desdeñoso, pródigo y turbulento,
en el vital deliquio por siempre insaciado,
era una llama al viento...

Vagó, sensual y triste, por islas de su América;
en un pinar de Honduras vigorizó el aliento;
la tierra mexicana le dio su rebeldía,
su libertad, sus ímpetus... Y era una llama al viento.

De simas no sondadas subía a las estrellas;
un gran dolor incógnito vibraba por su acento;
fue sabio en sus abismo —y humilde, humilde,
[humilde—,
porque no es nada una llamita al viento...

Y supo cosas lúgubres, tan hondas y letales,
que nunca humana lira jamás esclareció,
y nadie ha comprendido su trémulo lamento...
Era una llama al viento y el viento la apagó.

UN HOMBRE

Los que no habéis llevado en el corazón el túmulo de
[un dios
ni en las manos la sangre de un homicidio;
los que no comprendéis el horror de la conciencia ante el
[Universo;
los que no sentís el gusano de una cobardía
que os roe sin cesar las raíces del ser,
los que no merecéis ni un honor supremo
ni una suprema ignominia:

Los que gozáis las cosas sin ímpetus ni vuelcos,
sin radiaciones íntimas, igual y cotidianamente fáciles;
los que no devanáis la ilusión del Espacio y el Tiempo,
y pensáis que la vida es esto que miramos,
y una ley, un amor, un ósculo y un niño;
los que tomáis el trigo del surco rencoroso,
y lo coméis con manos limpias y modos apacibles;
los que decís: «Está amaneciendo»
y no lloráis el milagro del lirio del alba;

Los que no habéis logrado siquiera ser mendigos,
hacer el pan y el lecho con vuestras propias manos
en los tugurios del abandono y la miseria,
y en la mendicidad mirar los días
con una tortura sin pensamientos:

Los que no habéis gemido de horror y de pavor,
como entre duras barras, en los abrazos férreos
de una pasión inicua,
mientras se quema el alma en fulgor iracundo,
muda, lúgubre,
vaso de oprobio y lámpara de sacrificio universal,

¡Vosotros no podéis comprender el sentido doloroso
de esta palabra: UN HOMBRE!

CANCION DE LA VIDA PROFUNDA

El hombre es cosa vana, variable y ondeante...
MONTAIGNE

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,
como las leves briznas al viento y al azar.
Tal vez bajo otro cielo la gloria nos sonríe.
La vida es clara, undívaga y abierta como un mar.

Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles,
como en abril el campo, que tiembla de pasión:
bajo el influjo próvido de espirituales lluvias,
el alma está brotando forestas de ilusión.

Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos...
—¡niñez en el crepúsculo!, ¡lagunas de zafir!—
que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza,
y hasta las propias penas nos hacen sonreír.

Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos,
como la entraña oscura de oscuro pedernal:
la noche nos sorprende con sus profusas lámparas,
en rútilas monedas tasando el Bien y el Mal.

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,
que nos depara en vano su carne la mujer:
tras de ceñir un talle y acariciar un seno,
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer.

Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres,
como en las noches lúgubres el llanto del pinar.
El alma gime entonces bajo el dolor del mundo,
y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar.

Mas hay también ¡oh Tierra! un día... un día... un día
en que levamos anclas para jamás volver...
Un día en que discurren vientos ineluctables.
¡Un día en que ya nadie nos puede retener!

ELEGIA PLATONICA

Amo a un joven de insólita pureza,
todo de lumbre cándida investido:
la vida en él un nuevo dios empieza,
y ella en él cobra número y sentido.

El, en su cotidiano movimiento
por ámbitos de bruma y gnomo y hada,
circunscribe las flámulas del viento
y el oro ufano en la espiga enarcada.

Ora fulgen los lagos por la estría...
El es paz, en el alba nemorosa.
Es canción en lo cóncavo del día.
Es lucero en el agua tenebrosa...

CANCION DE LA NOCHE DIAMANTINA

En la muerte del gran poeta Ramón López Velarde.

Musa solar, con nardos irreales
el cielo niño del abril decora;
y... éste era el huerto de una reina mora
y un lirio que la aurora aljofaró.
Pero mi corazón balbuce ante la aurora:

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

El tiempo fluye, la ilusión dilata
su onda azul y en lo real confluye.
¡Noches de montesina serenata,
la lágrima, el deliquio y el «tú-y-yo»!
Pero mi corazón modula rima ingrata:

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

La antorcha crepitante está en el viento
y de siglos a siglos va encendida;
la Muerte sopla su huracán violento,
y fulge más la antorcha de la vida:
¿un niño en este instante los ojos no entreabrió?
Pero mi torvo corazón no olvida:

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Amor, por tu delicia y tu frecuencia,
por los valles letárgicos de la carne encantada
—de un humo azul la blándula almohada,
de un prócer vino la brumosa esencia—,
sosiégase en la noche la frente conturbada.
Aún la alondra no canta todavía
ni mueve sus saetas el reló.
Pero mi corazón solloza en su alegría:

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Y al fin, quietud... El mortuorio túmulo,
loas lúgubres, flores, oro póstumo,
y, en mármol negro, el Numen desolado.
Con sus manos violáceas, en la tarde riente,
ya mi ansiedad la Muerte apaciguó.
Alguien diga en mi nombre, un día, vanamente:

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

LA REINA

En nada creo, en nada... Como noche iracunda
llena del huracán, así es mi «Nada».
En su fuente profunda
mi estirpe fue de hieles abrevada.

Solloza en mi razón un soplo frío
que antiguo brío hiela en la inacción.
¡Desprecio de mí mismo: estoy llagado!
¡Desprecio de mí mismo: has gangrenado
mi corazón!

Ni un albo amor, ni un odio me estremece,
forma ciega en negrura ilimitada;
y a ritmo y ritmo el corazón parece
decir muriendo: «Nada... nada...»

Mi Musa fue de dioses engañada.

Al aura errante, al lampo del lucero,
al tremulante amor de un joven marinero,
en la noche de caudas opalinas pregunto:
«¿Qué enigma está en vosotros?» Y responde
—por mi carne de cirios alumbrada—
mi Musa en sus laureles desolada:
—Nada...

¡Oh Reina, rencorosa y enlutada!

PRIMERA CANCION DE LA SOLEDAD

Valle fértil, con ojos azules
que el rumor del juncal adormece,
si expira en los juncos un aura lontana;
fácil coro de aplausos que mece
con moroso ritmo la musa liviana;
un laurel... y la hembra en la umbría
a mi voluntad soberana...

¡Alma mía, qué cosa tan vana!

Impúber flautista de rostro florido
que a la luz de un candil imbuido...
—era invierno, nublosa mañana—
rindióse a mi ardor sin sentido...
Viaje loco, locuras innúmeras,
y, contra la Muerte, coros de alegría...
Flautista del Norte, la orgía pagana,
pavor en la orgía...

¡Alma mía, qué cosa tan vana!

Dolor sin vocablos, abscóndito, ardiente;
guirnalda de oprobios que abruma la frente,
y un lloro en la noche que un astro redime...
¡Mis ojos no vean el solemne día

en que ya la Gloria mi nombre sublime!
Dolor, oblación, poesía, corona lejana...

¡Alma mía, qué cosa tan vana!

Silente, en las sombras, el ímpetu libre
hurtado a la impura materia,
¡es ya el Azul!, ¡es ya la paz de Dios!
Los ámbitos llena feliz pensamiento
que impele a la lumbre del día
el vuelo del ala y el ala del viento;
y empieza a fluir, extrahumana,
la suprema, inmortal Alegría...

¡Alma mía, alma mía, alma mía,
qué cosa tan vana!

ESTANCIAS

El aire es tierno, lácteo, da dulzura.
Miro en la luz vernal arder las rosas
y gozo de su efímera ventura...
¡Cuántas no se abrirán, aun más hermosas!

Estos que vi de niños han trocado
en ardor sus anhelos inocentes,
y se enlazan y ruedan por el prado...
¡Cuántos no se amarán, aun más ardientes!

La tarde está muriendo, y el marino
soplo rasga sus velos y sus tules,
franjados por el ámbar ponentino...
¡Cuántas no brillarán, aun más azules!

BALADA DE LA LOCA ALEGRIA

Polvo de Pericles, polvo de Codro, polvo de Cimón...
(Sobre un tema de la Antología griega)

Mi vaso lleno —el vino del Anáhuac—
mi esfuerzo vano —estéril mi pasión—
soy un perdido —soy un marihuano—
a beber, a danzar al son de mi canción...

Ciñe el tirso oloroso, tañe el jocundo címbalo.
Una bacante loca y un sátiro afrentoso
conjuntan en mi sangre su frenesí amoroso.
Atenas brilla, piensa y esculpe Praxiteles,
y la gracia encadena con rosas la pasión.
¡Ah de la vida parva que no nos da sus mieles
sino con cierto ritmo y en cierta proporción!
¡Reíd, danzad al soplo de Dionisos que embriaga el
[corazón!
La Muerte viene, todo será polvo
bajo su imperio; polvo de Pericles,
polvo de Codro, polvo de Cimón!

Mi vaso lleno —el vino del Anáhuac—
mi esfuerzo vano —estéril mi pasión—
soy un perdido —soy un marihuano—
a beber, a danzar al son de mi canción...

De Hispania fructuosa, de Galia deleitable,
de Numidia ardorosa, y de toda la rosa

de los vientos que beben las águilas romanas,
venid, puras doncellas y ávidas cortesanas.
Danzad en voluptuosos, lúbricos episodios,
con los esclavos nubios, con los marinos rodios.
Flaminio, de cabellos de amaranto,
busca para Heliogábalo en las termas
varones de placer... Alzad el canto,
reíd, danzad en báquica alegría
y haced brotar la sangre que embriaga el corazón.
La Muerte viene, todo será polvo:
polvo de Augusto, polvo de Lucrecio,
polvo de Numa, polvo de Nerón!

Mi vaso lleno —el vino del Anáhuac—
mi esfuerzo vano —estéril mi pasión—
soy un perdido —soy un marihuano—
a beber, a danzar al son de mi canción...

Aldeanas del Cauca con olor de azucena;
montañesas de Antioquia, con dulzor de colmena:
infantinas de Lima, unciosas y augurales,
y princesas de México, que es como la alacena
familiar, que resguarda los más ricos panales;
y mozuelos de Cuba, lánguidos, sensuales,
ardorosos, baldíos,
cual fantasmas que cruzan por unos sueños míos;
mozuelos de la grata Cuscatlán —¡oh ambrosía!—
y mozuelos de Honduras,
donde hay alondras ciegas por las selvas oscuras:
Entrad en la danza, en el feliz torbellino:
reíd, jugad al son de mi canción;
la piña y la guanábana aroman el camino
y un vino de palmeras adurme el corazón.
La Muerte viene, todo será polvo:
polvo de Hidalgo, polvo de Bolívar,

polvo en la urna, y, rota ya la urna,
polvo en la ceguedad del aquilón!

Mi vaso lleno —el vino del Anáhuac—
mi esfuerzo vano —estéril mi pasión—
soy un perdido —soy un marihuano—
a beber, a danzar al son de mi canción...

La noche es bella en su embriaguez de mieles,
la tierra es grata en su cendal de brumas;
vivir es dulce, con dulzor de trinos;
canta el amor, espigan los donceles,
se puebla el mundo, se urden los destinos...
¡Que el jugo de las viñas me alivie el corazón!
¡A beber! ¡A danzar en raudos torbellinos,
vano el esfuerzo, inútil la ilusión!

ENVIO

A ti que me reprochas el arcano
sentido del amor que está en mi verso,
fúlgido y hondo, lúgubre y arcano,
te hablo en la triste vanidad del verso.
Tú en la Muerte rendido, yo en la Muerte,
ni un grito apenas del afán del mundo
podrá hallar eco en la oquedad vacía.
El Polvo reina, el Polvo, el Iracundo...

¡Alegría! ¡Alegría! ¡Alegría!

CANCION DEL DIA FUGITIVO

(EN LA CORTE DE NICOMEDES DE BITINIA)

Como en Sodoma un día, nuestro día
es para el goce estéril;
y tú tienes ¡oh Iamma!, ¡oh carne mía!
toda la melodía del instante
en la blancura azul de tu semblante.

Déjame que circunde
tu frente con mis besos.

Por quién sabe qué sinos de la hondura,
o acaso por qué númenes divinos,
al cantar las alondras a Eva pura
oí el cantar, y confundí los trinos.

Y fueme el día gárrulo mancebo
de íntima albura, y ojiazul, y tibio,
y fueme el viento
y el mar ambiguo...

El amor en mi sangre se hacía llamaradas.
Mis sienes vi de lampos circundadas.
En mi jardín precipitaron sus mieles las granadas.
Fulgían los luceros, afluían las hadas,
y yo quise volar a cumbres nunca holladas.

Pero mi ardor interno me fue melancolía.
Todo el humano impulso lo circunscribe el día
—el pequeñuelo círculo del día—
burbuja de ilusión, burbuja vana
en que flotas ¡oh Iamma!, ¡oh carne mía!
y que es ahora y no será mañana...

Recuerdo vagamente, como en sueños
se evoca a veces un antiguo ensueño.
Bajo el ala de luz del alba pura
que anuncia el parto místico del día,
tu mano azúlea, de viril factura,
guiaba el carro en la extensión madura
del valle, que el octubre desceñía.

Un viento, un viento hería el espigal,
y el rumor de las eras en el viento
tras el viento salíalo a alcanzar.

Con su oro viejo, líquenes ducales
historiaban del álamo los nudos,
y había una asamblea de zorzales
por los racimos, castos y desnudos.

Un viento, un viento hería el espigal,
y el rumor en el viento, tras el viento,
era como un plañir y un no lograr.

A sus rejas, la novia del labriego,
fértil y matinal, vimos ceñida:
la besa él y la colora luego
rubor de amor ¡oh poma de la vida!

Y cantas tú, ¡oh Iamma! Y el son del espigal,
la onda eólea, el melódico fluir,

¡suénanme a un no decir y un sí otorgar!
Supenso yo del amoroso instante,
tu acto primo, original y bello,
húmedo de la leche azul del día
y aun en sus nieblas matinales trémulo,
quise en su maravilla eternizar,
con su fluir,
con su ondular,
entre el rumor
del espigal,
en la dulzura
del vivir.

¿Dónde está mi visión: el parto místico,
el oro del octubre, el carro, el día,
tu voz dilecta, tu ademán jocundo;
en fin, la realidad suma y perfecta
de aquella hora del mundo,
con su fluir,
con su ondular,
entre el rumor
del espigal,
en la dulzura
del vivir?

Como el tono del mar cuaja en la perla,
cuaje en esta canción aquel rumor:
sea un lamento
que va en el viento
por mi temblor y mi dolor
el día dulce de tu amor!

¡El día! ¡El día! Su ligera túnica,
guarnecida de iris de burbujas,
sólo deja, al flotar, pavesa triste.

Amor, Dolor, Ensueño... ¡El Alma
era grande y el día era pequeño!

Pero como en Sodoma, nuestro día
es para el goce estéril;
y tú tienes ¡oh Iamma!, ¡oh carne mía!
toda la melodía del instante
en la blancura azul de tu semblante...

LOS DESPOSADOS DE LA MUERTE

Michael Farrel ardía con un ardor puro como la luz.
Sus manos enseñaban a amar los lirios
y sus sienes a desear el oro de las estrellas.
En sus ojos bullían trémulas luces oceánicas.
Sus formas eran el himno de castidad de la arcilla,
suave y fragante y musical.
Bajo sus bucles rubios, undosos y profusos,
parecían temblar las alas de un ángel.

Emiliano Barba-Jacob era muy sencillo
y tenía una infantilidad inagotable.
Su adolescencia láctea, meliflua y floreal,
fluía por las escarpas de mi madurez
como fluye por el cielo la leche del alba.
Cuando le vi en el vano ejercicio de la vida
me pareció que me envolvía el rumor de una selva,
y me inundó el corazón la virtud musical de las aguas.
¡Hay almas tan melódicas como si fueran ríos
o bosques a las orillas de los ríos!

Guillermo Valderrama era indolente y apasionado;
pero la vida, como un licor de bajo precio,
le producía una embriaguez innoble.
Sus formas pregonaban el triunfo de una estirpe.

Había en su voz un gluglú redentor,
y su amante le llamó una vez «El Príncipe de las hablas
[de agua».

Leonel Robledo era muy tímido
bajo una apariencia llena de majestad.
En el recóndito espejo de su ternura
se le reflejaba la imagen de una mujer.
Toda su fuerza era para el ensueño y la evocación.
Le vi llorar una vez por males de ausencia,
y me dije: ¡hay una tempestad en una gota de rocío,
y, sin embargo, no se conmueven los luceros!

Stello Ialadaki era armonioso, rosado y azul
como las islas de Grecia y como los mares que las ciñen.
Efundía del mundo algo irreal, risueño y fantástico.
Se le miraba como marchando desde las playas de
[ensueño
que rozaron las quillas de Simbad el Marino,
hacia las vagas latitudes
por donde erró Sir John de Mendeville.
Cuando le conocí tuve antojo de releer la Odisea,
y por la noche soñé en el misterio de las espigas.

¡Evanaam! ¡Evanaam!

Juan Rafael Agudelo era fuerte. Su fuerza trascendía
como trascienden los roncos ecos del monte a los pinos.
Alma laboriosa, la soledad era su ambiente necesario.
Sus ilusiones fructificaban como una floresta
oculta por los tules del «todavía-no».
Sus palabras revelaban la fuerza de la Realidad,
y sus actos tenían la sencillez de un gajo de roble.

EL SON DEL VIENTO

E a postremas, viene un grand viento, que todo lo lieva.

El Libro de los Gatos.

El son del viento en la arcada
tiene la clave de mí mismo:
soy una fuerza exacerbada
y soy un clamor de abismo.

Entre los coros estelares
oigo algo mío disonar.
Mis acciones y mis cantares
tenían ritmo particular.

Vine al torrente de la vida
en Santa Rosa de Osos,
una media noche encendida
en astros de signos borrosos.

Tomé posesión de la tierra,
mía en el sueño y el lino y el pan;
y, moviendo a las normas guerra,
fui Eva... y fui Adán.

Yo ceñía el campo maduro
como si fuera una mujer,
y me enturbiaba un vino oscuro
de placer.

Yo gustaba la voz del viento
como una piñuela en sazón,
y me la comía... con lamento
de avidez en el corazón.

Y, alígero esquife al día
y a la noche y al tumbo del mar,
bogaba mi fantasía
en un rayo de luz solar.

Iba tras la forma suprema,
tras la nube y el ruiseñor
y el cristal y el doncel y la gema
del dolor.

Iba al Oriente, al Oriente,
hacia las islas de la luz,
a donde alzara un pueblo ardiente
sublimes himnos a lo azul.

Ya, cruzando la Palestina,
veía el rostro de Benjamín,
su ojo límpido, su boca fina
y su arrebato de carmín.

O de Grecia en el día de oro,
do el cañuto le daba Pan,
amaba a Sófocles en el coro
sonoro que canta el Peán.

O con celo y ardor de paloma
en celo, en la Arabia de Alá,
seguía el curso de Mahoma
por la hermosura de Abdalá:

Abdalá era cosa más bella
que lauro y lira y flauta y miel;
cuando le llevó una doncella,
¡cien doncellas murieron por él!

Mis manos se alzaron al ámbito
para medir la inmensidad;
pero mi corazón buscaba ex ámbito
la luz, el amor, la verdad.

Mis pies se hincaban en el suelo
cual pezuña de Lucifer,
y algo en mí tendía el vuelo
por la niebla, hacia el rosicler...

Pero la Dama misteriosa
de los cabellos de fulgor
viene y en mí su mano posa
y me infunde un fatal amor.

Y lo demás de mi vida
no es sino aquel amor fatal,
con una que otra lámpara encendida
ante el ara del ideal.

Y errar, errar, errar a solas,
la luz de Saturno en mi sien,
roto mástil sobre las olas
en vaivén.

Y una prez en mi alma colérica
que al torvo sino desafía:
el orgullo de ser, oh América,
el Ashaverus de tu poesía...

Y en la flor fugaz del momento
buscar el aroma perdido,
y en un deleite sin pensamiento
hallar la clave del olvido.

Después un viento... un viento... un viento...
y en ese viento mi alarido!

ELEGIA DEL MARINO ILUSORIO

(FRAGMENTO DEL DELIRIO DE LA NOCHE EN CULPAN)

Pensado estoy... Mi pensamiento tiene
ya el ritmo, ya el color, ya el ardimiento
de un mar que alumbran fuegos ponentinos.
A la borda del buque van saltando,
ebrios del mar, los jóvenes marinos.

Pensando estoy... Yo, cómo ceñiría
la cabeza encrespada y voluptuosa
de un joven, en la playa deleitosa,
cual besa el mar con sus lenguas el día.
Y cómo —de él cautivo—, temblando, suspirando,
contra la Muerte
su juventud indómita, tierno, protegería.
Contra la Muerte,
su silueta ilusoria vaga en mi poesía.

Morir... ¿Conque esta carne cerúlea, macerada
en los jugos del mar, suave y ardiente,
será por el dolor acongojada?
¿Y el ser bello en la tierra encantada,
y el soñar en la noche iluminada,
y la ilusión, de soles diademada,
y el vigor... y el amor... fue nada, nada?

¡Dame tu miel, oh niño de boca perfumada!

CANCION INNOMINADA

Ala bronca, de noche entenebrida,
rozó mi frente, conmovió mi vida
y en vastos huracanes se rompió.
¡Iba mi esquife azul a la aventura!
¡Compensé mi dolor con mi locura,
y nadie ha sido más feliz que yo!

No tuve amor, y huían las hermosas
delante de mis furias monstruosas.
Lauros negros mi oprobio me ciñó.
Mas un lúgubre Numen me consuela.
Vuela el tiempo, mi Numen canta y vuela,
¡y nadie ha sido más feliz que yo!

De las tumbas humildes se levanta
leve flor, en el aire un turpial canta
y la tarde es ya el día que pasó.
Muda calma. Temblor. Melancolía.
¡Todo el dolor y toda la alegría,
y nadie ha sido más feliz que yo!

NUEVA CANCION DE LA VIDA PROFUNDA

Te me vas, torcaza rendida, juventud dulce,
dulcemente desfallecida: te me vas.
¡Tiembla en tus embriagueces el dolor de la vida!

—¿Y nada más?

—Y un poco más...

La mujer y la gloria con puños ternezuelos
llamaron quedamente a mi alma infantil.
¡Oh, los primarios ímpetus! ¡Los matinales vuelos!
Tuve una novia... Me parece que fue en abril.

Yo miraba el crepúsculo
y creía que eso era el crepúsculo.
¡Si, tácita en la noche, la estrella está detrás!
El Numen de Colombia me dio una rosa bella,
mas yo pedí el crepúsculo y codicié la estrella...

—¿Y nada más?

—Y un poco más...

Y escuché que cantaban su canción de ambrosía
Pisinoe en la onda y en la onda Aglaopea.

El mundo, como un cóncavo diamante, parecía
henchido hasta los bordes por la amorosa idea.

Fue entonces cuando advino Evanaam, el dulce
amigo de mi alma, que no volvió jamás.
Yo amaba solamente su amistad dulce...

—¿Y nada más?

—Y un poco más...

Y luego... ser yo el árbitro de mi torpe destino,
actor en mis tragedias, verdugo de mi honor...
¡Mi lira tiene el trémolo del caracol marino,
y entre el dolor humano yo expreso otro dolor!

No te vas, torcaza rendida, juventud dulce,
dulcemente desfallecida, no te vas:
¡quiero apurar el íntimo deleite de la vida!

—¿Y nada más?

—Y un poco más...

EN LA MUERTE DEL POETA

I

El Solar de los Lulos de Oro

NIÑEZ

La abuela había podado el huerto.
Nubes errantes... Lácteoazulino chorro de agua
entre la etérea bruma del claro día infantil;
y por la noche, no sé qué aromas entre las ráfagas
de los eneldos, y los saúcos y el toronjil.
La abuela había podado el huerto.

Brotaban flores las astromelias de Sopetrán.
Yo, tremulante, de tiernos años,
entre mis ángeles y mis sollozos,
oía el tiempo, de las campanas en el din-dán:
Suena una hora y anda un caballo —traque-que-traque—
¡como aquel día en que volvieron de Sopetrán!

Una voz melodiosa:

Cuando tú crezcas harás un viaje al Cauca hondo,
¡duérmete, niño bata-gulungo! —al Cauca hondo—,
con los botines en el hatillo o en el zurrón.
Navegaremos en un barquito —¡bata-gulungo!—
y traeremos al abuelito
en el caballo del Tipitón...

Duérmete, niño...

II

ADOLESCENCIA

Catle-catleyas, tilán-tilancias...

La noche ingenua pasé cantando locas canciones
frente al prodigio de tus jardines,
bajo la órbita de arduo misterio de tus balcones
—catle-catleyas, tilán-tilancias...
Ya rezagados iban volando mis serafines
y ardía el cámbulo en las distancias...

Yo te veía por mis ensueños
peinar, triscando, tu cabellera,
y en sus aurinos bucles sedeños
iba viajando mi alma viajera.
Lloro y canciones fue mi vigilia, fue mi vigilia.
Si tú lo dudas novia temprana,
que te lo cuente con labio amargo la bugambilia;
y sin embargo...
y sin embargo,
me voy mañana...

Me voy... Me llaman los senderuelos
por unas abras que dan a un monte
que mira a un valle que lleva a un mar.
Para mi novia, tras la efulgencia del ultramonte,
gloria y fortuna voy a lograr.

Una voz íntima:

Brazos de púgil forjan ciudades
para el que pugna, para el que sueña,
para el que vence las liviandades.

La urna del tiempo guarda esplendor.
Cuando retornes, la pudorosa niña antioqueña
con sus cabellos mullirá el tálamo del buen amor.
Para el que labra, para el que sueña,
la urna del tiempo guarda esplendor...

III

JUVENTUD

La onda estelífera se diluía, ebria de mieles,
en la tortura de un mediodía primaveral.
El mundo es vasto. La tierra es brava. La vida es dura.
Un beso... Un beso, que es ambrosía para el poeta
en los festines y en los delirios del ideal,
y aún brilla lejos la urna repleta.
¡Lulos de oro! ¡Fiebres del monte! ¡Noches del mar!

Mas de improvisto, con repentina mirada atenta
medí los mundos, miré los hombres, rasgué las cosas,
y en todo había honda mudez.
Y —¡oh desvaríos!, ¡oh desvaríos!—
con voz colérica interrogaba: «Espectros vanos, moldes
[vacíos;
¿hay que moveros como las piezas del ajedrez?»

Una voz desvaída:

Si a un doncel llora la azúlea niña,
que a un héroe invicto la musa ciña
de ósculos dulces la frente triste bajo el laurel.
Reposa y sueña, que hálito vívido te circunda.
Bajo los cielos, sobre los campos,
Naturaleza fuerte y jocunda
te da vigores, te baña en lampos.

IV

MADUREZ

Y bien ¡ya es hora! Bajo los velos de la apariencia
baldíamente busqué suprema realización.
Quimeras vanas, esfuerzo inútil, mentida ciencia,
que apenas son
como los vientos en los velámenes, un vago son.
A ver, luceros; a ver, montañas; a ver, celajes:
dadme el secreto que se escondía en vuestras formas,
la ley profunda que parecía que os envolvía,
montañas mudas, celajes mudos...

Algo que sacie... Ráfagas lúgubres
baten el alma, raen la carne;
tormentas sordas
de mares lóbregos
rasgan las velas de mi razón...
¡Algo que sea norma o destino!
¡Algo para este anhelo divino
que va en la onda desconcertada de mi canción!

Unas voces con sonsonete:

Trastroquémosle la música.
¡Qué miquito tan ridículo!
El lo entienda o no lo entienda,
continúa este espectáculo.
Trastroquémosle todas sus músicas:
¡Uy! ¡Uy! ¡Uy! ¡Uy!
Ps... Ps... Ps... Ps...
¡Qué miquito tan ridículo!

V

FINAL

Nada en la bruma, nada en la aurora,
nada en las torres que lleva el viento,
ni en tus delirios y fantasías, ¡oh juventud!
Nada en el triste desmayo lento
hacia la gota, los estertores y el ataúd.
Cuando me muera, dadme a lo menos un pensamiento
y atad mis manos con el cordaje de mi laúd.

Que el nudo sea muy apretado
porque a la muerte se rinde fiero,
aún rencoroso mi corazón.
El drama ha sido un drama horrible, ruin y frustrado.
¡Buena partida que me han jugado!
Yo que creía que ESTO tenía significado
con la maraña y el embeleco de la ilusión...

Unas voces caritativas:

—Cuando te mueras harás un viaje como este loco...
—De sueños turbios y versos claros estaba loco.
—Tanto soñar...
—Tanto vagar...
—Tanto pecar...

—El pobre hombre se fue arruinando poquito a poco
y al fin ha muerto... Ya hiede un poco...
¡Alzad, amigos, alzad y vámosle a sepultar!

LA GRACIA INCOGNITA

I

Nube sombría, grávida de noche,
que enluta los oleajes del invierno,
así su frente; cejas enemigas
roban la escasa lumbre a sus ojuelos.
Y es su sonrisa como un alba fúnebre.
Y es su ademán como un blandir de hierros.
La boca innoble y ávida destila
—fruto de Satanás— hondos venenos.

Mas en la sombra y el callado instante
del suspirar, del anhelar sereno,
cuando tiemblan los astros en las aguas
y está en los pozos el caudal del cielo,
el hombre aquel inclina la cabeza,
oye un tumulto lírico en su pecho,
y sus ásperas formas armonizan
del mundo con el plácido concierto.

¿En dónde está la gracia
de un rostro que yo he visto?

II

Muertos lagos nocturnos, en sus ojos
la claridad del valle se destiñe,

y la encendida, innumerable tierra
en borrosos espectros se deslíe.
Las mieles del amor entre sus labios
congela un viento soporoso y triste;
opresa de los músculos su alma
tan sólo amargos pensamientos rige.

Pero después, en las purpúreas horas
en que la tarde, conmovida, rinde
sus violetas al mar, y en los pinares
ardiente soplo de inquietud imprime,
ella, la joven lóbrega, se incendia
en albas de suavísimos matices,
mientras —cautivo de visión gozosa—
más allá de la tarde un niño ríe...

¿En dónde está la gracia
de un rostro que yo he visto?

III

Tétrica faz, indómitos mechones,
mano inhábil y lúgubre sonrisa...
Como arroyo que fluye entre los légamos,
su sangre es tarda, perezosa, fría.
La ancha cabeza intonsa mal sostienen
los desmedrados hombros; pensaríais
que se engendró del sueño con que tornan
las viejas de las fúnebres vigilias.

Pero decidle una palabra dulce,
de humano amor con óleos prevenida,
un ritmo que sus nébulas evoque
la visión de una Cólquide divina,
y él arderá como el incienso rubio

puesto a expirar entre las brasas vivas,
mientras su faz anémica se enciende
con la hermosura de mil rosas íntimas...

¿En dónde está la gracia
de un rostro que yo he visto?

EL RASTRO EN LA ARENA

¿Querellas en el viento? ¿Clamor contra la nube
que se alza y sube y la desgarra un viento?
¿Congojas porque el nardo del día se extenuó?
¡Si aún vivo YO! Si aún gozo mi lírico momento,
la luz, el aura, el amoroso aliento...

Dos fértiles mancebos de Jonia divagaron
—¡remoto día!—
—¡fulgente día!—
por las sensuales playas de Lesbos fervorosa,
sobre el cristal undívago que al sol reverberaba,
bajo el turquí lumíneo que el ámbito envolvía...

Iríanse las olas y un gran rumor las llena...

Si fue con los mancebos el goce y la ufanía,
¿qué importa que no duren sus rastros en la arena?

CANCION DE LA ALEGRIA

¡Oh juventud... y el corazón... y Ella,
música en el silencio del palmar!
Brilla en mi cielo temblorosa estrella,
y el corazón, la juventud y Ella
me infunden vago anhelo de cantar.

Junio en sus brazos cálidos madura
de mayo floreal la herencia opima;
y la onda musical de la luz pura
truécase en polvo de oro de la rima.

¡Oh juventud... y el corazón... y Ella,
trémula en el cordaje del laúd:
Ella florida, Ella enardecida,
Ella, todo el aroma de la vida
en la miel de la dulce juventud!

Aún siento impulsos de cantar. El viento
riega efluvios de Dios por la pradera,
todo primor de nácar y de trino
en la infantilidad de la mañana.

—¿Qué es poesía?
—El pensamiento divino
hecho melodía humana...

PATERNIDAD

Un viejo triste, huraño, sórdido,
cruzó mi tierra maternal.
Tras lo turbio de sus pupilas
hallé tan sólo ruindad.
¡Cuán malo es! —dije en mí mismo—
¡que no le vea nunca más!
Si no reprimo mis cóleras,
los perros le voy a azuzar.

Después —¡oh hermosura de la vida!—
de aquel horrible hombre en pos
iba un niño por el sendero,
y en el sendero era una flor.
Un vaso de agua, con voz pura
me pidió por amor de Dios;
tembloroso y lleno de lágrimas
dije: ¡Por amor tuyo te la doy!

Era aquel niño vivo y fino
y lindo cual lirio de abril;
a través del cristal yo veía
de su boca el puro rubí.
—Pequeñuelo, te doy mi granja,
mi pan, mi afecto: mora aquí.

—Mi viejo padre gana el pan de cada día
y es dichoso en mi amor.

Yo comprendí...

¡Oh plenitud! Y desde entonces
a ningún padre odio jamás:
toda miseria la redime
una corona paternal.
Quien tiene un niño, ha ejercitado
divinamente el don de crear.

¡Quien tiene un niño sublima el mundo
y lo nutre de eternidad!

LA HORA SUPREMA

I

El hombre ruin, que a riegos de su frente
mojó los surcos de heredad extraña;
que ante el festín espléndido gemía,
por siempre insatisfecho de migajas,
ceñido ya de rutilantes joyas
ante el tumulto pasa,
y su imprevista claridad deslumbra
los ojos tristes y las mentes bárbaras.

Yo, de mis oros íntimos seguro,
fuerte en mi amor, feraz en mi alegría,
pienso, temblando en mi cubil oscuro:

—Mi hora no ha llegado todavía...

II

Aquel amigo de la azul infancia,
que parecía triste hasta la muerte,
al son suave de sensuales músicas
hoy de la fiesta de sus nupcias vuelve.
Da el azahar sus cálidos olores...
Las brisas cantan el ensueño ardiente...
Amor en corazones y pupilas
férvidas llamas de ternura enciende...

Pero a futuras bodas convidado
cuyos fulgores no oscurece el día,
yo digo en mi rincón abandonado:

—Mi hora no ha llegado todavía...

III

Tintas aún en la inocente sangre
las manos, y el laurel sobre los rizos,
a la ciudad que en júbilos desborda
entra el guerrero invicto.
Como en lumbres frenéticas, el aire
treme con la locura de los ritmos,
mientras —heraldo del honor— un águila
da sombra al Genio entre marciales himnos.

Yo, la incruenta victoria conquistada
en mi pecho, radiante de osadía,
grito desde las sombras de mi nada:

—Mi hora no ha llegado todavía...

IV

Y ha de venir, sin que mis oros valgan,
mi amor esplenda ni mi gloria brille,
pálido espectro que dará a mi carne
sudor de angustia y mortecinos tintes.
Tendré, por gaje del dolor heroico,
sus hieles en mi boca que hoy sonríe,
y un lino de la tierra por sudario
de mi ambición impetuosa y libre...

Mas al rodar al tenebroso abismo,
aún clamaré con mi última energía,
firme en mi ley, seguro de mí mismo:

—¡MI HORA NO HA LLEGADO TODAVÍA!

ELEGIA DE UN AZUL IMPOSIBLE

¡Oh sombra vaga, oh sombra de mi primera novia!
Era como el convólvulo —la flor de los crepúsculos—,
y era como las *teresitas*: azul crepuscular.
Nuestro amor semejaba paloma de la aldea,
grato a todos los ojos y a todos familiar.

En aquel pueblo, olían las brisas a azahar.

Aún bañan, como a lampos, mi recuerdo:
su cabellera rubia en el balcón,
su linda hermana Julia,
mi melodía incierta... y un lirio que me dio...
y una noche de lágrimas...
y una noche de estrellas
fulgiendo en esas lágrimas en que moría yo...

Francisco, hermano de ellas, Juan-de-Dios y Ricardo
amaban con mi amor las músicas del río;
las noches blancas, blancas, ceñidas de luceros;
las noches negras, negras, ardidas de cocuyos;
el son de las guitarras,
y, entre quimeras blondas, el azahar volando...
Todos teníamos novia
y un lucero en el alba diáfana de las ideas.

La Muerte horrible —¡un tajo silencioso!—
tronchó la espiga en que granaba mi alegría:
¡murió mi madre!... La cabellera rubia de Teresa
me iluminaba el llanto.

Después... la vida... el tiempo... el mundo,
¡y al fin, mi amor desfalleció como un convólvulo!

No ha mucho, una mañana, trajéronme una carta.
¡Era de Juan-de-Dios! Un poco acerba,
ingenua, virilmente resignada:
refería querellas
del pueblo, de mi casa, de un amigo:
«Se casó; ya está viejo y con seis hijos...
La vida es triste y dura; sin embargo,
se va viviendo... Ha muerto mucha gente:
Don David... don Gregorio... Hay un colegio
y hay toda una generación nueva.
Como cuando te fuiste, hace veinte años,
en este pueblo aún huelen las brisas a azahar...»

¡Oh Amor! Tu emblema sea el convólvulo,
la flor de los crepúsculos!

IMAGENES

Algo queda del hombre antiguo
que hubo en mí,
tan cercano,
tan lejano,
algo queda del hombre antiguo...

A veces, reclinado junto al balcón, contemplo
el bermellón del lienzo de lumbres del Ocaso,
el azul virginal, la nube, el sol, el ámbito...
Me miro en mí... La proyección etérea
de mi sombra en la luz hacia los montes...

Montes de Guatemala...

Me miro, miro el mundo, y aun escucho
vibrar el aire, arder —¡amar!— de pensamiento
por divinos relámpagos innúmeros cruzado...

Un niño juega en medio de la calle,
y la luz, refracción en sus cabellos,
le nimba el puro rostro de destellos.
Se hunde el sol tras el monte denso y alto;
y monte y sol —*¡la Realidad!, ¡la Realidad!*—
son un reflejo, una ilusión
entre los oros de mi espejo...

¡Qué claro el éter
de Guatemala!

Un ímpetu y me elevo:
¡voy a volar!
No hay nada del hombre antiguo
en mí.
Mi aeroplano veloz, triunfal, sonoro,
con motor de diamante,
con hélice de oro...

Mas en el propio instante de la ascensión, arranca,
trepida en tal impulso la máquina asombrosa,
y el pecho se hincha del dolor proscrito...

¿Es miedo a esa inmersión
en el hondo, callado, musical Infinito?

Algo queda del hombre antiguo...

ASFALTITE

Cuentan que las manzanas de Asfaltite,
ya en su oblación final, son de ceniza el corazón.
¡Oh fuerte!,
y ¡oh débil! Tu mano
lanza los gerifaltes del anhelo,
rotura el tiempo y siembra trigales de ilusión;
y mientras van volando las aves a la hazaña,
y las colinas
las ciñen los arroyos de ajorcas musicales,
tú, al apremio del ávido sentido,
insaciado en las fiestas nupciales,
en el lecho de amor estás rendido.

Hay en la plenitud de la mañana
un inútil rebase. Bruma densa
vendrá a cubrir el farallón lontano,
y la noche en la luz, la noche inmensa
parece que se palpa con la mano.
¡Ah, cómo vuelca innúmero el instante,
la hora, que al nacer ya es fenecida;
y la miel del trigal y el labio amante
fue un sueño que se apaga y que se olvida.

Este dulzor de miel
—esta inquietud, esta zozobra, este rencor—
¿no tiene de ceniza el corazón?

SUEÑOS DE ACAPULCO

I

Eres falaz ¡oh Numen! La lívida Experiencia
truncó tu vuelo: se ciñó a tus rumbos
y hoy yaces en ruinas por el suelo.

En tanto, en la magnolia luminosa
su albura inviste una mujer soñada,
y su ardor lo concentra el azahar...

Sobre las playas de la Muerte, un día,
ella y yo nos pusimos a jugar.

De las guirnaldas de aquel dulce juego,
un niño adviene: un nardo tremulante.
Son sus ojos dos gotas de inocencia:
las gotas diamantinas del amor
sensual trocado en un sublime amor,
y copian las praderas azulinas,
el maternal semblante, los fantasmas
de los débiles seres que lo amamos...

Ríe con risa tierna el tierno infante...
Bajan a él, por hilos de ternura,
las gracias, y los mimos, y los cánticos.

¡Cómo, junto a los ojos pequeñuelos
y el pequeñuelo corazón latente

—un ritmo, un ritmo— en noches ominosas
sentí fluir la ráfaga infinita
de hombres y cosas!
Unos pasaron, otros sucedieron
y pasaron...

Vi en torno espectros dulces.
Oí contar de ensueños que contaban
abuelos ya difuntos; en los sueños,
altas torres, ciudades abolidas...
Oí el rumor de un viento en noche antigua,
y en un libro de estampas —hace tiempo—
vi en el agua las sombras de las Náyades...

Sobre las playas de la Muerte, un día,
la madre viene el niño a amamantar.

ELEGIA DE SAYULA

¡Hasta que llovió en Sayula!
Folklore mexicano.

I

Por campos de Jalisco, por predios de Sayula...
—¡donde llovía a cántaros!— ensueños fui a espigar.
Cantaban unos jóvenes, y sus bellas canciones
las muchachas del pueblo salían a escuchar.

Busco una vida simple y, a espaldas de la Muerte,
no triunfar, no fulgir, oscuro trabajar,
pensamientos humildes y sencillas acciones
hasta el día en que, al fin, habré de reposar.

—¡Imaginaciones!
—¡Imaginaciones!

II

Esta tierra es muy suave, muy tibia, nada infértil,
y la fecundan largos ríos de dolor.
Arando, arando iban, cantando unas canciones,
y yo pensé en Romelia y en su imposible amor.
Aquí la luz es tan radial, tan tónica, tan clara,
como eres tú, Romelia: como Guadalajara...
¡Qué maravilla! Huertos que enflora la astromelia,
en musical silencio perfuman las mansiones...
Vivir aquí, labrando la tierra de Sayula,
porque me diese un día, a cambio de sudor

—ya extinta mi inquietud, calladas mis canciones—,
¡paz!, ¡paz en mis entrañas!, ¡silencio en mi redor!

—¡Imaginaciones!
—¡Imaginaciones!

III

Ala del tiempo...
Ala del tiempo...
Ha mil años, un pueblo formaría
con polvo de hombres una ruin alfarería...
Romelia dulce, cantan de nuevo las trémulas tonadas,
y en mi frente —un incendio de florestas—
fluye tu cabellera perfumada.
Sayula está de fiesta
porque llovió; la luna sublima los magueyes,
me dan vino, y... ¡México es tierra de elección!
«Mi padre —dice un joven— tiene cinco yuntas de
[bueyes.»
Cruzan la honda noche ráfagas de maizales,
y un júbilo de júbilos nos llena el corazón.
¡Luces en las cabañas!
¡Canciones por las montañas!
Un lecho de espadañas que abrasará el estío,
y tú, Fantasma bruno, que siempre me acompañas...
¡Dame vino y llenemos de gritos las montañas!

—¡Imaginaciones!
—¡Imaginaciones!

IV

Bajo el portal caduco vine a buscar sosiego.
Rendidos de cansancio, en la tierra desnuda
duermen una mujer, un niño, un labriego.

Se mira arder la noche,
cuajada de cocuyos.

Sin ningún pensamiento, sin dolor exaltado
—¡nada más la fatiga de un día: nada más!—
sobre la tierra dura, desnuda, estoy echado.
El niño, friolento, comienza a sollozar...
¡Oh pobre india estúpida: tu hijo está llorando:
arrúllalo en tus brazos y dale de mamar!

CANCIONCILLA

La vida es agua de un áureo río
y afluye al tiempo su onda de oro;
y es el mañana como el navío
en que navega nuestro tesoro.
Lanzas ¡oh Muerte!, tu soplo frío
y paralizas
la onda móvil del áureo río;
y en el vacío
se hunde el navío
en que navega
nuestro tesoro.
¡Corran tus aguas, sagrado río,
y afluya al tiempo tu onda de oro!

LA HERMANA

La tarde perlina, de azúleos cabellos,
muchacha romántica;
yo, deshecho en lágrimas,
niño consentido.

En mi llanto las casas y el pueblo se han hundido.
¡Tal vez las astromelias florecerán mañana!
En un árbol que canta un mirlo forma el nido,
va un príncipe a buscarlo, el mirlo está escondido,
y mi madre me arrulla y estoy adormecido.

La tarde que iba jugando
—hermana de azúleos cabellos—
se acuesta a mi lado.
Y mi madre a los dos nos ha besado.

CANTO A BARRANQUILLA

Elogio tus claros y augustos blasones,
ciudad de las gárrulas brisas y el sol llameante;
y la miel acendrada de los corazones
que nutre de amor y de fuerza tu ritmo constante.
Y el cielo bruñido en la gloria del trópico,
y el hondo rumor de lejanas mareas
que mueve tus noches oscuras,
y aquellos rincones de amigos y próvidos huertos
que abaten las dulces ciruelas maduras.

Tus mujeres de intensa mirada,
de alegre discurso, de franco reír matutino;
la línea ondulante del torso y los brazos en ámbar
[labrada,
y en toda su carne trémula y nerviosa
un olor de campo y un dejo de vino.

Y tus hombres jóvenes que evocan figuras
animadas de un bronce antiguo;
que señala camino a la vida
con muros de amor y confianza,
y tus hombres viejos, de carne doliente,
en donde ha nevado toda la esperanza.
Y el corro de niños que acuden al huerto patricio,
el alma riente, florida, desnuda,

y bajo las noches de errantes visiones
imprimen sus pies en la arena desnuda.

Evoco tus verdes palmares, hecho de seda trémula,
tan armoniosos, de líneas tan puras,
y su dulce rumor apagado
de donde fluye imprevisto beleño;
¡tus palmas heráldicas van al azul horizonte
como el fácil camino del sueño!
Se dijera que en ellas se mueve,
tan remota que apenas resuena,
una lírica fuente nocturna
de inquietud, y de amor, y de pena.
Con su gracia decoran la tarde;
ponen su signo movible en la diáfana noche;
por recóndito anhelo intranquilas
erigen al sol el undoso cabello disperso,
y parece que agobian el alma
con la dulce fatiga del verso!

Y el río que viene a tu seno proficuo
y en tu seno se parte en dos rutas,
y rinde sus cofres de gemas pulidas
y rinde la miel de sus tórridas frutas.

Tu río, tan claro de heroicas historias;
tu río, tan hondo de oscuras leyendas;
tu río, tan fértil, nutricio del bosque sonoro
que da las cordiales ofrendas.
De la sacra heredad en el término,
de tu verde ribera mullida,
por él a la patria le extiendes los brazos
y por él eres templo de vida.

Tu afán insaciado en las luchas febriles,

tu voluntad dilatada en dominio,
la onda vital de energía que rige tus obras
y el ritmo que mueve tus ansias presentes,
avivan la egregia esperanza en el ánimo,
sugieren las nobles ideas,
¡y parece que rompe en un himno
hasta el bosque férreo de tus chimeneas!

Loor a tu raza que númenes sacros conducen,
simiente de próceres en el seno del tiempo vertida;
simiente de bardos que en libro de oro
dirán la armoniosa bondad de la vida:

Loor a los firmes renuevos
que están en tu fértil floresta sonora,
de brazos intrépidos, recios y duros,
que al golpe del yunque fecundan la hora:

Loor a tus dulces mujeres virgíneas;
loor a tus próvidas madres,
animadas en la arcilla más pura...
¡Loor al incendio de antorchas magníficas
que esclarecen tu senda futura!

Mi corazón acelera sus ritmos,
y en las horas de cándidos vuelos
se va por tus calles fantásticas,
abiertas como un río que fluye en los cielos...
Tus calles nocturnas, tejidas de móviles sombras;
tus calles, floridas de nardo, de rosa, de lirio,
que encienden la honda inquietud extrahumana
y la fiel vocación del martirio!

O en cálidas noches azules con oro de estrellas
discurro en tus claros jardines,

repaso en el polvo las trémulas huellas,
restauro las dulces palabras cordiales;
y soy esa sombra doliente,
nimbada de ensueño y amor y tortura,
que por luengos caminos fatales
persigue otra sombra fantástica y pura...

La ilusoria visión se diluye en el alba,
y el viajero poeta es un púgil
que afirma al amparo de cielos distantes
la planta insegura,
en recia labor que consume
sus horas fragantes.

Mas subsiste el lejano perfume
que en mí derramaran tus líricos huertos,
y la virtud maternal con que un día
guiaste amorosa mis pasos inciertos.
Tus vagos palmares heráldicos
mulleron de seda mi rima ferviente;
tus noches de luna me dieron la vasta visión radiosa
y el lauro primero que tiembla en mi frente.

Yo te debo mi santa alegría,
mi virtud retemplada en el yunque,
mi fe vacilante nutrida a tus pechos,
y esta levadura de amor y de odio
con que amaso mi pan de esperanza.

¡Ciudad que has abierto caminos de gloria
con muros de honor y confianza!

LA CIUDAD DE LA ESTRELLA

I

A un Numen fuerte, un fúlgido milagro:
Del dombo de los cielos se desprendió una estrella,
y su visión fue trazo de la belleza suma:
con inflamados besos dio un iris a la bruma
e iluminó las almas, la mística centella.

¿Y a dónde caería? Los bardos de aquel tiempo
cantaban en sus rimas la ciudad memorada,
donde se vio el prodigio arder, fluir, caer.
Era un monte. Subiendo ese espacioso monte,
un limo que sería la pulpa en la granada.
Cimera aún, la roca silenciosa y nevada,
y después horizonte... horizonte... horizonte...

¿A dónde caería
la gema azul, rodando desde el collar del día?
¡Oh, quién mirar pudiese la sombra iluminada
y como abierta en lampos de una aurora sagrada!

II

Ciudad feliz, arcádica, de honrado amor, se engríe
porque la blonda tránsfuga de nívea luz la baña;
en su ilusión la estrella sus nácares deslíe;

los hombres que la vieron los nutre su montaña...
Sus albas aún evocan auriazulina huella.

Quiere la ciudad clara el sueño blando,
la Musa libre, el alma señora en su querella,
y labora cantando y esperando...
Aún piensa ver la sombra iluminada,
cual si se abriera en lampos de una aurora sagrada...
Y persiguiendo el brillo de la fugaz estela,
el éter vacuo, inmenso, contempla de hito en hito...
Un pueblo, cómo mira los ámbitos y anhela
no sabe qué... ¡belleza del lúgubre infinito!

¡Qué noche, noche ustoria que conmovió la vida
y enardeció las almas y depuró el dolor,
cuando cruzaba el cielo la lágrima encendida!
¡Qué fúlgido milagro, qué lírico estupor!
A quien miró la estrella con mirar arrobado,
hasta el penar la lumbre le tiene diademado,
y un brillo de la lumbre lleva en la mente opreso:
el beso de la luz casi ni oprime,
con ser un tibio y tremulante beso...
Tú por la estrella errante de un sueño embelesado:
¡vivir es una experiencia sublime!,
¡vivir es un ejercicio sagrado!

III

Abejas zumbadoras. Maíz que está granando.
Canciones a la tarde, cuando se sueña, y cuando
el polvo de los astros fulgura en el vacío...
Ha de brillar de nuevo la mística centella,
rielando entre las aguas del nemoroso río...

¡Sé tú, Quetzaltenango, la Ciudad de la Estrella!

EL PEREGRINO

Playas de Centro-América, mullidas
vanamente al furor de las espadas;
con sangre de martirio prevenidas;
sonoras de palmeras erizadas
y claras de luciérnagas ardidas.

La quilla rompa el dombo de la ola
y sosiegue su afán por la ribera,
donde un alba de ópalo se inmola
pulsada de marimbas y auras vagas...
Los niños juegan al azar, soñando,
y el Azar en sus manos los arrulla.
Canta la muchachuela en el profundo
campo, en su paz melódica de aldea;
y un monte allá señero, frutecido,
baja a ceñirla, y viene, y la rodea,
como en un lecho un brazo enardecido...

Más amor que estos montes —¿en qué montes?—
más músicas las aguas —¿de qué ríos?—

Playas de Centro-América, doradas
de noche y día en gemas efulgentes;
sangre y miel en las frutas sazonadas;
razas extintas, tiempos irreales;

y allá por las alturas, en rompientes,
cielos vagos y vuelos de quetzales...

Aquí la humana prole nace y muere;
aquí la humana prole gime y sueña.
Esto es real ¡oh Ensueño Fugitivo!
Mirad la sombra en el cristal que fluye
sobre fondos de sombras verdinegras;
ved el árbol, la torre, el surco abierto...
¡Un día el sol en sus espacios dora!
Tal vez el labrador bajó a la trilla,
y tal vez, con las brumas de la aurora,
el mar mece al amor en su barquilla...

¡Un día! ¡Un día! ¿Qué es ahora?

AMIGO ESPIRITUAL

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ

¡Oh, tú de las palabras que dora un sol occiduo
como vagos zafiros:
tú, del hogar austero, del grato desaliño
y el ademán de un místico de una progenie ilustre...
Te das en tus balsámicas canciones
si la Tierra y el Cielo te sonríen,
o no te das... Amas el hecho vano
porque puedes henchirlo de amor y de belleza
inextinguible; amas al Dios arcano,
y has hundido la mente en lo imposible!

EL PENSAMIENTO PERDIDO

Yo tuve un pensamiento de inspiración divina,
seguro como un monte y arduo como un amor;
encerraba el misterio de la onda marina,
el vuelo de las águilas, el giro de la flor.

Jamás lucero alguno vertió desde la altura,
sobre el escueto páramo, más dulce claridad
que el pensamiento mío sobre mi carne impura,
por él bañada en lampos de ardiente castidad.

Bajo su luz, el mundo reía en la alborada,
y la alborada fue mi honda de David.
¡Oh ternura sin lágrimas de la luz aniñada
jugando en los racimos maduros de la vid!

Bajo su luz, la ira del ademán cruento
fue hermana del zis-zás alegre de la hoz;
y cuando dije un día con ánimo violento:
«Yo no quiero un prodigio: me basta un pensamiento»,
¡estaba ya el prodigio temblándome en la voz!

A su encendida lumbre —rubí, zafiro, día
celeste— iban las múltiples fuerzas del Bien y el Mal
—palomas y milanos— con rumbo a la Armonía,
y todo se nutría de ciencia divinal.

Agrias tormentas —agrias como erizada roca—
entre la mente oscura y el torpe corazón;
plegaria que te vuelves, al brotar de la boca,
iracunda blasfemia o ardiente maldición;

enfermedad sagrada que busca lo Absoluto
en nuestro ser efímero, y no lo puede hallar;
amante Poesía que llevas hasta el bruto
tus perfumadas ánforas, tu lirio, tu azahar;

soplo que extingue al paso la flama de la vida;
ósculo de la Sombra; fatídico vaivén
entre un día futuro y una edad preterida;
hambre de Azul; melódica nostalgia del Edén...

Todo bajo la lumbre del claro pensamiento
era impulso armonioso, miel, perla, vino, Abril...
¡El suspiro de Dios, que armonizaba el viento,
iba en mi pensamiento por el viento de Abril!

NOCTURNO

¡Oh, qué gran corazón el corazón del campo
en esta noche azul y pura y reverente,
todo lleno de amor y de piedad sagrada
y fuerza suficiente!

Yo le escucho latir y comprendo mi vida:
me parece tan clara, tan profunda, tan simple,
y tiene como el amor y el monte puro
su raíz en el tiempo sumergida...

Yo le siento latir, y una onda inefable
y cordial y vital me conforta,
y no pienso que soy un barro deleznable,
y que la brega es dura y corta.

Toda inquietud es vana; la desazón soporta
—me está diciendo a voces un amigo interior—.
El minuto es florido, sonoro y halagüeño;
el corazón del campo te dará su vigor
para entrar en el último sueño...

VIRTUD INTERIOR

Llego aquí como ayer sencillamente;
y en medio de los campos
abandono mi cuerpo
sobre la hierba fácil.

Ni voces que interrumpan la secreta
comunión de la vida;
ni libros imponentes
ni exceso de palabras.

Dulce cielo otoñal sobre las calles;
el agua limpia, el césped, la inefable
sencillez de las cosas;
y yo, sin ligaduras,
buscando el rumbo cierto
a la sombra de Dios que me sustenta.

Y la emoción que me darán los hálitos
del bosque, santamente,
y el éxtasis divino del silencio
debajo de los árboles...

La noche azul me cubre;
mi frente se circunda
de lirios y de estrellas,
y nace mi bondad y va fluyendo;

y en la inquietud absorto,
sobre la hierba trémula,
mi corazón humilde
ama todas las cosas;

y siento hervir mi sangre,
y quiero derramarla,
y esta virtud cruenta
me va purificando...

EL DESPERTAR

Ya por celestes númenes alzado el mortuorio
manto que las criaturas envolvía,
la luz viene a llamar a los cristales...

Tú que retornas de tu sueño: advierte
si un hada esquiva deja en los umbrales
salvias y zarpoletas, o si vierte
al pie de la ventana,
con sus dedos rosáceos y pueriles,
los jugos de la agreste mejorana
y el tomillo de todos los abriles.
Porque huele muy bien...

Y el aire puro,
al penetrar por el balcón abierto,
derrama en el ambiente semioscuro
los himnos de los pájaros del huerto.

Bajo el árbol antiguo el agua suena...
¡Es de día! ¡Es de día!
Haz tu oración, disponte a la faena,
y alégrate en las cosas humildes, alma mía.

LAMENTACION BALDIA

Mi mal es ir a tientas con alma enardecida,
ciego sin lazarillo bajo el azul de enero;
mi pena, estar a solas errante en el sendero;
y el peor de mis daños, no comprender la vida.

Mi mal es ir a ciegas, a solas con mi historia,
hallarme aquí sintiendo la luz que me tortura
y que este corazón es brasa transitoria
que arde en la noche pura.

Y venir, sin saberlo, tal vez de algún oriente
que el alma en su ceguera vio como un espejismo,
y en ansias de la cumbre que dora un sol fulgente
ir con fatales pasos hacia el fatal abismo.

Con todo, hubiera sido quizás un noble empeño
el exaltar mi espíritu bajo la tarde ustoria
como un perfume santo...
¡Pero si el corazón es brasa transitoria!

Y sin embargo, siento como un perenne ardor
que en el combate estéril mi juventud inmola...
(¡Oh noche del camino, vasta y sola,
en medio de la muerte y del amor!)

PARABOLA DE LOS VIAJEROS

Por la llanura alucinante
dilata ansioso las pupilas:
busca el sereno azul de la cumbre radiante
y alza las manos intranquilas...
El ha cruzado las florestas;
regó su sangre en el sendero
bajo el ardor de la mañana...
Maín el Caballero
y Capitán de una milicia humana.

Y va a buscar el buen camino
porque en la liza temprana
estéril fue su juventud.
¡Oh desolado peregrino,
vaso de anhelos, rosa de inquietud!

Maín

Buen hermano, buen caminante:
¿a dónde vas por tu sendero?

El mercader

Siempre adelante y adelante.

Más allá de los horizontes
hallaré perlas, oro, plata.

Maín

Empeño vano: triste empeño
que un soplo frío desbarata,
barco de espuma, ala de sueño...

(Abrese toda la llanura
en senderos inadvertidos.
La linde vela nube oscura.
Tiemblan los árboles en la distancia,
y por el viento sacudidos
dan a la estepa su fragancia.)

Maín

Buen hermano, buen caminante:
¿a dónde guía tu camino?

El esposo

Siempre adelante y adelante.
El Amor es mi antorcha y la sangre mi vino.

Maín

El Amor... Si no es bella mentira
que nos ofusca y nos exalta,
treme en la cumbre azul cual una pira,
¡y la cumbre es tan alta!

(Por sobre el llano polvoriento
rueda una extraña algarabía;

sordo rumor dilata el viento
en la mitad del claro día.
Como pájaros extraviados
vagan los hombres; todos van
siniestramente alucinados
tras la fatiga y el afán.)

Maín

¡Oh buen hermano caminante!
¿A dónde vas por tu vereda?

El poeta

Siempre adelante y adelante.
En mis manos florece el lirio.
Mi ilusión es azul y mi ensueño de seda.

Maín

Buscas la espina del martirio...
En el bosque impasible tu oriflama se enreda,
y...

(El sol sus rayos amortigua.
Baja la tarde a la llanura,
doliente, lívida y exigua,
y la extensión bajo sus besos
es más oscura, más oscura...)

Maín

¡Oh buen hermano caminante!
¿A dónde, di, tus pasos guía
la clara antorcha de tu fe?

El apóstol

Siempre adelante y adelante.
Mi trigo siembro todo el día,
pero hacia dónde voy, no sé.

Maín

Tú, como yo, en el laberinto
de esta llanura desolada,
bajo la luz del sol ya extinto
buscas la senda amplia y segura
y no ves nada... ¿No ves nada?

(En la penumbra temblorosa
por un sendero divergente
cada peregrino se aleja.
La noche invade ya el oriente.
Pasa un anciano que semeja,
por la fatiga que le enarca,
el guardador de la verdad;
sus dulces manos de patriarca
tiemblan de horror y de ansiedad.)

Maín

Buen anciano, buen caminante:
¿qué rutas llevas, qué destino?

El anciano

Siempre adelante y adelante.
Mi cabeza, bajo sus nieves,

hacia la tierra dura inclino,
y...

Maín

Busco la luz, el buen camino:
¿quieres decirme sus señales?

El anciano

Lo envuelve todo enigma oscuro.
Estos senderos son fatales.

Maín

¿Y más allá del viaje duro,
no está una gruta en la montaña
donde podamos descansar?

El anciano

Vas en pos de un miraje que engaña.

Maín

¿Y todos los caminos?

El anciano

¡Dan al mar!

(Hay un silencio pavoroso...
Por la llanura desolada
los peregrinos sin reposo

ya no ven nada... no ven nada...
Van a tientas, en vértigo anhelante,
y, dilatando las pupilas,
el alma lanzan adelante,
y alzan las manos intranquilas...)

EL ESPEJO

¿Mi nombre? Tengo muchos: canción, locura,
[anhelo.
¿Mi acción? Vi un ave hender la tarde, hender el cielo...
Busqué su huella y sonreí llorando,
y el tiempo fue mis ímpetus domando.

¿La síntesis? No se supo: un día fecundaré la era,
donde me sembrarán. Don Nadie. Un hombre. Un loco.
[Nada.
Una sombra inquietante y pasajera.
Un odio. Un grito. Nada. Nada.

¡Oh desprecio, oh rencor, oh furia, oh rabia!
La vida está de soles diademada...

EL CINCUENTON

FRAGMENTO

Cantar es ser sí mismo.
PEER GYNT.

Rubio fulgor de lámpara pulida
congrega en torno juveniles frentes,
mientras que a fácil divagar convida
crepúsculo de estrellas inminentes.

Baña la luz en su bondad discreta
muelles alfombras de un azul marchito,
y en el muro prolonga su silueta
Psiquis radiante en la virtud del mito.

Y en severa y cordial estantería
—odres de hogaño para vinos viejos—
los libros de imperfecta simetría
dicen su gloria en pálidos reflejos;

Píndaro, complicado de leyendas;
Anacreonte, de seniles bríos;
Sócrates, que mueve sus ofrendas
rumbo a Belén por ignorados ríos;

Luciano, decadente y especioso;
Tibulo, en mieles íntimas constante;
Plauto, que bruñe el múrice precioso
de la ilustre cantera; Ovidio amante;

Virgilio, matinal; Dante, que inquiere
trazos de la celeste geometría;
Cervantes, que batalla y sufre y muere
reclinado en su lecho de ironía...

(¡Oh sabio corazón que late interno
en leve estuche de prolijas formas!
¡Enjambre de oro de rumor fraterno
que dio al enjambre las augustas normas!)

A la estancia de tonos mortecinos,
sonora ya de cincelados versos,
y que conjunta efluvios campesinos
en las brisas alígeras dispersos,

llega, rengueando el cincuentón. Aclama
su egregio nombre desbordado coro.
Tiéndese en el diván. Lívida llama
parece arder en sus sortijas de oro.

Son sus manos de trágico desgonce,
manos frías, severas, espectrales;
y un acre sonreír imprime al bronce
de su rostro fatigas otoñales.

Y si con tonos vagos y remisos
narra una historia inútil y cruenta,
se vislumbra en sus ojos indecisos
de amortiguado ardor la llama lenta...

Ciro, doncel de parecer apuesto
que el de un antiguo paladín evoca,
con blando hablar y con moroso gesto
el persuasivo discurrir provoca:

—Y vos Don Celso Yáñez y Giraldo,
¿qué tal?
—Ya veis: esta maldita pierna...
Pero aquí se está bien... (muelle respaldo)
que en torno fluye juventud eterna.

Precaria juventud la que culmina
como en tiempo de otoño el campo verde,
y a los treinta años tiénese y declina
y en la temblona ancianidad se pierde.

¡Oh, no puede morir! Ella difunde
vigor perenne a un ritmo encadenado;
en cada instante efímero transfunde
algo eternal el alma del pasado.

¿Visteis el mar de lóbrega porfía
en su perennidad alucinante?
¿Y el trigo visteis madurar un día
y otro después, en sucesión constante?

La onda nada más, la espiga leve,
múdanse ante los ojos del poeta.
El ritmo es esencial...
Bajo la nieve,
si oculta saña mi dogal aprieta,
si el cuerpo gime en las nocturnas toses,
«la Vida —pienso con el gran pagano—
cual la antorcha en los juegos de los dioses
pasa de mano en mano»...

No del celeste horóscopo el estigma
busquéis temblando en la falaz escoria,
ni ante los negros ojos del Enigma
lloréis sobre la carne transitoria,

¡sino ceñid al alma diademada
del ideal, la túnica inconsútil,
aunque rindáis a la áspera jornada
como Peer Gynt la juventud inútil!

LA VIEJA CANCION

Tema: La juventud es como un bello libro de cuentos de hadas o de historias heroicas, que leemos con emoción, al calor de nuestra íntima hoguera... Cuando la hoguera se ha extinguido y el libro se acaba, ¿qué hacer sino suspirar?

I

¿Que ha de hacer el que ignora el destino,
la razón de su pan y su vino,
y la clave de oscuro avatar?

Como el nórdico rey prisionero
de la vieja canción del trovero,
esperar... esperar... esperar...

II

Tal vez brinde un consuelo a sus cuitas,
en la tarde de pompas marchitas,
la ventana que está frente al mar:

tal vez pueda en antiguo volumen
cuyos trazos los siglos esfumen,
divagar... divagar... divagar...

III

En otoño de roncos acentos
que con lúgubres puños violentos
en las noches quebranta el pinar,

puede acaso por sendas de gloria
más allá de su patria y su historia
ambular... ambular... ambular...

IV

Si hace frío en la sala desierta,
entornando a su paso la puerta
y arrojando un buen leño al hogar,

él podrá como un rey del oriente
al influjo del libro sapiente,
delirar... delirar... delirar...

V

Y fingir que entre chusma bravía,
de remotas edades, un día
fue un castillo roquero a escalar:

y que vieron atónitos ojos
una espada entre humanos despojos
cintilar... cintilar... cintilar...

VI

O más bien que en la paz de la vida,
por la senda de lauros mullida,
fue una rubia princesa a buscar...

Mil lanceros formaban cohorte...
(Y el palacio quedaba hacia el norte,
frente al mar... frente al mar... frente al mar...)

VII

Mas ¿qué hacer cuando el libro concluye?
¿Cuando el sueño falaz se diluye?
¿Cuando muere la luz del hogar?

Sólo resta el recurso postrero:
como el nórdico rey prisionero,
suspirar... suspirar... suspirar...

CARBUNCLOS

No enflorará tu nombre un verso vano
ni entre lo cotidiano irás perdida.
Un varonil silencio. Un goce arcano.
Y por mi pensamiento soberano
hacer más honda y sensual tu vida.

Ah, cómo en el amor estás ardida:
se va entreabriendo el alhelí de un beso
en tu boca, de múrice teñida,
y desnuda y nevada
tu carne a mi deleite fue ofrendada.

¿Qué jardín se te inunda si me lloras?
Mi amor ¿no es la clepsidra de tus horas?
¿En tus labios no miela el colibrí:
la vida junto a mí no es más ensueño,
más tragedia la vida junto a ti?

Cuán lindo el pie tan ágil y pequeño...

Ya en la propicia oscuridad, desnuda
tu carne tiembla y lánguida me oprime:
doliente y zahareño
grita mi corazón: «¡Si está desnuda!»
¡Cuán lindo el pie, tan ágil y sedeño,

cuán tibio el muslo!... Ah, dueña de tu dueño:
el amor fué mi parte dispensada
en el festín de sombras de la nada...

Hoy quiero solazarme en tu ternura
como en las auras que embalsama el heno
la noche del sahumerio montesino.
¡Un beso a tu varón, mi hembra impura!
Dormir después en tu redondo seno,
tu seno blanco de ápice azulino...

EL VERBO INNUMERABLE

I

Babel

Cuando las sombras fluyen bajo la luz eterna
del crepúsculo, y vuelan en argentinos haces
de lo alto de las torres, alígeros, fugaces,
los himnos concertados «ad incensum lucerna»,

oigo, cual si brotaran de lúgubre cisterna,
vocablos inarmónicos, llamamientos vivaces
a que nadie responde, y epítetos procaces
como rojizos lampos de la pasión interna...

y no comprendo nada. Golpean en mi oído
palabras errabundas —«rumores sin sentido
de atropelladas olas en túrbida marea»—.

Y el corazón demanda, desde su cárcel roja,
un inspirado intérprete que el tumulto recoja
y dé a las voces múltiples un ritmo y una idea...

II

La interpretación

Después, sobre el pináculo donde el alcor culmina
(¡Combado, tibio seno de una deidad yacente!)
oigo el rumor —«persiste, persiste blandamente»—,
y su virtud recóndita mi espíritu adivina:

Es Medellín, que alzando su clámide latina
y el áureo cetro, embriágase con sangre del poniente,
y entona un son burlesco y un cántico ferviente
mientras le mulle un lecho la sombra y se reclina...

Es Medellín —el fuego y el yunque ante la mano,
las seculares plantas en limo cotidiano,
y los azules ojos clavados en la altura—,

que dice al éter vago, con verbo innumerable,
sus ímpetus confusos, su sueño, su inefable
preñez, y la fatiga de su labor oscura.

SOY COMO ASCANIO...

Sentí rugir la Envidia, y entre la noche oscura
ella amargó un instante los frutos de mi vida;
mas alzo bravamente mi lámpara prendida
y trueco en claras mieles mi horror y mi amargura.

Que el envidioso hiera. Su mismo golpe augura
y el canto de la alondra que entre mi pecho anida...
Yo, tras el golpe, ciño la púrpura encendida,
y sé que mi realeza la plebeyez tortura.

Y ensayo mi sonrisa —¡la equívoca y discreta!—
para enseñar al zafio que, por virtud secreta,
la flor del alma mía conserva su perfume;

y que aún envuelto en llamas por la pasión artera,
soy como Ascanio, el héroe de rútil cabellera
que arde en rojizo fuego... ¡pero no se consume!

CANCIÓN DELIRANTE

Coro:

Nosotros somos los delirantes,
los delirantes de la pasión:
ved nuestras vagas huellas errantes,
y en nuestras manos febricitantes
rojas piltrafas de corazón.
Abrid, que llegan los trashumantes
de una ignorada, muelle Stambul.
¿A qué las fugas alucinantes,
si hay tras las arduas cumbres distantes
los mismos mares y el mismo azul?

Los embrujados:

Dolor... zozobra... Puertas abiertas:
la marihuana, la tentación...
¡Cielos azules y alas abiertas!
Por vagos mares de ondas inciertas
vaga el esquife de la ilusión;
las viejas vides están desiertas,
mueve fantasmas el corazón,
y...

Los invertidos:

Ved nuestras úlceras en carne viva,
que escuece el áspero soplo del mar.
Fue nuestra pobre carne cautiva
de una nefanda deidad activa
que los rubores vedan nombrar.

Coro:

Nosotros somos los delirantes,
los delirantes de la pasión;
ved nuestras vagas huellas errantes,
y en nuestras manos febricitantes
rojas piltrafas de corazón.

SEGUNDA CANCION DELIRANTE

Tralarí lará larí
tralará larí lará...

Al amor el alma, vaso de ternuras;
al carmín del día, la alondra solar;
luz de estrellas claras a las liras puras;
armonium e incienso al altar...

¿Y a mi afán extraño, de equívoco anhelo,
a mi ronca y triste desesperación:
¿Un laurel andrógino? ¿La piedad de un velo?
¿O el cárabo loco de mi corazón?

Tralarí larí lará
tralará lará larí...

Con pavor mi carne ruge sus locuras.
Mi alma en ese rugir va.
De tantos rugidos en noches oscuras
no oigo nada... nada.. Tralarí lará...
Y me abraso en llamas de lúgubre anhelo,
en una gozosa desesperación...

Mas un día... ¡un día llegaré hasta el cielo
con las llamaradas de mi corazón!

CANCION SIN MOTIVO

Con mi ensueño de brumas, con tu claro rubí
¡oh tarde!, estoy en ti y estás en mí,
por milagrosa e íntima fusión...
Antes del gran silencio de las estrellas, di:
¿de qué divina mente formamos la ilusión?

Por mi ensueño de brumas, por tu claro rubí
¡oh tarde muda y bella!, gime mi corazón.

CORAZON

Tú, corazón florido,
rojo fanal en mi pecho encendido,
coágulo bermejo, rosal de pasión:
tú, mi corazón, un día serás viejo.

Tu ritmo de onda
de soplos de brisas de huertos de abril,
tu olor de esencia de fronda,
tu triste amor, tu ímpetu pueril,

todo lo apagará con mano blanda
el tiempo, de quien eres un cautivo;
y yacerás en cárcel miseranda,
arcón exhausto, muerto supervivo.

Y tu melodía interna,
tu lúbrico ardor extraviado,
tu ronco son de cisterna,
ya entonces habrán pasado.

Ah, corazón florido,
rojo fanal en mi pecho encendido,
coágulo bermejo, rosal de pasión...
Ah, mi corazón...
Ah, mi corazón...

ESPACIO... TIEMPO...

Yo traje la visión de mis campos nativos
a la orilla del mar,
y la sentí borrarse, y tuve un calofrío
de vida y de muerte.

Yo traje la visión de una agua dilatada;
y en la orilla del mar
vi tan confuso el límite postrero de la tierra,
que tuve un calofrío
de vida y de muerte.

Y supe que el principio y el fin mío
no marcan las fronteras ni estatuyen los tiempos,
y aprendí la virtud del valle y de los légamos,
y se llenó de espíritu la arcilla de mi carne.

Dilatando la vista
miré en redor la inmensidad sagrada,
como el hombre que sube entre la noche
a la cumbre más alta.

Y quise hablar... Y el fácil movimiento
de mis labios contuve
¡como si el proferir una palabra
fuera tal vez mi muerte!

LA CASONA

I

Se erige en la ciudad una mansión austera,
y el dombo que la cubre ya es fúlgida oblación...
¿Oísteis, de los puros labios en la pradera,
que esa morada, un día, fue grano de ilusión?

O como brumas rotas que vagan por el cielo,
fue un humo de la mente: fue nébula y cendal;
mas cuando al fin en acto se definió el anhelo,
la mole victoriosa surgió de lo Irreal.

¿Qué púgiles la alzaron? ¿Qué cánticos de hazañas
de sus cimientos hondos se elevan a lo azul?
¿Qué noble mano impuso la fuerza en sus entrañas,
qué mano suave aporta los óleos y la luz?

Hacia el primario impulso lanzad el pensamiento...
Como mirando al éter se ahonda en su zafir:
comprenderéis entonces que el pulso del intento
—el germinal propósito—, se siente aún latir.

Los hombres que erigieron la casa en su ardentía,
son polvo ya, son sombras del arrecido ayer;
pero su trazo enérgico perdura todavía,
y en móviles figuras los vemos renacer:

Acaso, en grupo amigo, dibujen la ilusoria
silueta de la fábrica, que cuaja en lo formal;
tal vez, enardecidos de un ansia perentoria,
la miren ya, fecunda, magnífica y cordial;

O acaso en los insomnios, al giro del lucero,
cuando el albor del día, o a lumbres de cenit,
a su ilusión le marquen destino y derrotero
y escríbanle una empresa que vaya al porvenir...

II

Uno, del gesto prócer, de la mirada endrina
que obsede como el agua de un río a contraluz,
señalará por rumbo la hora diamantina...
¡Y el polvo de los años no la deslustra aún!

En la inicial falange que erige la morada,
él es el ardimiento que cuaja ya en acción,
y se opone al soplo rudo del limbo de la Nada
el ímpetu del alma cimbrando en el airón.

Va, trémula en su sangre, la luz del sol ustoria;
va pulso de centellas; va vértigo del mar...
¿El sueño humano, limpio de original escoria,
lo cubrirán de hielo las manos del Azar?

¡No! Sueño que ya es obra no es dardo que no [alcanza.
Hombres que no confíen, son briznas en vaivén.
¡Eoé! —canción de aliento vibra en la lontananza
del Tiempo y el Espacio... *¡Eoé! ¡Eoé! ¡Eoé!*

Y al distender los músculos en un rapto violento
sobre la piedra inánime y alzar la Fundación,

en hablas premurosas
tal vez oirá fluir el loco viento:

—¡Cómo hay en el ardimiento
mundos que esperan armonización!

III

El otro —un trazo austero y un Numen pensativo,
ceñida ya la frente de aljófar de la edad—,
ante el dolor humano será un amor votivo,
la mente que unge todo con óleo de piedad.

Antaño —en otro antaño— como un tesoro ardía
su pecho; a sus sentidos, el aire era un laúd
que al paso de las horas lloraba melodía
como las arpas bíblicas suspensas del saúz.

Mas todo fluye al ritmo del grano de la arena;
un soplo helado trunca los frutos en agraz.
¡Oh, goce de la vida! ¡La carne es tu falena,
y tú eres solamente relámpago fugaz!

Ya no es arcón de luz el pecho ardido:
en la efulgencia
de sus carbunclos
ha atardecido.

No adula el aura errante, de túnica ligera;
el sauce antiguo sólo fue un sueño del jardín;
y el trigo candeal, dorado de quimera,
la hoz de los crepúsculos lo siega en el confín.

Y acaso escucha el prócer, al tumbo del momento,

suspiros de amor lúgubre que van a la extensión,
y dice dulcemente la brisa de su aliento:

—¡Cómo hay en el sentimiento
mundos que esperan armonización!

IV

Y el otro, de alma nítida, segura, ya regida,
dirá como el filósofo: *Verdad es lo que es;*
y enseñará en las formas más altas de la vida,
que ardor y amor son zumos de mística embriaguez.

Dirá que cuando el alba de esa verdad apunta,
si amor o ardor asume lo cierto o lo falaz,
un pensamiento claro como hilo de oro junta
los módulos y aprieta las formas en un haz.

Y efundirá en su alma un lampo vivo y puro:
el que en divinas ráfagas efunde en el Edén;
el lampo que, por cima del panorama oscuro,
hace mirar distintos de esencia el Mal y el Bien.

Y se dirá a sí mismo, sin lloro ni lamento,
de un nimbo de tristeza ceñida la razón:

—¡Cómo hay en el pensamiento
mundos que esperan armonización!

V

Así, con triple espíritu, fue alzada la Casona:
de ímpetus y fervores y clara luz mental.
El campo que ella siembra ya un siglo lo sazona.
Sus eras de ilusión son fruto germinal.

El viador que pasa contempla sin fatiga,
grabada sobre el muro y el dombo que la abriga,
por vívidos cinceles de fuego, una lección:
«Lo que hay en el ardimiento,
lo que hay en el sentimiento,
lo que hay en el pensamiento,
lo suma y armoniza solo este verbo: ACCIÓN».

LANZADA AL TIEMPO

Del ámbito han soplado ventiscas... Rojas Furias
la patria ensangrentaban a filo de segur...
¡Bien hayan los que vieron, rasgando las centurias,
en el confín de México cuán claro está el Azur!

Bien haya la Casona por ellos asentada
sobre la roca virgen, cuando el antiguo albor.
¡Loor a los que oponen al limbo de la Nada
la acción de entrañas límpidas, que es forma del Amor!

y traeremos al abuelito
en el caballo del Tipitón...

Duérmete niño...

EN LA MUERTE DEL POETA*

(Tragedia grotesca y sin sentido)

I

EL SOLAR DE LOS LULOS DE ORO

La abuela había podado el huerto.
Nubes errantes, lácteo-azulino chorro de agua
entre la etérea bruma del claro día infantil;
y por la noche, no sé qué aromas entre las ráfagas
de los saúcos y los eneldos y el toronjil.

La abuela había podado el huerto.
Brotaban flores las astromelias de Sopetrán.
Yo, tremulante, de tiernos años, entre mis ángeles y mis
[sollozos,
oía el tiempo, de las campanas en el din-dán...
Suena una hora y anda un caballo —traque-que-
[traque—
como aquel día en que volvieron de Sopetrán.

Una voz melodiosa

Cuando tú crezcas harás un viaje al Cauca hondo,

—¡duérmete niño bata-gulungo!— al Cauca hondo,
con los botines en el hatillo o en el zurrón;
navegaremos en un barquito —¡bata-gulungo!—

* Versión definitiva del poema que aparece en la página 181.

II

IOMENA

(Pasa la sombra de una mujer)

Torcaza bruna que te adormeces de luz del día,
¡Iomena incauta, vigor ardiente, juventud mía!
La onda estelífera se diluía,
ebria de mieles, en la ternura del plenilunio primaveral...
¡Como huye el tiempo! Lulos de oro, rumor de abejas,
piñas maduras, vientos del monte, noches del mar...
Y un beso era una ambrosía
en los festines del Ideal.

Volví los ojos en repentina mirada atenta,
y vi las cosas... Había en todas una mudez...
Y... —¡oh desvaríos!, ¡oh desvaríos!— yo suspiraba:
«Espectros vanos, moldes vacíos
que hay que moverlos como las piezas de ajedrez...»

Una voz agorera

A un doncel ciñe la fértil Musa
y a un bardo espera la blonda niña,
una antioqueña flor de Israel
que enjugue a besos su frente, triste bajo el laurel.
¡La vida es grata! ¡Reposa y sueña!

Tal vez aún llegue la ardiente niña,
una antioqueña boca-de-miel...

III

HORA TRÁGICA

Esto se pone interesante...

(Un pensamiento con antifaz)

¡Pompa ilusoria del mar de un día que fue en un
[tiempo!
¡Azúleos montes! ¡Albas serenas! ¡Luceros mudos!
Dadme el secreto que parecía que se escondía
en vuestras formas, luceros mudos, celajes mudos:
la ley profunda que parecía que os envolvía...

¡Algo que sacie! Ráfagas lúgubres
baten el alma, raen la carne;
tormentas sordas de mares lóbregos
rasgan las velas de mi razón.
¡Algo que sea ley y destino!
Algo para este anhelo divino
que va en la onda desesperada de mi canción...

Voces con sonsonete:

Trastroquémosle la música.
¡Qué miquito tan ridículo!
El lo entienda o no lo entienda,
continúa el espectáculo...
Trastroquémosle todas sus músicas:

¡Uy! ¡Uy! ¡Uy!
¡Psh! ¡Psh! ¡Psh!

¡Qué miquito tan ridículo!...

IV

LA CAÍDA DEL TELÓN

Nada en las brumas de la aurora,
nada, nada en las flámulas del viento:
¿en dónde está tu rosa ustoria, juventud,
ni el dolor del vesánico momento?
Nada en el triste desmayo lento
hacia la gota, los estertores y el ataúd...
Cuando me muera, dadme a lo menos un pensamiento,
y atad mis manos con el cordaje de mi laúd...

Que el nudo sea muy apretado,
porque a la Muerte se rinde fiero
y rencoroso mi corazón.
¡El drama ha sido un drama horrible, ruin y frustrado!
¡Buena partida que me han jugado!
Yo creía que ESTO tenía significado,
con la maraña y el embeleco de la ilusión...

Voces caritativas:

—Cuando te mueras harás un viaje como este loco...
—De sueños turbios y versos claros estaba loco:
¡Dios lo perdone!
—Tanto vagar...
—Tanto soñar...
—Tanto anhelar...
—El pobre hombre se fue arruinando poquito a poco
y al fin ha muerto...
—Ya hiede un poco...
—¡Alzad, amigos, alzad y vámosle a sepultar!

INTRODUCCION A LA VIDA REAL

FRAGMENTO

Rey de la Vida...
O. WILDE

¡Rey de la Vida!
¡Rey de la Vida!

Ese del torso hercúleo, de la mirada brava,
del ágil salto y de la emoción ligera,
tiene a la Gloria en nupcias prometida.
Como ramas de encino lo circundan
veinte años; la lívida Experiencia
no besa aún sus ojos virginales,
y es Rey de un claro Reino de ufanía
que anuncian ya celajes de amaranto.

¡Es Rey!

La niebla el trono va a erigirle un día,
y el mar, en sueños, va a bordarle el manto...

¡Ah de la mente joven y la impulsión primaria!
Como arcón esplendente de tesoros cuajados
sentir el pecho; en raptos iniciales
fluir en miel de amor; y en la ideación nocturna
—luz de luceros por flancos nivosos—
aun de tránsito al limbo de la Nada,
sembrar la vida de actos asombrosos.

Libres los gerifaltes del anhelo
beben ámbito.

NOCTURNO DE JALAPA

FRAGMENTO

Romper —¡oh, quién pudiera!—,
romper, romper —¡oh, quién pudiera!—,
¡romper, romper, romper una palabra!
Esta palabra: YO.
Esta palabra: LUZ.
Esta palabra: AMOR.

Ponerla sobre un yunque de base inconmovible,
como una esfera hermética de cristal apagado;
levantar el martillo, y un golpe y otro golpe,
hacerla trizas.
¿Qué surgirá? ¿Sentido de cósmica armonía,
paradigma geométrico de la moral humana?,
¿lampos de claridad, impulso de ufanía?,
¿huracanes del caos?
¿Es ello un sueño al fondo del zafiro,
el mundo, en lápiz azul fluido?
En conjunción divina:
amor, amor, aspiración de espíritu,
amor, amor, ¡la carne deletérea!

¡OH VIENTO DESMELENADO...!

¡Oh viento desmelenado
que rompiste la arboleda:
ya que nada, si viví,
he fundado ni ha durado,
llévate aún lo que queda:
llévame a mí!



INDICE

POEMAS

